



Sonríe
para

ENAMORARME

Lu Sal

SONRÍE PARA ENAMORARME

Lu Sal

Libro 3 de la serie #Sonríe

Dedicatoria

*A todos los que creen en el poder del amor para transformar nuestras vidas.
A los que ya lo encontraron y a los que siguen buscando.*

Sinopsis

Amar no siempre tiene que ser complicado.

Timothy Poarch

Mi vida dio un giro inesperado a mis veinticuatro años. Solo soy un diseñador de modas que intenta elevar su carrera al siguiente nivel, pero cuando entro a un estacionamiento y me encuentro con tres niños desamparados, no lo puedo resistir. No tengo el corazón para dejarlos allí.

Gianni Bezzечи

Familia, enamoramiento, ataduras, casamiento, hijos y todo lo que conlleva un hogar, son palabras que no estoy dispuesto a tolerar. El solo hecho de imaginarlo me da escalofríos. Bueno, eso era antes de conocer a Timothy y su prole. El chico es cautivador y puramente atractivo, pero no estoy seguro de que eso pese más que aceptar el hecho de que tiene una familia en sus hombros. ¿Puedo realmente involucrarme sin dejar que mi corazón se implique?

©Todos los derechos reservados.

Prohibida la copia y/o difusión parcial o total sin permiso de la autora.

Capítulo 1

Timothy

Solo Dios comprende cuánto desprecio el clima de la ciudad en esta época del año. Un día puedes despertar con un sol resplandeciente y, al siguiente, con una lluvia infernal que no hace más que estropear mi cabello.

Hoy es de esos días en los que es mejor permanecer en casa. Es justo lo que podría estar haciendo si no fuese porque mi padre olvidó unos papeles importantes en su despacho.

Aparco el coche en el estacionamiento de la empresa, tomo la carpeta en mis manos y comienzo a caminar rumbo a la entrada.

Soy un diseñador de moda en la empresa familiar que poseen mis padres. No llevo muchos años desde que me gradué. Sin embargo, el diseño de alta costura es lo que hago desde que tengo uso de razón. No puedo evitar hinchar el pecho cada vez que pongo un pie en este lugar. No ha sido fácil para mis padres sobresalir en la industria, no fue hasta hace pocos años que sucedió.

Detengo el paso cuando me percató de que la punta de mis zapatos están un poco sucias, doy palmadas en mis bolsillos buscando un pañuelo para limpiarlos, pero no consigo nada.

Es entonces cuando un ruido extraño me hace enderezarme de golpe, comienzo a inspeccionar alrededor para saber en qué dirección huir, aunque no logro ver nada extraño. Qué raro, seguro debe ser algún animalito perdido, suelen esconderse en este tipo de lugares cuando el frío los atrapa. Intento continuar mi camino cuando el ruido vuelve a captar mi atención y esta vez puedo escucharlo con claridad.

El miedo queda en segundo plano cuando la curiosidad gana.

—¿Hola? —comienzo a caminar en dirección al sonido. Los vehículos estacionados no me dejan saber el punto exacto—. ¿Quién anda ahí?

Me paso una mano por mi ya despeinado cabello. Observo alrededor buscando a alguien, pero estoy solo.

El llanto de un bebé me hace detenerme y los vellos de mi piel se erizan cuando el pensamiento de un bebé abandonado pasa por mi mente. Empiezo a ir de un punto a otro a medida que el llanto incrementa y cuando logro encontrarlo, mi pecho se comprime y solo puedo cubrirme la boca con mis manos ante el asombro.

Detrás de un coche, apoyados en la pared, se encuentra un niño que no debe tener más de quince o dieciséis años, está sosteniendo un bebé que no hace más que llorar. Al lado del chico mayor está una niña, completamente empapada, aferrada a quien parece ser su hermano, ya que el parecido es innegable.

—Jesús —balbuceo. El niño más grande frunce el ceño, como si estuviera odiando mi presencia, entonces doy un paso hacia ellos—. ¿Qué es lo que hacen aquí?

Sé que mi pregunta es estúpida porque es evidente que se están escondiendo de algo o alguien, y no es precisamente de la lluvia, pero es lo único que sale de mi boca.

El niño mayor me mira fríamente antes de introducir la mano en su mochila para buscar un biberón y dárselo al bebé, con eso logra callarlo.

—Estamos esperando a nuestra madre. Puede irse, señor —musita sin mirarme. La niña no hace más que temblar, por lo que me quito el abrigo y trato de cubrirla, pero el chico levanta la mano para detenerme—. No la toque.

Levanto las manos en señal de paz. Dios mío, lucen tan asustados que mi corazón se achica.

—Solo quiero cubrirla, está temblando, cielo —trato de ser lo más cuidadoso posible con mis palabras.

El niño mira a la niña y luego me arrebató el abrigo de las manos para taparla.

—Puede irse —repite.

—Me quedaré aquí hasta que tu madre llegue —anuncio suavemente.

—Mami no —murmura la niña con los ojos aguados.

Los miro preocupado, luego me pongo en cuclillas para estar a su altura.

—¿Sucedó algo con mami? —le pregunto a la niña.

—No —responde en su lugar el hermano.

Lo observo y sé que está mintiendo.

—Mami no —repite la niña, esta vez sobándose su pequeño brazo.

—Tranquila, cielo, mami no —le digo lo que ella quiere escuchar y eso parece calmarla. Luego encaro al hermano quien no hace más que mirarme de mala gana—. Estoy tratando de ayudarlos.

—No necesitamos ayuda, señor —dice meciendo al bebé.

—Eso no es lo que parece, cielo —meto la mano en el bolsillo de mis pantalones y saco el móvil—. Voy a llamar a la policía para que...

—¡No! A la policía no —suplica el niño, poniéndose en alerta, sosteniendo mi brazo.

Suelto un suspiro agobiado, llamar por ayuda es lo correcto, pero verlo tan asustado me hace dudar de mi sensatez. Termino bajando el móvil y luego le paso la mano por la cabeza, para tranquilizarlo.

—Dime por qué están aquí y en este estado.

El chico comienza a mirar hacia todos lados, tal vez buscando una salida, pero cuando se percata de que no podrá ir lejos con un bebé en brazos, acaba mirándome a los ojos.

—Nos escapamos de casa —confiesa.

Asiento, es lo que suponía.

—De acuerdo. ¿Puedo saber el motivo? Tal vez pueda ayudarlos.

—Mami es mala —responde la niña.

Eso explica el motivo por el cual están escondidos, pero no creo que haya sido una pelea común y corriente que tienen las madres con los hijos. Teniendo en cuenta el estado en el que se encuentran estos niños, parecen no haber comido en días y ni hablar de sus ropas maltrechas.

Debo tomar una decisión porque no puedo simplemente dejarlos por su cuenta.

—Bien. Haremos esto, llamaré para pedir ayuda y...

—No lo haga —el niño se pone de pie y comienza a ayudar a sus hermanos—. Nos iremos de aquí, pero no llame a nadie.

—No puedo hacer eso —intento detenerlos, poniéndome de pie.

—Si pide ayuda, nos llevarán a un orfanato y nos van a separar —el chico luce tan asustado, que comienzo a titubear.

—Oye —me posiciono delante—. Te prometo que estarán bien, nadie va a separarlos...

—¿Acaso no sabe cómo funciona? —espeta enojado con lágrimas acumuladas—. Soy grande y cuidaré de mis hermanos por mi cuenta.

Dejo escapar una risa melancólica.

—Eres un niño, no puedes hacerte de otros niños. Confía en mí, cielo, les prometo que estarán bien.

El chico comienza a suplicarme que no llame por ayuda, pero con todo el dolor del mundo, sé que es lo correcto y lo mejor que puedo hacer por ellos. Cuando termino la llamada, el chico me mira tan desilusionado y enfadado que jamás olvidaré sus ojos dolidos.

Un nudo se me forma en la garganta y trato de tragar varias veces para no ponerme a llorar ante esta situación tan desgarradora.

Tres niños en la calle, criándose entre sí, es algo que no podría permitir.

Minutos después, una patrulla y una ambulancia entran al estacionamiento. Los niños son revisados mientras doy una rápida declaración.

—No se preocupe, señor Poarch, los niños estarán bien —dice la trabajadora social.

Más allá, puedo ver a mis padres hablar con los oficiales.

—¿Van a separarlos? —pregunto mirando a lo lejos al hermano mayor, quien no deja de agarrar a los más pequeños.

—Es una situación complicada, aún debemos contactar con la madre y hacer una investigación al respecto, y si todo indica que la mujer no es apta para hacerse cargo de los niños, serán llevados a una casa hogar —la miro derrotado, porque sé lo que está a punto de decir—. ¿Siendo honesta? Es muy difícil que una familia quiera adoptar a tres niños, pero haremos lo posible para no separarlos.

Hacer lo posible no es suficiente. Vuelvo a tragar el nudo en la garganta y me siento la persona más desafortunada del mundo por haber tomado la decisión menos peor.

—¿Puedo despedirme? —Mi voz sale tan rota que la mujer me mira triste.

—Por supuesto.

Me acerco hacia la ambulancia, dónde los niños están sentados uno al lado del otro. Le doy un beso en la mejilla a la niña y ella me sonríe sin dientes. Toco la mejilla del bebé que no suelta su biberón.

Por otra parte, me posiciono frente al mayor, el chico evita mirarme a los ojos y solo empeora mi remordimiento.

—No los van a separar —prometo sin saber. Miento para no sentirme tan... traicionero.

El chico eleva el mentón y hubiese preferido que no me mirara. Sus ojos claros están apagados mientras las lágrimas corren por sus pálidas mejillas. Es el llanto más desgarrador que he visto en mi vida, mi estómago se revuelve ante la idea de que ese niño llegue a odiarme por el resto de su vida.

—No prometa algo que no va a cumplir, señor.

Cuando los niños son llevados, dejo caer las lágrimas. Nunca había vivido una situación como esta. Quiero decir, sabía que existían, pero vivirla en carne propia es otra historia para contar.

No siempre he sido un chico que lo ha tenido todo, materialmente hablando, pero el amor de mis padres es algo que me ha acompañado toda mi vida, es por eso que no puedo ponerme en el lugar de esos niños para entender su dolor.

Únicamente me queda agradecer por ser tan afortunado y sentirme miserable por prometer algo incierto.

—Has hecho lo correcto, cariño —me anima mi madre al otro lado de la mesa.

Lo cierto es que no pude pegar un ojo en toda la semana. No hago más que pensar en justamente eso, sobre hacer lo correcto y lo que creemos que lo es. Es decir, tampoco iba a permitir que se marcharan por su cuenta, pero quizá debí buscar otra solución.

—No le des más vueltas al asunto, Tim —dice mi hermano Cameron, sentado a mi lado.

Vino temprano para desayunar con nosotros, pero estoy seguro de que solamente vino a

comprobar que me encuentro bien.

—Eso intento —murmuro pinchando un trozo de fresa.

Eso es lo que intento hace días, pero no ha estado funcionando.

Mi padre, sentado en la cabecera, no menciona una palabra, demasiado concentrado en su móvil. Aunque no me molesta, mi padre es así, distante y tajante. Para él, el tema ha finalizado antes de comenzar.

—Ellos van a estar bien, seguramente serán puestos en familias que los cuidarán como se merecen —me consuela mi madre—. Dios mío, pobres niños.

—Eso no lo sabemos, madre.

—¿A qué te refieres? —pregunta mi hermano.

—A que los van a separar —respondo frustrado.

—Es lo normal cuando son muchos y en diferentes edades —puntualiza mi padre sin levantar la vista.

Gran ayuda.

—¡Pero no deja de ser cruel! —elevo la voz sin poder controlarlo.

La desesperación que siento es indescriptible. Mi padre me mira fríamente mientras deja el móvil sobre la mesa.

—¿Y qué quieres hacer, Timothy? —espeta mi padre, parece hastiado de la situación—. No hay nada más que puedas hacer. Lo que correspondía ya lo has hecho, así que termina con esto.

—Cariño —advierte mi madre.

—Padre... —comienza mi hermano.

No respondo. No tomo mal la actitud de mi padre, ya que a él no le gusta girar en el mismo asunto. Me gustaría ser como él y solucionar un problema para pasar al siguiente, pero tal parece que no heredé ese poder de mi progenitor.

Mi hermano me rodea los hombros con un brazo mientras me susurra palabras tranquilizadoras.

Un gran defecto que poseo es quedarme colgado en un mismo tema. Siento que no puedo respirar con liviandad cuando un asunto no es cerrado como hubiera preferido y ver a un niño con la mirada resignada, como si su destino ya estuviera crucificado y fuese el peor de todos, es más de lo que estoy dispuesto a soportar.

No entiendo en qué segundo, pero estoy completamente seguro de que hace un minuto la idea ni siquiera rondó por mi mente. Solamente me encuentro varado en este punto dónde siento que voy a decir lo más espontáneo que he dicho en toda mi vida.

—Podría traerlos conmigo.

Decirlo se siente mejor que pensarlo, porque aunque el temor comienza a calar por mi pecho, sé que no hay poder humano que me haga retroceder, no cuando presiento que es lo correcto.

Un silencio sepulcral se instala en la habitación. Es bastante cómico ver sus reacciones, principalmente la de mi padre, quien luce como si le hubiera confesado un delito. Mi madre tiene la boca tan abierta, como sus ojos. Por otro lado, mi hermano eleva las cejas de manera inquisidora.

—A ver, Tim —comienza mientras se aleja un poco para mirarme—, entiendo perfectamente que sientas esta cosa de... culpa, pero eso no tiene nada que ver con tomar una decisión precipitada. No creo que sea la solución. Esto no es un juego, se trata de la vida de tres niños

No es tan descabellado lo que supone.

—Créeme que lo sé y no es culpa lo que siento, Cam —lo miro con convicción—, no podría explicarlo con palabras. Pero lo siento aquí —señalo mi pecho—, creo que desde un principio es la decisión que quise tomar y solo hasta entonces me doy cuenta.

—Timothy, apenas tienes veinticuatro años —la voz de mi padre sale gélida, pero sé muy bien que está desequilibrado, es solo que nunca se va a mostrar de esa manera—. ¿Qué crees que vas a hacer con tres hijos?

—Tu padre tiene razón, cariño. No es una decisión que puedas tomar a la ligera, estamos hablando de vidas que estarán bajo tu responsabilidad y van a depender solo de ti —mi madre me toma la mano sobre la mesa—. Piénsalo.

Estoy de acuerdo en que no es algo que pueda decidir de un momento a otro, pero la conexión que sentí con esos niños es inexplicable. Tal vez sea por el hecho de que siempre soñé con ser padre y toda mi vida supe que, en algún momento, lo sería.

¿Por qué no ahora?

—Comprendo sus inquietudes, es solo que no pueden estar en mi lugar para saber lo que estoy sintiendo. Y si piensan que estoy loco por lo que voy a hacer, únicamente quiero decirles que nunca he estado más seguro en mi vida que ahora —observo a cada uno de ellos tratando de transmitirles seguridad—. Quiero hacerlo.

Esos niños me necesitan y no sabía que yo a ellos.

Sé que el proceso va a ser largo y para nada fácil. ¿Estoy asustado? Estoy temblando de miedo, pero cuando siento que una sonrisa me curva los labios, entiendo que el miedo es inferior a la ilusión que me hace comenzar a vivir mi vida.

—Joder, voy a ser tío —anuncia Cam.

Y yo padre.

Capítulo 2

Gianni

Meses después...

—No puedo creer lo que mis ojos ven —dramatizo burlonamente cuando Jac atraviesa la puerta de la sala de conferencias—. ¿Eres tú llegando con cinco minutos de retraso?

Jac Hamilton, mi jefe, socio y amigo, eleva las cejas de manera altiva. Su traje se ajustaba perfectamente a su figura gallarda y, por muy loco que suene, su cabello no está del todo peinado. Demonios, eso ya es demasiado para decir teniendo en cuenta lo impoluto que se mantiene.

—Buenos días a ti también, Bezzechi —articula con desdén.

—*Dannazione* (maldita sea), incluso hasta me das los buenos días —apoyo los codos sobre la mesa de vidrio y me inclino para mirarlo de cerca. Él se desliza en la silla de al lado y me mira como si estuviera aburrido de mi charla matutina—. ¿Follaste esta mañana?

Él pestañea pausadamente mientras la comisura de sus labios se elevan, y estoy bastante seguro de que algún recuerdo acaba de llegar a su mente.

—No es asunto tuyo.

Claro que no lo es, pero no hay nada más satisfactorio que molestar a Jac con su asunto amoroso y más aún cuando su prometido lo amerita.

—Vamos, hombre, solo quiero saber —señalo los papeles sobre la mesa junto al ordenador—. Tengo un sueño de mierda y necesito algo succulento para despertarme un poco. No seas mezquino y suelta la lengua.

—Créeme, el asunto que vamos a tratar en unos pocos minutos va a ser lo suficientemente succulento para despertar tu culo perezoso —se mofa.

Sí. Tengo presente que el proyecto que tenemos en mano es algo que nos sacará unas cuantas noches y horas extras de trabajo, pero precisamente es eso lo que nos gusta de nuestra profesión.

Cuando Jac puso en la mesa el debate sobre tomar el proyecto de una nueva sucursal para la marca Poarch, ninguno de los dos lo dudó por un segundo, porque más allá del prestigio que nos dejará agarrarnos de tal marca, también está el hecho de que siempre nos apasiona este tipo de proyectos. De esos en los que pasas meses perfeccionando cada minúsculo detalle hasta que finalmente el pecho se te llena de orgullo propio.

—Lo sé. Déjame holgazanear un momento.

Lo cual es una mentira, porque no quiero perder mi tiempo haciendo nada.

Jac me mira fríamente.

—Gianni —me llama con voz dura—. No creo necesario tener que advertirte que te comportes.

Entiendo la postura de Jac, incluso yo soy igual o peor de celoso con mi trabajo, pero aunque con él sea una *merda* molesta, sé cómo comportarme.

En algunas ocasiones.

—Claro, jefe. No voy a avergonzarte.

Jac me mira detenidamente hasta que no le queda más remedio que creer en mi inestable palabra.

—Señor, los Poarch están aquí —anuncia Mónica, la asistente de Jac, al asomar la cabeza por la puerta.

—De acuerdo, que pasen —dice Jac mientras se pone de pie.

Me da una última mirada de advertencia y solo le respondo con una sonrisa comemierda. Me pongo de pie y me preparo para una interesante reunión de negocios.

O eso espero.

Mi primera impresión al ver al director general de dicha marca importante es, ¿en serio? Porque, *merda*, no soy quien para criticar el sentido de la moda ni mucho menos, pero estoy seguro de que algo menos... común hubiera sido otro tema. Quiero decir, se dedica a la industria de la moda. ¿No se supone que debería vestirse con abrigos de pieles y zapatos coloridos? ¿Tal vez se equivocó de profesión?

Ahora *bene*, su esposa es otra cara de la moneda, no muy llamativa como la imaginé, pero excesivamente elegante.

—Buenos días, mi nombre es Jac Hamilton y él es mi mano derecha y socio Gianni Bezzechi —Jac estira el brazo para saludar al hombre y darle un pequeño apretón a la mujer.

Imito el gesto con una de mis sonrisas encantadoras.

—Es un placer. Con mi esposo estábamos ansiosos por comenzar con esto —comenta la mujer mientras se desliza delicadamente en su silla.

—Es bueno oír eso —digo con sinceridad—. Si les parece *bene*, podemos comenzar a puntualizar algunos detalles que ustedes deseen dejar en claro.

—Por supuesto —el hombre se ve un poco dudoso mientras mira el reloj en su muñeca.

La mujer parece darse cuenta, ya que planta una sonrisa fingida al mismo tiempo que nos mira con disculpa.

—Nuestro hijo viene un poco retrasado, pero podemos comenzar de todas maneras —dice la mujer.

—Podemos esperarlo un momento, no te preocupes —la tranquiliza Jac siendo tan gentil que

me da escalofríos, porque créeme, este tipo siendo amable da más miedo que siendo frío y calculador.

Justo cuando estoy a punto de mencionar alguna que otra cosilla para pasar el tiempo, unos suaves golpes se escuchan al otro lado y cuando la puerta es abierta tímidamente, mi mandíbula cae al suelo y mi lado profesional se va a la banquina sin poder controlarme.

Benedetto Sia Il Mio Dolce Gesù (bendito sea mi dulce Jesús).

Ni siquiera sé cómo infiernos respirar porque estoy completamente seguro de que estoy conteniendo la respiración hasta el punto de ponerme ridículamente morado.

¿Y qué esperas cuando por la puerta ingresa un chico que parece un maldito modelo de revista?

Con un traje entallado que no tengo ni la más mínima idea de qué color es, pero se parece demasiado al bordo, una camisa blanca con rayas negras y mangas que sobresalen de los puños de su blazer. Su piel luce excesivamente limpia y su cabello, *Dio*, su cabello está perfecto hacia un lado y hacia el otro.

—Siento mucho llegar tarde, estoy apenado —susurra deteniéndose al lado de sus padres.

Estuve a punto de decirle que puede llegar tarde todas las veces que quiera si es que va a hacer esa entrada triunfal, pero no es como si pudiera decirlo sin que Jac me lance por el extenso ventanal de su sofisticada sala de conferencias.

—Tú debes ser Timothy —afirma Jac, el chico asiente—. Yo soy Jac y él es Gianni. Toma asiento para que podamos comenzar.

Si no hubiera estado en un ridículo shock, me hubiera reído de la cantidad de veces que Jac nos presentó en unos pocos minutos.

El chico modelo, ahora llamado Timothy, asiente en nuestra dirección para luego sentarse.

Tiempo después, no me preguntes de qué *inferno* está hablando Jac, ni mucho menos qué es lo que sale de mi boca. Tampoco me gustaría escucharme porque estoy seguro de que no puedo coordinar dos palabras sensatas mientras hablo, a juzgar por las miradas de "¿es en serio?" que me lanza mi jefe.

Grazie al cielo, el chico se encuentra demasiado pendiente de su móvil y poco participativo en la reunión como para percatarse de mi deplorable y olvidado profesionalismo.

Y mientras Jac parlotea sobre algo que solo él y los Poarch saben, me permito inspeccionar al chico sentado al otro lado de la mesa. Con la cabeza baja, casi como si estuviera obligado a permanecer aquí y tuviera otras cosas que hacer.

Comienza a mover sus delicados dedos sobre la pantalla de su móvil y, a juzgar por la expresión, parece que desea que esta reunión acabe pronto.

—De ese sector está encargado Timothy, ya que él es el diseñador y sabe bien cómo manejarse en su atelier —puntualiza el hombre mayor.

El mencionado levanta la vista para encarar a su padre y dibuja una sonrisa forzada.

—Por supuesto.

Es todo lo que dice.

Había escuchado hablar sobre Timothy Poarch como diseñador, es solo que pensé que sería un poco más grande y menos... guapo y con una personalidad extrovertida, pero este chico parece querer cualquier otra cosa que no sea llamar la atención.

Tiempo más tarde, la despedida fue más rápida que la bienvenida y mientras Timothy se adelantaba para marcharse cuánto antes, los mayores dibujaron expresiones de disculpas por el comportamiento de su hijo.

No es que nos haya parecido maleducado, a excepción de que ellos son unos exagerados, pero entiendo que no fue el comportamiento habitual en el que están acostumbrados a manejarse. Cuando la puerta de la sala de conferencias se cierra y en la habitación quedamos Jac y yo, este me mira como si yo hubiera cometido un crimen o algo peor.

—¿Hace falta que te diga lo ridículo y poco discreto que has sido? —espeta, pasándose las manos por el cabello, como si hubiera padecido esta reunión.

Tampoco ha sido para tanto, es un quejica.

—Lo acabas de mencionar.

—Imbécil —brama antes de girarse para comenzar a caminar hacia su oficina. Le sigo los pasos.

—Oye, espera. ¿Me comporté como...? —hago una mueca en un intento de buscar una palabra que no me ofenda tanto.

—¿Un adolescente hormonal que no ha echado un polvo en su vida? Sí, eso —escupe con sorna.

Escucho a Mónica soltar una risita.

—*Dio*, no lo digas tan brusco que es vergonzoso.

Demonios, ¿de verdad me vi de ese modo?

—Sí, bueno, vergonzoso es una palabra sutil para utilizar en este momento.

Sé que a Jac le cabrea cuando las cosas no salen como espera y más aún cuando se trata de algo tan importante, así que le sigo el culo hasta la oficina y trato de decir algo para que no me despida.

—*Bene*, sé que estás comprometido y que tu novio es asquerosamente hermoso, pero dime que tú también te diste cuenta de lo apuesto que es ese chico, porque si no coincides conmigo quiere decir que estoy jodidamente loco o tú estás ciego.

Jac se toma el puente de la nariz y justo cuando pienso que me va a lanzar con cualquier

objeto por la cabeza, hace algo peor, levanta la mirada y eleva sus labios de una manera diabólica.

Merde, un escalofrío me eriza los vellos de la piel.

Y citando mis palabras, dice...

—Estás tan jodido, Bezzechi, tan jodido.

Capítulo 3

Gianni

LiveTheMoment es un bar nocturno que construimos Hamilton & Asoc, y no es porque lo hayamos hecho nosotros, pero no puedo ser objetivo en cuanto a la belleza del lugar.

Esta noche, cuando puse un pie dentro, no me quedó más que reafirmar lo que ya sabía. Mi pecho se llena de satisfacción cuando me tomo el tiempo para admirar lo jodidamente increíbles que somos.

El lugar fue abierto pocos meses atrás y desde entonces se ha convertido en uno de los más concurridos en las noches de la ciudad, sin importar que afuera haga un frío que te congela hasta los huesos.

Comienzo a avanzar hacia la barra mientras hago un barrido sobre el lugar. No sé con exactitud qué es lo que estoy buscando, pero tampoco es que sea quisquilloso en cuanto a terminar la noche con algunas que otras piernas que no sean las mías.

Me deslizo en un asiento libre en el centro de la barra y me dedico a buscar con la mirada a mi camarero favorito.

Thomas encuentra mis ojos y luego me hace una señal para que lo espere un momento. Mientras él avanza en mi dirección, no puedo creer que este chico esté comprometido con Jac porque cosas en común tienen muy pocas, por no decir ninguna. Al mismo tiempo que Hamilton es serio y estructural, Thom es descarado e insolente como él mismo. Sin embargo, es bueno que finalmente se encuentren patéticamente enamorados después de toda la *merda* por la que tuvieron que pasar.

—¿Qué te sirvo, italiano? —estoy seguro de que ese tono burlón es el que tiene a Jac tan jodido.

—Cualquiera de esos cócteles que haces que te dejan mirando las estrellas.

Thomas sonríe con sorna y luego posa las manos en sus caderas. Al ver su cabello blanco y ojos azules, podrías confundirlo con el ángel más puro que puedes imaginar. Déjame decirte que nada más lejos de la realidad.

—¿Debería preguntar?

—Bueno, deberías. De hecho, te exijo —énfasis dramáticamente.

—Bien, voy por ese cóctel lo antes posible.

Le sonrío porque literalmente se va corriendo a preparar mi trago, lo cual lo hace un completo chismoso. Thomas lanza unas cuantas bebidas a la coctelera y luego la presiona para cerrarla. Nunca voy a entender cómo *inferno* hace para lanzar esa cosa y luego atraparla sin ninguna complicación, y a juzgar por las miradas de la clientela, piensan exactamente lo mismo que yo.

Thomas termina con su magia para posteriormente comenzar a descargar la bebida en una copa. Su cabello blanco está perfectamente peinado, como si no se hubiera enterado de que la coctelera lo rozó hace unos segundos.

—Creí que Jac estaría esperando hasta que acabes tu turno —menciono cuando desliza la copa frente a mí. La tomo en mi mano hasta llevarla a mis labios—. *Squisito*.

—Exquisito —repite imitando mi acento—. Tuve que usar todo mi encanto para convencerlo de que tomaré un taxi.

—Apuesto a que sí.

—He oído que están hasta las pelotas con el proyecto de los Poarch —su rostro se ilumina—. Por Dios, no tienes idea de lo mucho que me gusta esa marca, he tratado de persuadir a Jac para que me consiga un autógrafo del diseñador, pero aún no ha aflojado.

Hablando de cierto diseñador... La admiración es mutua, aunque estoy seguro de que en intereses diferentes.

—De solo imaginar a Jac pidiendo un autógrafo me late el corazón a mil por segundo —me burlo, Thomas suelta una carcajada mientras se desliza para atender a un cliente.

Merda, este cóctel sabe a gloria. Podría vivir borracho si Thomas viviera en mi apartamento.

—Entonces... —intenta cuando vuelve.

Bufo molesto, porque lo que estoy a punto de decir es lo más ridículo que he dicho nunca, pero convengamos que la vergüenza no es algo que me acompaña.

—Creo que estoy perdiendo mi toque.

—¿Qué?

Me mira sin entender.

—A ver, pongámoslo de esta manera —me inclino sobre la barra para mirarlo de cerca—. Supongamos que Jac no existiera y hagamos de cuenta que tú no estás enamorado de su culo estirado. *Bene*, imaginemos que un día me encuentras por la calle mientras camino en cámara lenta con un traje que se ajusta a mis pectorales y con el cabello tan brillante como un diamante. ¿Tú voltearías a verme?

El chico arruga la frente como si estuviera pensando su respuesta, algo que no comprendo. Vamos, no hay mucho que reflexionar.

Solo mírame.

Posa el dedo índice de un lado de la barbilla hasta el otro mientras examina mi rostro. Maldición, ni que le hubiera pedido resolver un problema de matemáticas, pero tan paciente como puedo, espero con ansias su respuesta.

Joder. Si Jac se entera de lo que le estoy preguntando a su prometido, me cortará las bolas.

Lo que parecen ser cinco horas después, Thom decide acabar con mi desequilibrada autoestima.

—Por supuesto... —responde y mi sonrisa se ensancha tanto que me duelen las mejillas—, si fueras el único hombre.

Dannato demone (maldito demonio).

—Eso es lo más *crudele* (cruel) que me has dicho nunca —bramo horrorizado.

—Lo siento si soy demasiado sincero. Déjame arreglarlo —da un paso al costado para servirle un tequila a una mujer y luego vuelve a encararme—. Si yo estuviera caminando por una calle repleta de mujeres y en medio de ellas te encontraras tú, definitivamente te echaría el ojo.

Bene. Eso no me deja más tranquilo.

—No creo que eso lo haya arreglado —termino mi trago y le apunto con el dedo—. Dame otro de esto. Por cierto, ¿cómo se llama?

Una sonrisa socarrona tira de sus labios y eso hace que me dé escalofríos. Me pregunto cómo es que mi amigo aguanta tal gesto sin electrizarse en el camino.

—Propina.

Elevo las cejas de manera burlona.

—Eres de lo que no hay. ¿Le pones "propina" a un trago con la sugerencia, para nada sutil, de que te dejen una?

—Algo parecido —se encoge de hombros para comenzar a preparar mi trago—, con cada propina que beban, es una propina que dejan.

Suelto una risa ante sus ocurrencias.

—Estoy seguro de que debería llamarse algo así como "adicción" porque esta *merda* sabe estupendo —murmuro antes de llevarla a mis labios.

Thomas sonríe antes de destapar una botella de agua para llevársela a la boca.

—Ahora dime, ¿cuál es el motivo por el cual viniste arrastrando tu autoestima? Ni siquiera sabía que eso podía pasar.

Yo tampoco, y solo hasta que él lo pregunta me doy cuenta de lo estúpido que estoy siendo. En realidad, quizá la palabra correcta sea inmaduro.

—Básicamente, ayer me comporté como un adolescente hormonal en la reunión con los Poarch y, no creo haberlo mencionado antes, pero el hijo es asquerosamente bello, aunque ni siquiera volteó a verme, lo que me hace cuestionarme, ¿habrá sido por mi conducta vergonzosa o porque ya no me veo tan guapo como antes?

Para cuándo acabo mi desahogo, me siento más estúpido que antes y el hecho de que Thomas me esté mirando con incredulidad tampoco ayuda.

—A ver si entiendo. ¿Estás aquí tomando mi propina porque uno de cada cien hombres no te dio una segunda mirada?

Arrugo la nariz mientras termino mi cóctel. Suelo tener un firme aguante en cuanto al alcohol, pero no estoy seguro de qué habrá puesto Thom en esta copa porque siento que un mareo me atrapa.

—*Va bene* (está bien), si lo dices de ese modo suena un poco...

—¿Descabellado? ¿Ridículo? ¿Para morir de la risa? —resoplo cansado. No sé qué tan buena idea fue contarle esta estupidez a él teniendo en cuenta lo burlón que es. El chico parece entender mi mirada y eleva las manos en señal de paz—. Bien, bien. Dices que Poarch hijo no se deleitó con tu belleza y eso te resultó extraño porque tu ego está lo suficientemente alto para percatarse de algo semejante.

Joder. ¿Es así como me veo? Pues nunca me ha molestado sentirme de esa manera, tampoco tuve motivos para pensar lo contrario, así que supongo que no me molesta.

—*Esatto* (exacto).

El chico suelta una risita mientras mueve la cabeza.

—Bueno, tal vez se quería comportar frente a sus padres y eso le impidió saltar sobre ti.

No estoy seguro de que esté usando el sarcasmo, pero lo dejo pasar.

—No, el chico llegó tarde y se fue antes que sus padres, así que no creo que haya sido el motivo.

¿Motivo por el cual no se babeó sobre mí? Por Dios.

—Tal vez tenía otra cosa en mente o necesitaba marcharse antes de tiempo —intenta.

Y eso tiene más sentido, ya que recuerdo haberlo observado pendiente a su móvil.

Sí, otra conducta bochornosa de ayer.

—Eso tiene más sentido.

Thomas asiente satisfecho de haberme ayudado en nada. Se desliza para atender la barra y me dedico a pensar un momento. No suelo ser perseguido con este tipo de cosas y por supuesto que hay muchas personas que no voltearon a verme a lo largo de mi vida, pero por algún motivo es esta la que me pinchó.

Puede ser porque me quedé molesto al dar una mala impresión.

Sí. Es eso.

Con la duda resuelta y mi vergüenza intacta. Dejo unos billetes sobre la barra, además de la propina, por supuesto. Luego llamo a Thom para despedirme.

—Me estoy yendo, gracias por escucharme —sonrío agradecido a lo que él mueve la mano,

restándole importancia.

—Cuando quieras —planta las manos sobre la barra y se inclina hacia adelante. Sus ojos claros brillan con malicia—. Ya que me he pasado un buen rato escuchando tus inquietudes de diva, ¿crees que puedas pedir ese autógrafo para mí?

Su sonrisa se ensancha como la del gato Cheshire. Lo fulmino con la mirada y me doy la vuelta mientras escucho sus carcajadas.

Sí. Podría pedir un autógrafo para él.

Y uno para mí.

De paso.

Capítulo 4

Timothy

—¡Dimitri! Date prisa, por favor —grito a todo pulmón desde la sala hasta la planta de arriba. Solo espero que me haya oído, aunque no tengo cómo saberlo, ya que no responde.

No es lo más divertido del mundo ir al supermercado un sábado por la mañana, pero no tengo otra opción teniendo en cuenta que mi despensa está más que vacía.

Agarro la sudadera azul en conjunto con mis deportivos y me la pongo en un tiempo récord, algo que fui perfeccionando en el transcurso de los meses, al igual que cambiarme de ropa en cualquier lugar de esta casa que tuviera un poco de privacidad.

—Tim, quiero irme —se queja Davenia mientras agita el dobladillo de mi sudadera.

—Lo sé, cariño, tu hermano bajará en un momento —espero.

Ella blanquea los ojos como una mini niña rebelde y es que todavía no puedo creer que tenga siete años y se comporte como una adolescente malhumorada.

La dejo en la sala mientras voy a darle un vistazo a Donnal que, milagrosamente, se encuentra entretenido con un cubo de rubik al lado del sofá. Dios, se ve tan tierno que me agunto las ganas de agarrar sus regordetas mejillas para besarlas. Donn tiene apenas dos años y día tras día me resulta difícil imaginar cómo es que los padres de estos niños tuvieron corazón para abandonarlos.

Nunca supe qué habrá sido de la vida de su padre, un alcoholico sin remedio y su madre, una drogadicta que no hacía más que golpearlos. Ellos tampoco parecen extrañarlos, ya que desde que viven conmigo no los han mencionado ni una sola vez.

Mi vida ha cambiado al cien por ciento desde que estos niños entraron en ella. No quiero decir que todo es color de rosa porque, Jesús, claro que no lo es. Aunque puedo afirmar que me he sentido más feliz en estos últimos meses que en toda mi vida.

El sonido del timbre me saca de mis pensamientos, así que camino hasta abrir la puerta.

—Oye tú —mi hermano se acerca para darme un suave abrazo y luego de devolverle el gesto, le hago una seña para que pase—. ¿Has dormido? Tus ojeras se ven fatal.

Dime algo que no sepa.

—Lo suficiente, Donn duerme toda la noche, soy yo el que se levanta para observarlos —algo que se hizo costumbre. Es como si tuviera un reloj en mi cabeza.

Mi hermano me mira preocupado y luego acaricia mi cabello con su mano.

—¿Por qué no consideras una niñera para que te eche una mano?

Niego rotundamente.

—Ellos no están preparados para convivir con alguien más —le sonrío tratando de tranquilizarlo—. Voy a estar bien, es hasta que le agarre el ritmo.

Cam mueve la cabeza como si no estuviera de acuerdo, pero como siempre, no lo menciona. Trata de ser comprensivo conmigo y respetar mis decisiones.

—Bien, supongo que voy a comenzar a venir más seguido para darte una mano.

—No tienes que hacer eso, tú siempre estás ocupado con tu trabajo y ya haces suficiente por nosotros —lo miro agradecido.

Rodea un brazo sobre mis hombros y nos guía hasta la sala.

—Lo que sea por ti y mis sobrinos.

Sus sobrinos.

Eso se siente tan bonito que mis labios se agrandan con una sonrisa. Desde que he adoptado a los niños, mi hermano no dudó en tomarlos como sus sobrinos y ha sido un fuerte pilar desde entonces.

—¡Tío Cam! —grita Dav cuando lo encuentra y comienza a correr hasta que él la atrapa y la levanta, su vestido fucsia se desalinea y su cabello largo le cae en el rostro.

—Mi pequeña diablilla —ella sonrío orgullosa por el mote.

Desde mi punto de vista, "diablilla" es lo más sutil que le puedes decir a la niña sabiendo lo tremenda que es.

—Dav, tu vestido se está arrugando —le informo.

Ella se escabulle de mi hermano y cuando la deja en el piso, ella se pasa las manos por la parte delantera hasta alisarlo.

—Hostia, tío —murmura.

—¡Dav! —la reprendo. Ella sonrío inocente mientras sale huyendo lejos de la sala.

Escucho una risa proveniente de mi hermano que tiene a Donn en brazos.

—No me digas que sigue con su fanatismo por los acentos y palabras de otros países —comenta divertido.

Sí. La niña tiene una obsesión por imitar acentos de otros lugares.

—Sí, lo cual sería hasta gracioso si no fuese porque solo le gusta repetir las groserías —resoplo hastiado porque he intentado todo para que se le quite esa manía y nada parece funcionar.

—Tienes que admitir que es gracioso —dice con convicción. Lo miro sin estar de acuerdo.

—Lo dices porque no estuviste cuando le dijo a papá "huevón". Dios, casi me da un infarto. En ese momento tuve que disculparme de mil maneras, recoger a todos los niños y cargarlos en

la camioneta.

—No jodas —balbucea, seguramente tratando de imaginar a nuestro padre con una cara de horror.

—Lo juro —entonces recuerdo que teníamos que irnos, así que ahueco mi boca con mis manos y grito—: ¡Dimitri!

—¿Están de salida?

—Estamos yendo al supermercado —volteo para mirarlo con súplica—. ¿Crees que podrías acompañarnos?

Que diga que sí. Que diga que sí.

—Claro que sí, Tim. He venido para pasar el rato con ustedes.

Le sonrío de oreja a oreja y me acerco hasta depositar un beso en su mejilla. Donn se desliza de sus brazos.

—Te lo agradezco —le hago una señal hacia las escaleras—. Dimitri me ignora más que siempre, ¿puede ser porque acaba de cumplir diecisiete años?

Cam me mira desconcertado.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No lo sé. ¿Tú eras así a su edad? No lo recuerdo —pongo un dedo en mi barbilla, tratando de recordar.

—No, era mucho peor —puntualiza queriéndome calmar, pero no lo consigue.

—Quizás el problema soy yo. Sé que no le agrado —musito cabizbajo.

Desde que he conocido a Dimitri, doy fe de que no me he convertido en su persona favorita y vaya que lo he intentado incontables veces, pero el chico ha puesto una barrera entre nosotros y aunque sé que se siente agradecido conmigo, también puedo sentir su renuencia a aceptar mi cariño.

—Necesitas darle tiempo, recuerda que él es el mayor, por lo tanto, el más consciente de toda la mierda por la que pasaron.

Y no hay nada más cierto que lo que dice mi hermano, es por eso que no lo he presionado.

Dimitri baja por las escaleras de la mano de su hermana. Ella le sonrío mientras que él le guiña un ojo. Dim es alto, delgado y puedo ver lo atlético que se está volviendo su cuerpo a comparación de cuando lo encontré. Lleva puestos unos vaqueros negros junto con unas vans del mismo color y un buzo con capucha de color gris.

Cuando llega al final de las escaleras y levanta la vista para posarla sobre mi hermano, su rostro se afloja y se acerca para saludarlo.

—Hola, Cam.

—Hey, campeón. ¿Cómo has estado? —mi hermano le palmea el hombro a lo que Dim asiente—. Timothy te ha estado gritando por un rato.

Dimitri voltea a verme.

—Lo siento, estaba tomando una ducha —me mira cansino.

—No te preocupes, pero es mejor que nos vayamos antes de que Donn se descontrolé.

Los demás asienten y cuando Cameron se adelanta mientras va jugando con Donn y Dav, me percató de que Dimitri lo observa atentamente.

—¿Todo está bien? —le pregunto al posicionarme a su lado.

—Sí, ¿por qué no lo estaría? —pregunta a la defensiva.

Lo escrutino de cerca. Su rostro luce inmune, sin ninguna expresión, como si estuviera cubriendo cualquier tipo de reacción, y es que él nunca me deja ver sus emociones.

—Por nada, cariño.

El viaje transcurre lo más decente posible, pero no menos divertido, por supuesto. Nos adentramos al supermercado y cogemos dos carritos, uno llevo yo y el otro Cam quien ha sentado a Donn dentro del carrito.

Siempre me ha gustado salir y hacer las compras y aunque con dos niños pequeños se complica un poco, no deja de ser agradable. Ellos pueden escoger lo que les gusta y de ese modo los voy conociendo

Lo cierto es que la mañana estaba transcurriendo de manera entretenida, o eso pensé hasta que me percató de que me falta una niña, específicamente una que lleva un vestido fucsia.

—¿Dónde está Dav? —comienzo a mirar alrededor.

—Estaba justo aquí —Cam señala el lugar donde, evidentemente, no hay ninguna niña con un vestido fucsia.

—Oh, por Dios —empiezo a hiperventilar y solo alcanzo a ver cómo Dimitri sale corriendo para buscar a su hermana.

Mi corazón comienza a latir más rápido de lo normal mientras me llevo una mano al pecho. Cam baja a Donn del carrito.

—Tranquilízate, Tim. Vamos a buscarla.

Me toma de la mano y no hago más que seguirlo porque mi cuerpo no está reaccionando como debería. Jesús, mi pecho se comprime con cada paso que damos y no tenemos señal de ella.

Soy un pésimo padre, cómo es que no me di cuenta de que faltaba una y más aún con ese

atuendo tan distintivo.

—¡Allá está! —grita Cam mientras me arrastra con él hasta el final del pasillo de los lácteos.

Cuando logro visualizarla, el alma me vuelve al cuerpo y puedo volver a respirar cuando llego hasta ella y me pongo en cuclillas hasta abrazarla fuertemente. Su aroma a fresa me inunda y es inexplicable el alivio que siento al tenerla conmigo.

—¿Estás bien, cariño? ¿Por qué te fuiste de nuestro lado? —comienzo a tocar su rostro para asegurarme de que se encuentre bien y solo hasta entonces me doy cuenta de que su ceño está demasiado fruncido—. ¿Qué sucede, cielo?

Mis alarmas empiezan a alertarme y la preocupación me atrapa.

—Este gilipollas dice que mi vestido es horrendo —brama ofendida, señalando al hombre que está a su lado.

Ni siquiera me he dado cuenta del tipo hasta que ella lo menciona y cuando levanto mi vista, mi lengua se atasca y estoy seguro de haber escuchado un jadeo de mi parte. Abro y cierro la boca para mencionar algo, pero nada sale de ella. El tipo me observa expectante, con sus ojos intensamente azules, como un cielo en primavera.

Justo cuando estoy pensando en decir algo coherente, caigo en cuenta de un pequeño gran detalle.

—¿Acabas de decir gilipollas?

Dav automáticamente sonrío inocente y se escabulle detrás de las piernas de mi hermano.

Maldita sea, ¿y ahora con qué cara voy a mirar al guapo desconocido para suplicarle que no se lleve presa a mi hija por insultarlo?

—¿Ciao?

Capítulo 5

Gianni

Mi alimentación no suele ser variada y mucho menos elaborada. A pesar de que me alimento de manera saludable, trato de que dicha comida sea lo menos cocinable posible, no porque no me guste cocinar, sino más bien porque me molesta el desorden.

Sí, tengo una especie de obsesión con la limpieza y las cosas en su lugar, así que una vez entres en mi piso, es imposible que encuentres algo fuera de lugar.

Pero incluso para una persona tan metódica como yo, es inquietante tener el refrigerador vacío. Incluso si después de volver con las compras debo encargarme de acomodar las cosas en su lugar.

Tomo mis llaves y un abrigo pesado, ya que afuera hace un frío del demonio. Me subo al coche y conduzco hasta el supermercado más cercano. Esto no debería tomarme más de media hora como mucho.

Dejo el coche en el estacionamiento y camino hacia el amplio sitio. Recojo un carrito para facilitar mi desplazamiento y me adentro al lugar. Solo debo recoger unas cuantas cosas que considero indispensables en mi refrigerador y despensa y luego me marcharé a casa a seguir trabajando, aunque es sábado y un par de copas me esperan en la noche, necesito avanzar con los pendientes si no quiero que Jac me deje sin bolas.

Comienzo a poner las cosas en el carrito y cuando llego al área de los lácteos, lo dejo a un lado para elegir los productos meticulosamente.

Sostengo una caja de leche de almendras, pero esta marca no es la que suelo consumir, por lo que voy caminando en reversa mientras leo las etiquetas de las cajas. De repente siento algo detrás de mí y luego...

—¡Ay! —grita una voz chillona.

El chillido es tan ensordecedor que cierro los ojos de golpe.

Che cazzo (qué carajo).

Evidentemente, he chocado con alguien y debido a que es mi culpa por caminar en reversa, me volteo para disculparme con la voz de chimpancé.

Miro alrededor, pero no encuentro a nadie. ¿Es posible que el hambre me haga alucinar y oír voces? No lo creo. Estoy completamente seguro de haber escuchado esa voz tan escandalosa.

—Me pisaste mis zapatos nuevos —definitivamente la voz viene desde abajo.

Agacho la cabeza y me encuentro con una niña que tiene más cabello de lo que una persona normal debería tener. Con un vestido asquerosamente fucsia y unos zapatos de charol plateados. Su ceño está fruncido, evidentemente enfadada porque estropeé sus horribles zapatos.

—Lo siento, no te vi. ¿Te hice daño? —trato de sonar amigable por las dudas de que la madre de la niña aparezca.

Ella cruza los brazos y me observa indignada.

—Eres un capullo, fíjate por dónde caminas.

¿Esta niña con cara de inocente acaba de llamarme capullo?

Abro y cierro la boca como un pez fuera del agua. Totalmente anonadado por lo que acabo de escuchar. ¿No se supone que los niños de hoy en día cantan Baby Shark en lugar de decir palabrotas? Ella me fulmina con la mirada como ninguna otra mujer lo hizo antes, y eso ya es demasiado para decir.

—¿Acabas de llamarme capullo? —musito atónito.

El engendro revolea los ojos. ¡Los revolea! Como si estuviera cansada de mi charla y presencia.

—También eres sordo.

Bene, eso es todo.

—¿Dónde están tus padres? —cuestiono mirando alrededor.

—Qué te importa —responde automáticamente.

Inferno, si esta niña fuese mi hija, cosa que nunca jamás sucedería, ya la hubiese puesto en un internado. Militar si es posible.

—Oye, niña, no seas grosera —la reprendo en voz baja por las dudas que me escuchen los padres.

—Tú empezaste al pisar mis zapatos —se queja dando pisotones, haciendo un berrinche.

Oh, Dios. No permitas que lllore o me voy a ver obligado a salir corriendo.

—Ya te dije que lo siento.

—No me importa —contesta tan madura como su edad lo permite.

—Dime dónde están tus padres para llevarte con ellos —intento una vez más.

Ella achica los ojos y luego se alisa la parte delantera del vestido.

—No encuentro a papá, lo perdí en uno de los pasillos.

Era de suponer.

—No entiendo cómo te perdió de vista con ese vestido horrendo que llevas puesto —murmuro, pero no lo suficientemente bajo, ya que la niña me escucha y da un paso adelante, por lo que doy un paso atrás.

Me apunta con el dedo mientras que planta la mano libre en su cadera. Parecida a una madre cuando está a punto de regañarte.

—Mi vestido es precioso, Tim lo hizo para mí —espeta defendiendo al creador del vestido.

—Deberías decirle que intente con otro diseño para evitar que hagas el ridículo, engendro —muevo la mano con desdén.

Ni siquiera puedo entender por qué estoy discutiendo con una niña irrespetuosa, pero en mi defensa, ella comenzó al llamarme capullo.

El engendro me mira de pies a cabeza y luego arruga la nariz.

—Le diré a papá lo que has dicho de mi vestido para que te dé un puñetazo —amenaza.

BENE, su padre es el diseñador de dicha prenda llamativa. Eso explica su ferviente defensa hacia los trapos.

—Hazlo, así yo podré decirle que me has llamado capullo —contraataco, sintiéndome triunfal cuando la niña abre y cierra la boca, quedándose sin nada para decir.

—¡Allá está! —escucho que alguien grita a mi espalda.

Ese debe ser el padre de la niña, y cuando volteo listo para mandarla al frente, mi aliento se atora y me quedo tan inmóvil que no me explico cómo es que el aire logra llegar a mis pulmones.

Jesús, que no sea lo que pienso.

No permitas que esto pase.

Pero ya es demasiado tarde cuando Timothy el hermoso Poarch se desploma a mi lado y agarra a la niña en sus brazos mientras comienza a examinarla.

—¿Estás bien, cariño? ¿Por qué te fuiste de nuestro lado? Te hemos estado buscando por todos los lugares —su voz sale temblorosa y justo alcanzo a ver como la niña frunce el ceño—. ¿Qué sucede, cielo?

No lo digas, no lo digas.

—Este gilipollas dice que mi vestido es horrendo —brama enojada mientras me señala.

Cuando Timothy Poarch levanta la vista para mirarme, termino de caer en cuenta de lo que está sucediendo realmente. Ni siquiera puedo procesar el hecho de encontrarme con él aquí y de esta manera, mucho menos que sea el padre del engendro y, no conforme con eso, la niña buchona le acaba de decir que le dije que su vestido es horrendo.

Demoni, ¿qué más puede salir mal aparte del hecho de que no sé qué *cazzo* decir?

Timothy me observa de una manera extraña, como si fuera la primera vez que me ve, y maldición si eso no toca un punto en mi ego.

El chico frunce el entrecejo y vuelve a ver a la niña.

—¿Acabas de decir gilipollas? —le pregunta detenidamente y yo quiero decirle que sí y de paso que la lleve a un internado.

El engendro sonrío inocente y se escabulle para esconderse detrás de las piernas de otro hombre que llegó con Timothy. El tipo es alto y fuerte y sostiene a un niño en sus brazos.

Decido terminar con el incómodo silencio y decir una palabra. Al menos una coherente y menos vergonzosa que la vez anterior. Ahora sé que no recuerda ese episodio y no sé si sentirme aliviado o herido.

—¿Ciao?

Sí, gran palabra. Te has esmerado, Bezzechi.

Timothy bello Poarch se endereza hasta quedar a mi altura. La diferencia de centímetros es evidente y estoy hablando de alturas, no de otra cosa.

Joder. No pienses en eso ahora.

Así de cerca, puedo observar algunos detalles que no he podido detectar en nuestro primer encuentro. Como sus labios gruesos y sus ojos avellanas, al igual que lo oscuro que es su cabello que hace contraste con su piel clara.

—Siento mucho el vocabulario de mi hija, estamos teniendo problemas con ello —murmura mirándome apenado.

¿Su hija?

¡El engendro es su hija!

Miro a la niña que me observa con recelo y en este momento un chico llega corriendo y comienza a reprenderla por haberse escapado. Vuelvo la atención a Timothy mientras trato de no verme afectado por la situación.

—Descuida, no me he molestado —miento—. De hecho, estaba tratando de persuadirla para que me dijera dónde estaban sus padres —pero ni en mis más locos sueños hubiera imaginado que seas tú.

—De todas maneras, es necesario que Dav se disculpe por su comportamiento —enfatisa sus palabras como si le estuviera dando una orden.

La niña se cruza de brazos y mira hacia otro lado, ignorando la situación.

—Davenia —advierde Timothy con una voz tan sexy que mi polla se sacude.

Bien podría decirle que no, que no se preocupe, pero mientras miro con altanería al engendro, solo puedo gozar cuando me pida perdón.

—Vamos, pequeña diablilla, discúlpate —el otro tipo le pide dulcemente.

De mala gana y con todo el odio que le cabe en su pequeño cuerpo, da un paso adelante y me fulmina con la mirada mientras susurra un "lo siento".

Sonríó triunfal.

—Todo está olvidado, me alegro de que hayan encontrado a la niña —menciono. Sus ojos avellanas se achican mientras sonrío y, joder, es la sonrisa más encantadora que he visto en mi vida.

—Yo también, a veces es complicado andar con tres hijos haciendo las compras, pero hago lo que puedo.

¿Tres hijos?

Oh, Jesús. Siento que me va a dar algo.

Observo al chico con cara de pocos amigos y luego a un bebé que se está babeando y después está el engendro. Eso quiere decir que esos tres individuos son sus hijos, ¿pero cómo puede ser si no debe tener más de veinticinco años?

—Deberías llevar una correa para cada uno —dice el tipo fuerte.

—Oh, créeme, esa idea no suena tan descabellada —Timothy le sonrío con cariño.

¿Eso quiere decir que el tipo es su pareja? ¿Estarán casados? Muchas preguntas llegan a mi mente. Por supuesto que conocía el nombre de este chico, ya que es un diseñador reciente que se ha hecho famoso por su nueva colección. Más allá de que la marca ya tiene su nombre impuesto, pero al no saber de su vida privada, esto me deja desconcertado.

—Bueno, deberíamos irnos para terminar cuánto antes y llevar a los niños a almorzar —menciona el tipo.

—Claro —Timothy agarra a la niña de la mano y me mira por última vez—. De nuevo, lo lamento y gracias por cuidarla hasta que pudimos encontrarla.

—*Nessun problema.*

El chico me sonrío y luego se marchan.

Y una vez más, acabo de quedar como un completo idiota.

Su rostro es tan jodidamente perfecto que mi estómago se llena de mariposas, pero luego recuerdo que tiene tres hijos y las mariposas mueren.

Capítulo 6

Gianni

Camino de un lado a otro en mi oficina como un león encerrado o un oso panda atrapado, pero nunca como un conejo enjaulado.

Es tan ridículo sentirme nervioso, que roza el punto de enojarme. Es decir, uno puede sentirse nervioso y hasta ansioso por varias situaciones en particular, pero estoy seguro de que mi excusa no entra en el rango.

Me siento frustrado. No me gusta la sensación de inquietud, creo que muy pocas veces la he sentido en mi vida y que se haga presente justo ahora, en este momento sin sentido, me hace cuestionarme un par de cosas.

Miro mi reflejo a través del ventanal. Mi cabello rubio se encuentra perfectamente peinado y la barba de pocos días me da el toque preciso. Sí, llámame egocéntrico, pero sé muy bien lo atractivo que puedo llegar a ser. Incluso cuando la persona que está a punto de ingresar no haya volteado a verme la primera vez.

No es como si estoy planeando impactarlo o algo parecido, *merde*, por supuesto que no, desde luego que no. Es únicamente la manía de querer dar una buena impresión.

Ni que estuviera loco de remate como para quedarme enganchado con una persona que se encuentra totalmente estabilizada con tres encantadores hijos. No tengo nada en contra de ello, pero prefiero verlos de lejos.

Lo más lejos posible.

Tirando las mangas de mi traje, me recuerdo lo profesional que soy. Puedo manejar esto como pan comido.

Unos golpes al otro lado de la puerta me hacen sobresaltar y luego Antony, mi asistente, entra para indicarme algo que solo hará ponerme más nervioso.

—Señor, el joven Poarch está aquí. ¿Quiere que lo haga pasar?

—No —respondo automáticamente. Antony me mira confundido, haciendo que sus arrugas se vean más pronunciadas. Inferno, Gianni, solo sé un hombre maduro de treinta y pocos años—. Quiero decir, sí. Hazlo pasar.

Antony asiente lentamente y luego se retira.

Joder. Mi corazón bombea a mil por segundo. Me llevo una mano al pecho para tratar de calmarme, pero es en vano cuando la puerta es abierta y por ella entra el chico más jodidamente apuesto que he visto en un largo tiempo. Timothy es sin duda un ser demasiado espectacular. Me pregunto si él es consciente de lo que provoca cada vez que entra en un lugar.

Atrás quedó su ropa deportiva para sustituirla por unos pantalones negros de vestir, una

camisa de seda azul y un blazer igual de oscuro que su pantalón. El cabello le cuelga a los lados, tan negro que te encandila.

—Buenos días, señor Bezzechi —oh sí, dime señor cuando te tenga debajo de mí. ¿Qué? No, no. Recuerdo que tiene tres hijos. Intentando reaccionar, le hago una señal para que tome asiento y cuando sus ojos se encuentran con los míos, el reconocimiento lo atraviesa y sus mejillas se vuelven rosadas—. Eres el gilipollas —musita.

Bene, me han insultado muchas veces, pero no estoy seguro de que me guste ser insultado por este chico.

—Depende del punto de vista.

Sus mejillas pasan de rosadas a rojo intenso.

—¿Qué? Oh, por Dios, lo lamento —mueve las manos tratando de borrar lo que dijo. Se ve tan adorable que cierro mis puños ante el impulso de tocar sus mejillas—. No es lo que quise decir. Jesús, esto es vergonzoso.

Bienvenido al club.

Me deslizo en la silla y él hace lo mismo, aunque demasiado dubitativo para mi gusto.

—Oye, no te preocupes —le sonrío a lo que él me mira de reojo—. Sé que te refieres a que soy el mismo al que tu hija insultó —comento divertido.

—Sobre eso, lo siento nuevamente. No sabes lo apenado que me encuentro —por primera vez desde que entró en la oficina, me mira directo y realmente luce afligido.

Planto los codos sobre el escritorio y lo observo de cerca. Quiero trazar mi dedo sobre sus labios, son tan rosados que no puedo evitar pensar en lo caliente que se deben sentir.

—Para dejarte más tranquilo, no voy a levantar una denuncia en contra de tu pequeño engendro —disparo demasiado distraído mirando sus labios y solo hasta entonces me doy cuenta de lo que acabo de decir—. Yo...

—Pequeño engendro —murmura mientras me mira. Joder, que bocazas que soy. Cuando estoy a punto de disculparme por ser tan estúpido, Timothy deja escapar una carcajada—. Es lo más sutil que le han dicho a Dav.

Dejo escapar el aire contenido.

—¿Por qué no me sorprende? —pregunto divertido.

—¿Por qué no es una niña muy dulce que digamos? —intenta.

—Oh, desde luego que no lo es —Tim suelta una risita y mi polla se sacude interesada.

El chico deja el maletín sobre la mesa y luego me encara. Su mirada es amable, pero firme.

—Entonces eres uno de los arquitectos que se está haciendo cargo del proyecto —afirma. Frunce el señor como si estuviera esforzándose para recordar algo—. ¿Has estado en la primera

reunión?

Ah, mi ego está siendo herido.

—Así es, Hamilton y yo estuvimos en la reunión junto a ti y tus padres.

Timothy asiente lento.

—Lo siento por comportarme como un maleducado ese día —murmura, sus ojos se tornan oscuros—. Ni siquiera recuerdo la mitad de lo que se dijo. Estaba demasiado pendiente del móvil, ya que era el primer día de Donn en una guardería, entonces no pude evitar estar atento por si, ya sabes, ellos llaman. Donn es un niño tranquilo, pero no está acostumbrado a estar con extraños. Siempre está pegado a mí, entonces... yo... no sé por qué te estoy diciendo esto.

La fragilidad en sus ojos me aprieta el corazón. ¿Cómo es que un chico tan joven debe tener ese tipo de responsabilidades? Estiro el brazo y me tomo el atrevimiento de tomar una de sus manos entre la mía.

—Oye, tranquilo, entiendo perfectamente la situación. No tengo hijos, pero entiendo la responsabilidad que conlleva.

El chico me mira agradecido.

—Demasiada.

Decido husmear un poco y calmar mi curiosidad, ya que desde que me encontré con él y sus hijos en el supermercado, he podido atar algunos cabos y llegar a una conclusión.

—¿Hace cuánto tiempo están contigo? —Tim me mira sorprendido y me doy cuenta de que no debí preguntar eso—. Disculpa por ser entrometido, no quise incomod...

—Unos pocos meses —responde dulcemente—. Los adopté hace poco tiempo, es por eso que aún nos estamos adaptando.

No sé cómo sentirme al respecto. Tal vez un poco de admiración ante este chico que decidió adoptar a tres niños, no uno, sino tres.

No puedo saber el contexto de la situación y tampoco preguntar, aunque estoy seguro de que en su lugar hubiera sido lo suficientemente egoísta como para continuar mi vida en soledad, no acompañado de tres vidas que van a depender de mí. Hay que ser jodidamente valiente para cargar con algo semejante.

—Eres increíble —me atrevo a decir. El chico se sorprende antes de negar con la cabeza.

—No lo creo.

—¿*Stai scherzando?* (¿Estás bromeando?) —bramo elevando la voz—. Has adoptado a tres niños a los cuales, estoy seguro, amas con tu vida, eso te hace una persona fantástica. Yo no podría hacer algo como eso.

Timothy ladea la cabeza y su escrutinio me pone inquieto.

—No estoy seguro de eso, pareces un buen tipo.

—¿Estás tratando de tirarme flores para no demandar al engendro? —lo acuso divertido.

—Tal vez un poco. ¿Está funcionando? Dime que está funcionando —suelta mi mano para juntarla con la suya y posicionarla a modo de súplica.

Va bene, suplicame más, por favor.

—*Bene*, quizás un poco —elevo los hombros con altanería.

La sonrisa de Timothy se ensancha y luego agarra un bolígrafo del portalápices y me lo lanza al rostro, pero logro atraparlo entre risas.

—Pensándolo bien, yo debería ser quien levante una demanda en tu contra por llamar horrendo a uno de mis diseños.

Joder.

Mi sangre se enfría mientras mi risa titubea.

—¿Vas a creerle al engendro? —pregunto fingiendo ser herido.

—Bueno, es mi niña, aunque si te esfuerzas, podría hacer una excepción por ti.

Certo (por supuesto) que no lo dice con doble sentido. Su sonrisa es tan genuina y desinteresada que no puedo evitar darme una bofetada mental por tomar esas palabras por otro rumbo, pero es que, maldición, ahora estoy convencido de que él no se da cuenta del efecto que causa en las personas y aunque solo trata de ser amable, seguramente apenado por el encuentro pasado, me sostengo de su cortesía como si estuviera pidiéndome ir a follar.

—No quise decir algo tan desagradable, es solo que... era un poco...

—¿Fucsia? —termina divertido—. Lo sé, pero no puedes negarle nada a esa niña, créeme.

—No puedo estar de acuerdo —murmuro. Claro que estaría feliz de darle un no rotundo al engendro.

Timothy se acomoda en el asiento, lo que hace que su camisa se deslice unos centímetros hasta mostrar un poco de piel de su cuello. Tiene la clavícula marcada y la piel tan brillante que puedo imaginar lo suave que debe ser.

—Entonces, ¿quieres que empecemos a trabajar? Tengo entendido que va a llevar su tiempo —me mira expectante, seguramente esperando la respuesta a una pregunta que no tengo ni la más mínima idea porque solo puedo mirar su cuello—. ¿Gianni?

Nunca me ha gustado tanto mi nombre como ser dicho a través de sus labios. Él frunce el entrecejo y es mi luz verde para dejar de admirarlo.

—Sí, es una buena idea —me pongo derecho para enfocarme en el trabajo, por muy difícil que sea—. ¿Quieres algo de beber?

—Así estoy bien. Gracias.

Las comisuras de sus labios tiran hacia arriba y sus ojos se achican, mientras que sus mejillas se colorean y ya es demasiado tarde cuando pregunto...

—El tipo fuerte del supermercado, ¿es tu pareja? —No tengo ni puta idea de dónde ha salido esa pregunta, pero antes de poder retenerla, se escapa.

Timothy me observa sin comprender mi pregunta, un tanto sorprendido y ¿cómo no? Soy un desconocido cualquiera que está indagando sobre su vida privada. Sin embargo, se limita a responder.

—Es Cameron, mi hermano.

Questo è tutto (eso es todo).

No, no y no. No se supone que tenga que emocionarme.

Mis mariposas intentan revivir, pero las aplasto nuevamente. No obstante, puedo descifrar la complicidad que se acaba de crear entre nosotros.

Jesús, no permitas que este chico sea mi perdición.

Capítulo 7

Timothy

—El señor Bezzechi lo atenderá en un momento —anuncia el hombre detrás del mostrador.

—Gracias —le sonrío amable.

No puedo evitar echar un vistazo alrededor. Este edificio, sin duda alguna, tiene el sello de Hamilton & Asoc por donde lo mires, desde los pisos pulidos hasta la extravagante decoración.

Si me lo preguntas, es demasiado perfecto para mi gusto. Me da la impresión de que las personas andan con cuidado por el miedo a estropear algo.

Es mi segunda reunión con Gianni. Bueno, tercera si contamos la primera... o quizá cuarta si agregamos el encuentro en el supermercado. Como sea, estoy raramente nervioso por este encuentro, no estoy seguro de que la vez anterior haya salido del todo bien, dejando de lado el trabajo, por supuesto. Fue bastante bochornoso divagar sobre mi paternidad con un desconocido. Solo espero no entrar en ese terreno hoy.

No soy ciego y puedo ser honesto al decir que tener a un tipo como Gianni al frente es para comerte las uñas a causa de la intranquilidad. Es de esos hombres que lucen excesivamente guapos hasta el punto de hacerte sentir que no fuiste bendecido con la virtud de la belleza.

—¿Timothy Poarch? —una voz asombrada me saca de mis pensamientos y cuando levanto la vista, me encuentro con un chico alto y delgado—. Claro que eres tú. ¡Joder! Me va a dar algo.

El chico se abanica el rostro con las manos. Su cabello blanco vuela por todos lados. Tiene la piel tan blanca que se confunde con el comienzo del cabello. Sus ojos azules lucen extasiados y es terriblemente bonito.

—¿Te encuentras bien? —pregunto rápidamente cuando se inclina sobre mí para examinarme de cerca—. No puedo saber si estás pálido o es tu color natural.

—Y yo no pensé que fueras tan jodidamente guapo —dice sin pudor y solo puedo sentir mis mejillas calientes.

—Uh, gracias.

El chico sonrío socarrón, tal parece que le gusta tener esa postura de "chico juguetón".

—No sabes cuánto admiro tus diseños, eres increíble —dice y para mi sorpresa, su rostro se ilumina—. Ya que estamos en confianza, ¿crees que puedas darme un autógrafo?

Desde luego que no voy a decirle que no y sus ojos iluminados tampoco ayudan.

—Por supuesto. ¿Cuál es tu nombre?

—Thomas —me sonrío gigante y luego voltea hacia el mostrador detrás de nosotros—. Antony, regálame papel y boli, por favor.

El señor asiente antes de entregarle lo pedido. Thomas me tiende el papel y me encargo de dejarle una buena dedicatoria.

—Aquí tienes, Thomas, y gracias por admirar mi trabajo.

—Oh, por favor, soy yo el que debería agradecer —justo cuando parece querer decir algo más, el señor Hamilton y Gianni salen del elevador y se encuentran con nosotros. Thomas se inclina y me susurra al oído—. Por cierto, no menciones lo del autógrafo o Jac me matará.

Y a continuación, dobla el papel y lo guarda en el bolsillo de su chaqueta tan rápido como un rayo.

—Pero... —Intento, pero ya es tarde porque ellos llegan a nuestro lado.

—Buenos días, Timothy —saluda Hamilton.

—¿Cómo están? He venido para nuestra reunión —digo lo último mirando a Gianni que luce increíblemente apuesto.

Mi nerviosismo empieza a hacer acto de presencia.

—Siento mucho hacerte esperar, estábamos en una conferencia y las cosas se pusieron largas —actúa profesional, me pregunto si se debe a que su jefe está a su lado—. Pero veo que tienes compañía, aunque no estoy seguro si es buena.

Dice lo último mirando a Thomas con burla.

—Bueno, mi compañía es más agradable que la de un divo con problemas de egocentrismo —responde el chico.

Gianni suelta un jadeo incrédulo mientras que Thomas sonríe triunfal y yo los observo tratando de entender. No sé si sus miradas retadoras van en serio, pero decido intervenir por si acaso.

—Thomas ha sido amable y estábamos charlando mientras esperaba. —El chico le da una mirada de "¿oíste?" a lo que Gianni blanquea los ojos.

—¿Eso es cierto? —le pregunta Hamilton a Thomas.

Él lo mira con... ¿Cariño? Y luego le guiña un ojo.

—Por supuesto, señor Hamilton, me he portado bien.

Hamilton lo observa sin creerle una palabra, pero sus facciones duras se suavizan. No hay que ser un experto para entender que entre ellos hay algo y, por el anillo reluciente en la mano de Thomas, entiendo que es un "para siempre".

—Bien, vámonos, niño, para que ellos puedan trabajar.

Thomas se despidе de mí con un abrazo y un guiño. Hamilton asiente la cabeza en mi dirección y luego posa su mano en la parte baja de la espalda del chico hasta dirigirlo a lo que parece ser su oficina, al mismo tiempo que el mayor se inclina para depositar un beso en su sien.

—La conexión y el amor que transmiten es hasta envidiable —murmuro mientras los veo perderse detrás de la puerta.

—No lo sé. No suelo envidiar nada que tenga que ver con el amor —comenta divertido Gianni, pero solo él se ríe.

Claro que es de esos tipos, todo en él lo grita. Cero ataduras y alérgico al amor, y ni siquiera sé por qué me siento molesto al descubrir eso.

En cambio, yo nunca he experimentado eso de amar y ser amado, y después de ver a Thomas y Jac, una espinilla comienza a molestarme.

¿Algún día podré conocer el amor?

Levanto la vista para observar a Gianni y noto que su risa desapareció para sustituirla por una mueca extraña, parece que algo le está molestando.

Estoy a punto de preguntarle si sucede algo cuando mi móvil comienza a sonar. Le hago un gesto de disculpa antes de descolgar.

—¿Señor Timothy Poarch? —pregunta una voz gruesa al otro lado.

—Soy yo.

—*Le estamos hablando del instituto. Ha sucedido un inconveniente con su hijo Dimitri. ¿Puede pasar a recogerlo?*

¿Qué?

Mi cuerpo se tensa mientras encuentro las palabras para responder.

—¿Él está bien? —balbuceo.

Gianni da un paso al frente y me observa preocupado.

—*Por supuesto, pero tuvo una pelea y está suspendido por tres días. Sin embargo, no podemos dejarlo ir si su tutor no pasa a recogerlo.*

Una pelea. Dimitri tuvo una pelea y tengo el presentimiento de que no será la última.

—Salgo para allá.

Bajo el móvil y aunque debería salir corriendo, mis pies no se mueven, es como si no supiera qué hacer ante una situación como esta. Quiero decir, no es como si hubiese nacido sabiendo cómo ser padre.

—Tim, ¿sucede algo? —pregunta Gianni.

Dejo escapar un suspiro vacío y lo miro sin emoción.

—Debo ir a recoger a Dimitri, se agarró a puñetazos en el instituto —el rubio me mira sin entender—. Mi hijo mayor.

El entendimiento cruza por su rostro y no menciona nada más. Saco las llaves de mi camioneta y cuando estoy a punto de disculparme por tener que irme, Gianni agarra mi mano y me quita las llaves. Lo miro confundido, a lo que él se encoge de hombros.

—*Andiamo*, no puedes conducir en ese estado.

Quiero decirle que no, que no hace falta que haga esto, pero uno: comienza a caminar y dos: no quiero lidiar con esto solo.

Trato de seguirle el paso a Dimitri, pero en lugar de caminar, parece volar. A la salida del instituto puedo observar a Gianni apoyado en mi camioneta con los tobillos y brazos cruzados. Si no fuese porque estoy cabreado con Dim, podría quedarme viéndolo por un buen rato.

Cuando llegamos a su lado, el italiano me da una mirada de "¿todo bien?", pero nada lo está y menos cuando Dimitri intenta pasar de largo en lugar de detenerse.

—¿Adónde se supone que vas? —Dim se detiene y me mira de una manera tan fría, que me eriza los vellos de la nuca.

—Tomaré el autobús.

—No lo harás, te vienes conmigo, Dimitri —le ordeno.

—¿Por qué? ¿Es ese tu castigo? ¿No se te ocurre algo más ingenioso? —pregunta con sorna.

Mi estómago cae y es inevitable sentirme triste por la manera en la que me habla. Quiero enojarme y decirle que no sea tan grosero, pero en su lugar, agacho la cabeza y cuento de tres en reversa.

—Sólo súbete a la camioneta —intento sonar firme.

—He dicho que no.

Me tomo el puente de la nariz y levanto la vista para encararlo.

—Te has agarrado a puñetazos, tienes toda la cara lastimada, te suspenden por una semana y ¿eres tú el que se enoja? —cuestiono incrédulo.

Dimitri pestañea pausadamente antes de fijarme con la mirada.

—Bienvenido al mundo paterno —exclama con amargura.

Su distancia es algo que aún no puedo comprender, al menos no del todo. Mi pecho se aprieta al ver como Dim parece la persona más infeliz en este momento. Me pregunto si es que algún día él podrá sentir que finalmente encontró su hogar.

Siento que mis ojos comienzan a picar y solo quiero salir corriendo y dejar que él se vaya por su lado y yo por el mío.

—*Dannazione*, súbete a la camioneta —levanto la vista al oír la voz dura de Gianni.

El rubio contempla a Dim como si quisiera estrangularlo en este mismo instante.

—¿Y tú quién eres? —brama Dim, frunciendo el ceño.

Gianni suelta un suspiro cansino y luego avanza hasta quedar frente al chico, este da un paso atrás.

—El que está a punto de meterte a esa puta camioneta a la fuerza, así que tú escoges. Por las buenas o por las malas —vocifera fríamente.

Me limito a observar la escena sin mover un músculo, demasiado sorprendido para decir algo coherente.

—Inténtalo —lo reta. Gianni eleva los hombros, demostrando lo poco que le importa la altanería de Dim y luego intenta agarrarlo, entonces el chico da un paso al costado—. Ni se te ocurra tocarme.

El italiano pone los ojos en blanco y luego avanza hasta abrir la puerta del copiloto, haciendo una reverencia para que Dimitri entre. Sin otra opción, el chico avanza dando pisotones y finalmente entra al vehículo.

Gianni sonrío victorioso mientras me mira.

—Yo...

Nada sale de mi boca, el italiano me sonrío y mi pecho se infla.

—No es necesario que digas una palabra —saca una pequeña tarjeta personal de uno de sus bolsillos y me la tiende, con manos temblorosas la recibo—. Pero me debes un café.

A pesar de las circunstancias, una sonrisa tira de mis labios mientras asiento. Gianni se da la vuelta y se aleja.

Es increíble como este hombre me ha ayudado en dos ocasiones difíciles. Me aferro a la tarjeta en mis manos y me prometo pagarle ese merecido café.

Capítulo 8

Timothy

—¿Y cómo haces para alimentarte? —escucho la voz de Dimitri mientras me acerco a la entrada de la cocina.

—Bueno, he dicho que detesto cocinar, no que no sepa hacerlo —aclarar mi hermano—. ¿Y tú? ¿Sabes cocinar?

Me detengo antes de la puerta y me apoyo en la pared. No es por ser chismoso, pero tristemente es la única manera en la que puedo conocer algo de Dim, y mi hermano parece haber ganado un poco de su confianza. Creo que es con la única persona que lo he visto con la guardia baja.

—Claro —contesta en tono de obviedad, cómo si la pregunta de Cam fuese estúpida—. ¿Quién crees que cocinaba cuando mamá se drogaba y papá se atragantaba de alcohol?

Cierro los ojos al percatarme de la hostilidad y el dolor en su voz. Dimitri puede verse frío y con aire de altanería, pero sé muy bien que debajo de ese caparazón hay un chico asustadizo que necesita el cariño de una familia estable. El mismo chico que encontré aquel día en el estacionamiento, cargando a su hermano menor y protegiendo a su hermana.

—Entonces deberías visitarme un día de estos para dejarme unos cuantos tupper en el refrigerador —propone mi hermano, cambiando de tema, pero su voz afligida lo delata.

—Sí, cuando quieras.

Me alejo de la pared y decido entrar. Dim tiene una pequeña sonrisa en sus labios, pero cuando se percata de mi presencia, la sustituye por una mueca poco amigable.

Desde la pelea de ayer, no me ha dirigido la palabra y simplemente se ha dedicado a ignorarme. Sin nada para decir, el chico abandona el lugar, dejándome a solas con mi hermano.

—Oye, ven aquí, siéntate —Cam mueve los dedos y avanzo hasta desplomarme en un taburete frente a él—. Donn y Dav están en la sala de juegos.

Asiento conforme porque sé que él los cuidó muy bien mientras estaba en la empresa.

—Gracias por venir, necesitaba pasar a recoger unas cosas para poder trabajar adecuadamente desde casa —estiro la mano sobre la isla y él la toma en el camino.

—Ya sabes que estoy para lo que necesites —apoya los codos sobre la barra y se inclina—. Ya me enteré de la pelea.

Suelto un suspiro agobiado.

—Ni siquiera entiendo por qué está enfadado conmigo —bufa molesto—. Incluso no lo he castigado. Bueno, tampoco sabría qué castigo ponerle —confieso.

La cuestión es que me pasé la noche pensando si debería darle un castigo o algo parecido, pero ninguna idea llegó a mi mente. Después de todo, quizás el papel de padre me está quedando un poco grande.

—Tim, ¿le has preguntado por qué fue la pelea? —Por supuesto que le pregunté... Oh, maldición. Planto una cara de horror mientras hundo el rostro entre mis manos.

—Soy de lo peor, no me di cuenta de preguntarle qué fue lo que pasó. Simplemente llegué allí y luego lo saqué y empezamos a discutir. Hubiese sido normal hasta ese momento porque ambos estábamos molestos, pero ya ha pasado un día y si tú no lo mencionas, ni siquiera iba a darme cuenta de ello.

Desde que tengo a los niños, dentro de todo, he podido manejarme adecuadamente si se trata de Davenia o Donnal. Más allá de que hasta el día de hoy sigo tratando de organizarme, en cuanto a afecto y dependencia, he conseguido seguir sus ritmos.

No obstante, con Dimitri es otro asunto. Definitivamente, no he logrado construir una confianza y complicidad entre nosotros. Tal vez sea por el hecho de los pocos años que nos llevamos y eso afecta a que me vea como una figura paterna. Sin embargo, no es eso lo que pido, si él no se encuentra cómodo, me hará igual de feliz si solo puede verme como alguien cercano en quien confiar.

—Tim, es normal que se te haya pasado por alto preguntárselo, ya que ambos estaban enfadados y estoy seguro de que aún no han tenido la oportunidad de platicar —presiona mi mano dándome apoyo—. No te culpes, eres un padre genial.

Lo dudo, pero trato de hacer lo mejor que puedo.

—Yo solo quiero aprender rápido. Ellos dependen de mí y mientras no sepa cómo actuar ante diferentes situaciones, vamos a estar perdidos.

—Lo van a ir descubriendo y solucionando juntos.

Eso espero. Por el momento, debo esforzarme el triple para entrar en el corazón de Dimitri.

Mi hermano se aleja para servirme un zumo de naranja. Los rizos que ha heredado de mi madre suben y bajan como tirabuzones.

—Gracias, ¿qué haría sin ti? —pregunto dramáticamente mientras me llevo el vaso a la boca.

—Probablemente servirlo por tu cuenta —responde con obviedad y luego planta una mirada pensativa—. Dim mencionó algo sobre un italiano metiche.

Podría haber dicho eso en otro momento, ya que termino atragantándome con el líquido y desparramando un poco sobre la isla. Cam se mueve ligeramente buscando un trapo, luego me tira aire con las manos mientras me pregunta si estoy bien.

—Estoy bien —le aseguro, tampoco es que él haya mencionado algo malo, pero el solo hecho de recordar a Gianni sin previo aviso, me hace poner ridículamente estúpido.

—¿Entonces? —insiste mi hermano, desde luego que no se va a quedar con la espinilla.

—Gianni Bezzechi, uno de los arquitectos que se encarga de la nueva sucursal. Estábamos en una reunión y se ofreció a llevarme para recoger a Dim. Ya sabes, nada importante —muevo la mano quitándole importancia—. Voy a prepararnos algo de comida.

Comienzo a caminar hacia el refrigerador. No tengo idea de qué voy a preparar, pero saco algunos ingredientes. El silencio se instala y cuando estoy casi seguro de que Cam ha olvidado el tema, hace un sonido con la garganta y maldigo por lo bajo. Por supuesto que no ha terminado.

—¿Estás diciendo que uno de los arquitectos ha sido lo suficientemente amable y fisgón hasta el punto de acompañarte a una situación tan personal? —cuestiona incrédulo, mientras se cruza de brazos.

—Bueno, si lo dices de ese modo, suena sin sentido.

Agarro un cuenco y rompo tres huevos antes de comenzar a batirlos.

—Bueno, es lo que supuestamente ha pasado —mi hermano me mira fijamente—. ¿Hay algo más?

¿Qué más podría haber?

—Es un hombre amable y desde que comenzamos a trabajar ha sido profesional y cortés. Solo eso.

Él planta una mueca de disconformidad.

Cameron es un hermano terriblemente sobreprotector. Siempre dice que merezco ser amado y cuidado, sobre todo que él se encargará de que eso pase. La verdad es que no me molesta su protección, ya que ha sido testigo de todos los tipos interesados que se han acercado a mi vida y él no puede tolerar que alguien me haga daño.

Pongámoslo de esta manera: si por algún milagro divino alguien se enamora de mí, primero debe pasar por tres niños y un hermano escudero.

—Solo eso —repite—. ¿Y por qué te has puesto jodidamente rojo?

Maldición. Levanto una mano hasta mi caliente mejilla. Cam frunce el ceño, no muy a gusto con mi reacción.

—Me siento un poco acalorado —miento pésimamente.

El frío que hace es inexplicable, ni siquiera sé por qué no se me ocurrió otra mentira.

—¿Le gustas a ese tipo? —cuestiona sin rodeos.

Es una pregunta capciosa, pero mi hermano es así. Es su manera de indagar sobre un asunto.

—Por Dios, Cam —me río sin humor, porque a pesar de que la pregunta es superficial, ya que es un tipo que conozco hace poco tiempo, algo dentro de mí se vuelve amargo, porque tal vez me gustaría responder otra cosa—. ¿Crees que yo podría gustarle? O mejor dicho, ¿piensas que se fijaría en un chico con tres hijos de por medio?

—¿A qué viene esa pregunta irónica? Claro que se podría fijar en ti —responde incrédulo.

Niego con la cabeza, no estando de acuerdo. Aunque no lo menciono, no tiene sentido entrar allí y conociéndolo a mi hermano, la charla sería larga y tendida.

—De acuerdo, pero no, no le gusto.

Algo de amargura se filtra a través de mi voz y no estoy seguro si él la puede descifrar.

—¿Y a ti? ¿Te gusta? —Esta pregunta no es capciosa, al contrario.

¿Qué si me gusta? No sé si exista una persona a la que no le parezca atractivo ese hombre, y si la hay, debe estar ciega. No solo estoy hablando de su atractivo físico, el cual es innegable. Con esos ojos azules que te absorben sin piedad y ese cabello dorado que parece el mismísimo oro, ni hablar de la sonrisa cautivadora que lo caracteriza.

Sin embargo, no es un pensamiento que mi hermano debe saber.

—Por supuesto que no —le sonrío para tranquilizarlo—. Ya deja de pensar esas cosas.

Lo miro divertido y trato de alejarlo del tema. Mi hermano parece creerme, ya que su rostro se suaviza.

—Está bien, solo quiero cuidarte y quiero que tengas presente que si ese tipo, o cualquier otro, tiene intenciones contigo, debo encargarme de averiguar si es una persona lo suficientemente buena para ti —puntualiza, no dejando margen para la protesta.

Dejo las cosas sobre la isla y la rodeo hasta llegar a su lado. Envuelvo mis brazos en su cintura mientras él pasa un brazo sobre mis hombros y elevo el mentón para mirarlo. La diferencia de altura es abismal.

—Claro que sí, mi superman —le sonrío enorme.

Cam revuelve mi cabello mientras me besa la frente.

Después de eso, la charla se vuelve tranquila mientras nos encargamos de cocinar.

No puedo ser tan tonto de fijarme en alguien que le da repelús todo lo que tenga que ver con estabilidad. No es que me preocupe por eso. Solamente tengo presente lo apuesto que es el italiano, eso no quiere decir que vaya a fijarme en él en otro sentido. Amoroso para ser más específico.

Claro que no.

Por el momento, me queda agradecer por lo amable que se ha comportado conmigo y qué mejor idea para saldar la deuda del café.

Capítulo 9

Gianni

—Pero mira a quien tenemos por aquí, el italiano más sexy de Italia —vocifera a todo pulmón Nich cuando pongo un pie dentro de la cafetería Delicias.

Nicholas Brown es un chico excesivamente risueño. Siempre que lo veo me pregunto si es que en algún momento del día llegan a dolerle las mejillas.

Tiene un par de ojos azules y un cabello tan alborotado que no puedo evitar dar por hecho que no conoce un cepillo para el pelo.

—Ese soy yo —afirmo con galantería a medida que avanzo hasta quedar frente al mostrador.

El chico se inclina hacia delante hasta chocar su puño con el mío. Sus ojos se achican y es imposible no verme reflejado en él. Jac dice que es mi versión joven. No estoy seguro si es un halago o un insulto, pero me agrada la personalidad de Nich.

—Estoy aquí, por si no lo has notado —reclama Zac, saliendo de la parte trasera.

—Oh, créeme, lo he notado —afirma Nich con una mirada juguetona.

Zac Hamilton es el hijo de Jac. Tampoco es que pueda negarlo, ya que es la viva imagen de su padre. Desde los penetrantes ojos hasta su actitud altiva y de pocos amigos.

Zac mueve la cabeza y Nich le bate las pestañas. Este par son novios hace un tiempo y, aunque no combinan bajo ningún punto de vista, me alegro de que Zac haya encontrado a una persona como el castaño. Ese chico ha sufrido malditamente tanto y merece las cosas buenas que le han estado pasando.

—*Va bene*, no se peleen por mí —los molesto. Zac pone los ojos en blanco y eso me lleva a recordar a cierto engendro con un vestido asqueroso.

—Ya quisieras —espetea Zac, saliendo del mostrador para atender a los clientes que acaban de entrar.

Vuelvo la vista hacia Nich, quien observa embelesado a su novio.

—Ah, deja de mirarlo así. Es repugnante —digo con una mueca de asco.

—Como si pudiera evitarlo —murmura sin quitarle los ojos. Me giro para mirar a Zac y ahogo una risa por lo poco discretas que se comportan las chicas mientras él toma sus pedidos. Entonces escucho un bufido a mi lado—. Se supone que debería acostumbrarme a que le coqueteen todo el bendito tiempo, pero es imposible no ponerme celoso.

Los celos... Una sensación que muy pocas veces he sentido y no es para nada agradable. *Merde*, no me gusta ese sentimiento, me pone inquieto y me hace sentir fuera de control.

Sin embargo, la expresión en el rostro de Nich no luce inquietante y mucho menos fuera de

control. En su lugar, parece orgulloso y seguro de sí mismo.

No lo entiendo.

—¿Qué clase de celos son esos? No pareces estar a punto de saltar sobre el mostrador para ir a reclamar lo tuyo —planteo confundido.

Nicholas me fija con la mirada y esboza una sonrisa comprensiva.

—No necesito hacer eso. Siento celos, por supuesto, pero no siempre es algo malo. Detrás de estos celos hay una satisfacción jodidamente enorme porque sé que ese chico de ahí me ama tanto como yo a él y me siento orgulloso de que pueda permitirme estar a su lado.

¿Cómo es posible que este chico pueda decir eso? Quiero decir, inferno, ni siquiera sé lo que es amar y él me está dando una lección semejante.

Puedo confesar que hasta me siento avergonzado. No obstante, no es algo que vaya a decir o demostrar.

—È *abbastanza* (es suficiente), te has puesto demasiado cursi —agito la mano para que se calle.

Nicholas sonrío satisfecho con su pequeña enseñanza.

—Bien. Entonces, ¿vienes por tus cookies de avena?

—No. De hecho, estoy aquí porque...

Cierro la boca automáticamente, conociendo a Nich, no sé si es una buena idea hablar.

—¿Por qué...?

Dannata merda (maldita mierda). Cuando Timothy llamó para decirme que quería que nos veamos, lo primero que pensé fue en este lugar, es tranquilo y agradable, pero nunca se me cruzó por la cabeza el hecho de que Nich podría estar aquí y desde luego que no va a pasar mucho tiempo hasta que se lo cuente a Thomas, ya que son un grupo de amigos y luego Thom a Jac, entonces mi jefe me cortará las bolas.

Hago el intento de dar la vuelta para huir como un digno cobarde, pero me encuentro con Zac de frente, esperando mi respuesta.

Malditos chismosos.

Qué más da, esto no es una cita y no tengo nada que ocultar.

—Estoy esperando a alguien —digo rápidamente.

Los ojos de Nich se iluminan.

—¡Una cita! —exclama. Realmente grita exagerando.

Arrugo la frente.

—*Ovviamente, no.* Es una reunión de trabajo —aclaró con toda la seguridad del mundo.

—Estás mintiendo —me evidencia Zac.

Cuando estoy a punto de volver a mentir, la campanita de la entrada suena y me volteo por inercia. *Dannazione*, espero que el jadeo que acabo de soltar no se haya escuchado tan alto porque eso sería vergonzoso, aunque es imposible no tener alguna reacción cuando Timothy Poarch llega tan espectacular como siempre.

Mi estúpido corazón late desbocado al contemplar cada uno de sus movimientos. Timothy no se percata de mi presencia, ya que Zac me cubre. Mira alrededor y cuando parece convencido del lugar, camina hacia una mesa al lado del ventanal. Su andar es tan sensual, que mi amigo se despierta interesado. Se pavonea entre las mesas con toda la delicadeza que lo caracteriza.

Nich dice algo, pero no tengo idea de qué. No soy consciente de mis actos a medida que avanzo hasta el lugar donde se acomoda el chico. Mi cuerpo me domina y mi mente se ha vuelto estúpida. Camino sin quitarle los ojos de encima.

Embobado.

Timothy levanta la cabeza cuando siente mi presencia, una sonrisa le dibuja el rostro.

—Hola, no te oí llegar —dice amablemente.

—Estaba por ahí —intento sonar casual. El chico me hace una señal para que me siente. Me doy una patada mental e intento comportarme con cordura—. ¿Qué te parece el lugar?

—Es agradable y acogedor —deja escapar un sonido de satisfacción y esa melodía va directo a mi entrepierna—. ¿Vienes seguido?

—*Sempre*, es bastante tranquilo y ni hablar de los deliciosos postres.

Tim sonríe tímidamente. Es una de las muchas cosas que lo hacen ver tan... él. Su manera de ser es tan afable que hasta siento algún tipo de envidia. Quisiera ser todo el tiempo cortés y atento.

—Hola, ¿qué quieren? —Zac interrumpe mi escrutinio con una mueca de pocos amigos.

Nada fuera de lo normal.

—¿Tienes que ser tan *dolce*? —pregunto con sarcasmo.

Zac pone los ojos en blanco y me ignora. La simpatía no es un adjetivo que lo caracteriza.

—Agradece que vine yo a tomar el pedido y no el chiquillo metiche que se muere por venir a chismosear.

Busco a Nich con la mirada, este se encuentra tan atento a nuestros movimientos que ahogo una carcajada y, cuando se da cuenta de que lo estoy viendo, trata de esconderse detrás del mostrador transparente.

Nos encargamos de pedir unos cuantos postres para que Timothy pueda probar de todo un

poco. No es de mi agrado tanta azúcar, pero por él puedo hacer una excepción.

Unas cuantas.

—Oye, ese chico se parece demasiado a alguien, pero no puedo recordar a quien —menciona viendo a Zac mientras va por nuestros pedidos.

—A Jac —Tim asiente, comprendiendo el parecido—. Se llama Zac, es su hijo y, ¿ves aquel despeinado detrás del mostrador? Es su novio.

—Ya veo.

Desde que nos hemos conocido, fue evidente la química y la complicidad que se generó entre nosotros, como si fuéramos amigos desde la infancia.

No soy tonto, puedo darme cuenta de que es un vínculo un tanto... especial. Algo que, aunque quisiera, no podría romper. Sin embargo, esta es la primera vez que se forma un silencio incómodo entre nosotros. Nos miramos a través de la mesa sin mencionar una palabra. Le sonrío forzosamente mientras él imita el gesto.

Intento hurgar alguna conversación para sacar a relucir, pero mi mente está en blanco, no entiendo por qué. Quizás él se sienta acongojado por lo que pasó hace unos días con su hijo. Sí, eso, puedo comenzar por ahí.

—Entonces...

—*Bene...*

Decimos al unísono. Timothy me sonríe y le hago una señal para que continúe.

—Eh, ni siquiera sé por dónde empezar. Esto ya es demasiado vergonzoso para mí, desde que nos conocimos he tenido que pasar por situaciones... inexplicables y en todas ellas te terminé involucrando. No puedo pensar en lo que mi padre diría si se enterara de que estoy molestando a nuestro arquitecto. De verdad lo siento mucho, sobre todo por lo que pasó con mi hijo —habla sin respirar—. Dimitri se ha comportado de manera grosera y, aun así, me has dado una mano.

Cuando Timothy termina de hablar, puedo notar la vulnerabilidad en sus ojos y detesto verlo así. Un chico jodidamente simpático, como lo es él, no debería tener esa condenada expresión en su bello rostro. No obstante, comprendo que se sienta de ese modo, no debe ser fácil que un desconocido llegue e interfiera en tu *merda*.

—¿No estás enfadado conmigo por cómo le hablé a Dimitri? —pregunto cuidadosamente. Eso es lo que más me preocupa, tengo miedo de haber empujado demasiado.

—Si hubiera sido otra persona lo estaría, pero contigo no.

Mi pecho se siente enorme y no puedo evitar sentirme poderoso al percibir la confianza que me ofrece. Estiro una mano sobre la mesa y muevo los dedos. Tim levanta la suya y cuando nuestras manos se juntan, siento una puta electricidad de pies a cabeza.

—Para empezar, no quiero que te sientas avergonzado y mucho menos que me pidas

disculpas —acaricio el dorso de su mano con mi pulgar, sus mejillas se colorean—. Con respecto a lo de tu hijo, ni siquiera me he molestado, todos los adolescentes son así. Incluso fue divertido ponerlo en su lugar —mueve la cabeza con diversión—. De verdad, Tim, me gustaría que me veas como un amigo y no como el arquitecto que trabaja con tu empresa. ¿Crees que puedas hacerlo?

Se me queda viendo por un buen tiempo, sus ojos brillan y su expresión es confusa.

—Puedo hacerlo —responde finalmente.

Elevo los labios satisfecho con su respuesta y suelto su mano cuando Zac llega con nuestros pedidos.

Mientras Tim prueba cada uno de los platillos, no puedo dejar de observarlo. Dejando de lado su belleza, soy capaz de mirar un deje de cansancio y, por otra parte, sus ojos parecen un poco perdidos. No soy la persona más indicada para ayudar a otra a encontrar el camino, pero por este chico podría intentarlo.

—Lo que tú necesitas es salir a divertirte —puntualizo.

Tim asiente automáticamente.

—Me encantaría, pero en este momento no puedo pensar en ello. Tengo tres hijos que son un poco quisquillosos en cuanto a la compañía de extraños, y mis amigos están lejos —responde cabizbajo.

Eso confirma mi teoría de que los hijos no tienen niñera, él se ocupa de ellos por completo. Joder, qué valiente.

—Puedes salir conmigo, somos amigos —digo cómo quien quiere la cosa.

—Es cierto, pero los niños...

Levanto la mano para que guarde silencio mientras pienso en dónde meter a los niños para que su padre pueda salir a respirar, entonces una magnífica idea cruza por mi cabeza.

—*¡Soy un genio!* Ya sé con quién podemos dejar a las bestias.

Tim eleva una ceja de manera inquisidora.

—No voy a dejarlos con una persona desconocida —advierte.

—Esta persona es perfecta. Confía en mí —le suplico entusiasmado.

Tim me mira para nada convencido, pero me encargo de persuadirlo diciéndole que el niño es un ángel.

Literalmente con cabello blanco.

Capítulo 10

Timothy

—Confío en ustedes y sé que van a ser buenos niños con Thomas, ¿verdad? —pregunto esperanzado.

Davenia asiente una y otra vez, pero desde luego que es una completa mentira. Donnal se lleva un dedo a la nariz para luego perderlo dentro de su boca.

—Puedo cuidar de mis hermanos. No entiendo por qué quieres traer a un desconocido —cuestiona Dimitri.

Entiendo su inquietud. Cuando Gianni mencionó a Thomas para cuidar a los niños, mi respuesta fue un no rotundo, no porque me cayera mal el chico, al contrario, me pareció increíble. Solamente existe un pequeño detalle, es un completo desconocido para ellos.

Sin embargo, no preguntes cómo ni por qué, pero terminé aceptando la propuesta del italiano.

—No eres su niño, Dim —respondo por milésima vez desde que los reuní para plantear la situación.

Dimitri bufa molesto mientras se desploma en el sofá individual.

El sonido del timbre me hace enderezarme y caminar hacia la puerta principal, no sin antes pasarme las manos por la parte delantera de mi atuendo.

Cuando decido que todo está en orden, abro la puerta y doy gracias al cielo por tener algo a lo que aferrarme. Dios mío, si Gianni con un traje a medida luce excesivamente apuesto, no puedo describir cómo luce un Gianni con ropa informal.

Sus vaqueros se ajustan a cada parte de sus tonificadas piernas, mientras que la camiseta verde hace contraste con su cabello, pero lo que le da el toque final es ese abrigo largo que lo hace ver elegante y casual al mismo tiempo.

—*Ciao* —saluda con galantería.

Por supuesto que él es consciente de lo guapo que es.

—Hola —susurro sin quitarle los ojos de encima.

Gianni me recorre con la mirada. Sus ojos tienen un destello de algún sentimiento que desconozco, pero estoy seguro de que es uno agradable.

—Ya deberían besarse para romper la tensión.

Cuando Thomas dice eso, aparto la mirada bastante avergonzado, y Gianni suelta un carraspeo incómodo.

—¿Vas a salir con este tipo? —espeta Dimitri con incredulidad.

Volteo a verlo, su ceño está fruncido y su rostro grita desacuerdo. Por un momento titubeo, tal vez no es una buena idea esto que estoy haciendo.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, bonito —exclama Thomas, acercándose a Dim. Deja una cesta repleta de golosinas en el camino. Me parece que este niño no es el adecuado—. Tu papi merece alguien mejor que este italiano con aires de diva, pero por el momento, es lo que tenemos, así que vamos a dejar que Timothy pruebe y descarte. ¿Te parece?

Por primera vez en unos cuantos días, Dim esboza una sonrisa divertida, mientras asiente antes las ocurrencias de Thomas.

—Lástima que la parte del descarte no va a suceder —replica el italiano con convicción.

Siento mi rostro rojo, este tipo es demasiado descarado para mi bien.

—Tú eres el gilipollas que arruinó mis zapatos —brama Dav cuando lo reconoce.

—Oh, ya adoro a esta niña —Thomas aplaude entusiasmado mientras se acerca a Davenia.

—Hoy voy a ignorarte, engendro —le dice con escasa madurez.

A continuación, me encargo de hacer las presentaciones correspondientes. Thomas se ganó a los niños en un abrir y cerrar de ojos, incluyendo a Dimitri y aunque de vez en cuando mira con recelo a Gianni, parece a gusto con el panorama.

Después de un tiempo, cuando me convengo de que todo está bien y que los niños están en buenas manos, nos dirigimos al coche de Gianni. Él me abre la puerta del copiloto y le sonrío en agradecimiento, una vez dentro, este me mira fijamente.

—Eres demasiado bello —confiesa.

Sus pupilas se dilatan.

—Gracias —musito, embelesado con la intensidad de su mirada.

Esto parece una cita y aunque soy completamente consciente de que no lo es, algo dentro de mí se niega a escuchar esa aclaración.

—*Bene*, entonces he estado pensando en unos cuantos bares que estoy seguro de que van a encantarte, depende de la temática que quieras —comienza a sacar el móvil—. Déjame mostrarte y escogemos alguno, o si prefieres, podemos visitar unos cuantos. De hecho, esa me parece una buena idea...

—En realidad... —Comienzo dubitativo, Gianni me mira interesado. No quiero dar la impresión de ser aburrido, pero tampoco me gustaría mentir—. Si no te importa, prefiero ir a un sitio más tranquilo. Ya sabes, acabo de salir de un lugar bullicioso y no me gustaría entrar en otro.

El italiano parpadea sin nada para decir. Creo que no ha sido lo que esperaba. A lo lejos se nota cuánto le gustan las fiestas y la diversión y yo soy todo lo contrario.

Esta salida va directo al fracaso, me retuerzo las manos sobre mi regazo y miro a través de la ventanilla hacia mi casa, aún estoy a tiempo de volver.

—Ni lo pienses —advierte.

Volteo a verlo y esta vez me mira con seguridad.

—Creo que soy un poco aburrido para hacerte compañía...

—Eres perfecto para mí —me interrumpe. Mi corazón comienza a latir como loco cuando esas palabras salen de su boca—. Quiero decir, tampoco tengo ganas de ir a un lugar ruidoso, pero se me acaba de ocurrir uno que podría gustarte. ¿Confías en mí?

Me observa con ilusión, esperando mi respuesta.

Confío en él.

—Sí.

Cuando Gianni dijo que me llevaría a un lugar que podría gustarme, lo último que imaginé fue estar en su piso.

Por mi cabeza cruzó la idea de ir al cine o incluso una cena en un lugar tranquilo y para nada extravagante. No obstante, me encuentro en su hogar. No sé cómo debería sentirme al respecto, pero no me incomoda. Incluso se siente como si hubiera estado aquí un montón de veces.

¿No es eso extraño?

Gianni deja la caja de pizza sobre la isla de granito más pulcra que he visto jamás. Hemos comprado comida en el camino.

—Ponte cómodo, voy por unas copas para el vino —anuncia.

Asiento mientras barro con la mirada el sitio. A simple vista parece un poco grande para una sola persona, a menos que lo comparta con alguien más, pero teniendo en cuenta el estado en el que se encuentra, puedo apostar a que casi nadie tiene la fortuna de poner un pie aquí.

No me malinterpretes, adoro el orden y los lugares espaciosos, pero con dos niños pequeños, eso ha dejado de ser una obsesión en mi vida.

—¿Realmente vives en este lugar? Porque luce como si fuera totalmente nuevo —expreso sentándome en un taburete.

—Claro. En realidad he vivido aquí por años, desde que vine de Italia —menciona llenando mi copa.

Le agradezco antes de llevar el líquido a mis labios. Tarareo un sonido de satisfacción por la dulce bebida.

Gianni me contempla un momento y, puesto que su mirada es penetrante, decido continuar la

conversación.

—¿Por qué decidiste venir a esta ciudad? —pregunto, queriendo saber todo de él.

—No hay una razón en concreto, simplemente nunca he sido un tipo al que le guste lo rutinario. Un día estaba en mi antiguo trabajo y de repente sentí que ya no era tan divertido como al principio. En realidad, nada me parecía entretenido, así que armé mi equipaje y no preguntes cómo, pero terminé aquí —cuenta divertido.

Una sensación extraña me molesta en el pecho.

—Eso quiere decir que si en algún momento te aburres de este lugar, ¿te marcharías? —mi voz sale sofocada.

Su rostro repleto de seguridad parece titubear por un momento, aunque finalmente termina diciendo...

—Seguramente —se encoge de hombros.

Un nudo se me forma en el estómago, de esos nudos que sabes de qué se tratan, pero no quieres que suceda.

Por Dios, Timothy, es patético lo que estás sintiendo.

—Es razonable —aseguro fingiendo despreocupación. Gianni asiente lento—. Entonces, ¿tienes familia?

Los ojos del italiano se iluminan.

—Tengo a mis padres que están realmente locos, no es porque sean los míos, pero son los mejores y luego están mis dos hermanas que son increíbles —menciona orgulloso.

—Eso es genial.

Sonríó forzoso. Gianni nota mi cambio de actitud y aunque me gustaría fingir que todo está bien, no se me da eso de poner otra faceta sobre la real.

—¿Qué hay de ti? —pregunta rompiendo el silencio.

—Bueno, a mis padres ya los conoces. He estudiado en Londres y volví a mi ciudad natal hace menos de un año para trabajar en la empresa familiar y tengo a mi hermano Cameron, él es el mejor.

—*Bene*, se te ha olvidado mencionar a las bestias —comenta con una mueca graciosa.

Suelto una risa divertida mientras llevo un trozo de pizza a la boca.

—Creo que los niños no son lo tuyo —de hecho, nada que tenga que ver con la estabilidad es lo tuyo, pienso, más no lo digo.

—No, no soy bueno con ellos y tampoco tengo paciencia.

Estoy a punto de llevar otro pedazo a la boca cuando Gianni me interrumpe estirando su

brazo hasta llegar a mis labios. Me quedo completamente inmóvil, fuera de base. El italiano coloca la mano sobre mi mejilla y con el dedo pulgar quita el exceso de comida en la comisura de mis labios.

Contengo la respiración porque ver esos orbes azules de cerca es demasiado para mi corazón. Gianni aleja la mano y luego se lleva el dedo a sus labios para saborear el resto de comida que me quitó.

Un hormiguero se instala en la zona sur de mi cuerpo y me sorprende cuando descubro la necesidad de querer que me toque una vez más. Los ojos del italiano se oscurecen, como si fuera un animal a punto de saltar sobre mí. Ese descubrimiento hace que me asuste hasta el punto de sentirme tonto.

—Em, tampoco creí tener paciencia, pero la desarrollé con el tiempo —tartamudeo desorientado.

Gianni parece volver a la realidad luego de beber el resto de su copa de vino de un solo trago.

—*Può essere* (puede ser) —dice sofocado.

A partir de allí, la charla se vuelve superficial.

Ahora no estoy seguro de lo que le he confirmado a Cam sobre Gianni fijándose en mí, porque después de esta noche creo que al italiano puedo llegar a gustarle. No sé si eso me hace sentir bien o desilusionado, porque sé a ciencia cierta que si mi teoría es real, sólo podría gustarle para una follada y nada más.

Incluso he llegado a pensar que se ha comportado de manera amable para lograr su objetivo. Quiero decir, él es así, pero luego está la otra parte de mí que me dice que este hombre me ofrece su amistad de manera desinteresada y, llámame estúpido, pero quiero aferrarme a esa opción.

A pesar de ello, aunque pueda gustarle, si se presenta la oportunidad debo dejarle en claro que no es lo que va a conseguir de mí, no porque piense que está mal, sino porque no es lo que necesito en este momento de mi vida.

El italiano es atractivo e hipnotizante, pero incluso con esos adjetivos no es suficiente.

Capítulo 11

Gianni

Cuando le mentí a Timothy con el pretexto de necesitar una última reunión para ultimar detalles, lo último que imaginé fue estar de pie en la sala de estar de su casa, mientras observo con recelo a ese pequeño ser humano.

La cuestión es que Timothy, de alguna manera, me ha persuadido para que cuide de su hijo más pequeño mientras él va a recoger al engendro de no sé dónde. No me culpes, he comprobado que resulta imposible darle un no como respuesta a ese chico, no mientras te observa con esos ojos hipnotizantes con pestañas espesas.

Resulta que ni siquiera ha pasado un día desde nuestra salida de amigos y, por algún motivo descabellado, cuando me levanté en la mañana, mi cabeza estaba ideando un plan para volver a verlo.

Sé que soy un imbécil por querer acercarme a un chico que lo que menos necesitas es a un inmaduro sin rumbo en la vida, pero la tentación es demasiado grande y aunque seguramente después de conseguir saciar esa necesidad vaya a marcharme como si nada hubiese pasado, no me hace sentir menos hijo de puta.

—No encajas aquí —dictamina Dimitri al otro lado de la sala, sentado en un sofá individual, con el ordenador en su regazo.

Me mira con enojo y demostrando lo poco que le agrada mi presencia.

—*Bene*, tú tampoco —contraataco con toda la maldad que poseo.

Sé que mi comentario no fue acertado y cuando me percaté de lo que acabo de soltar, me quiero dar una patada en el culo por ser un idiota, pero antes de que eso suceda, Dimitri esboza una sonrisa malévola.

—Eso está claro. Sin embargo, soy bienvenido. No estoy seguro de que puedas decir lo mismo —lanza con regocijo.

Ah, eso me ha dolido jodidamente tanto que avanzo dando pisotones y me dejo caer en el sofá.

—Eso ha sido *crudele* de tu parte —el niño diminuto que se hace llamar Donn se acerca a mí y me tiende un juguete lleno de baba, le hago una mueca de asco y rechazo su intención de compartir—. Tampoco entiendo a qué te refieres.

Dimitri levanta la vista de manera perezosa. Sus ojos son altivos y su mirada tiene un aire de grandeza, como si él supiera exactamente todo sobre todo. Su postura es altanera y grita "chico malo" por dónde lo mires.

—Te gusta Timothy —espeta con obviedad.

Su afirmación me toma por sorpresa, pero está claro que no se la hago notar. No obstante, me preocupa que lo haya notado. Tal vez estoy siendo un poco obvio.

—Por supuesto que no —niego rotundamente.

No pretendo hablar de mi vida amorosa con mocosos.

Espera.

¿Vida amorosa?

—Qué bueno entonces —dice hostil.

—¿Qué quieres decir?

—Timothy nunca se fijaría en alguien como tú.

No estoy seguro de lo que estoy sintiendo después de escuchar esas palabras. Quizá debería soltar una carcajada y comenzar a pelear con el chico mientras le explico que nadie se pudo resistir a mí por lo magnífico que soy. Sin embargo, me encuentro mudo, queriendo descartar la idea de que Tim no se fije en mí.

Dimitri me observa sin pestañear, como si estuviera comprobando algo y, luego de mover la cabeza con obstinación, se levanta del sofá.

—Alto, no me dejes solo con el pequeño humano —le suplico mirando con miedo a Donn.

—Debo hacer tareas, y si mal no recuerdo, a ti te dejaron de niño —se burla con maldad, dirigiéndose a las escaleras. Luego voltea a verme arrugando la nariz—. Ah, se hizo encima, así que debes cambiarle el pañal.

¡Qué!

Me pongo de pie de un salto. ¿Cambiar qué?

—¿Estás loco? ¿Cómo se supone que voy a cambiar un pañal? Ni siquiera sé cómo *inferno* se hace —bramo desesperado.

—Es fácil, solamente debes quitar el pañal, tirarlo a la basura, limpiar a Donn y colocarle uno limpio —enumera con simpleza.

Y sin más, se voltea para abandonar la habitación.

Observo la puerta principal con la intención de salir corriendo, pero no sería responsable de mi parte hacer algo semejante.

Comienzo a mover la nariz cuando un aroma poco agradable llega a mis fosas nasales. Miro a Donn con enfado. Él parece lo más relajado, incluso con la materia fecal encima.

—Te acabas de cagar encima y luces espléndido. Eres un pedorro —el ser humano suelta una carcajada.

Sus cachetes se elevan y sus ojos brillan, frunzo el ceño y él se ríe nuevamente. Sus encías

con pocos dientes salen a la luz, mientras que su mirada se vuelve tierna.

Por Dios, Gianni, no caigas en su encanto. Recuerda que es un pedorro.

Resignado a mi presente, me froto el rostro y comienzo a recordar la explicación de Dimitri.

—*Bene*, primero debo quitar el pañal y tirarlo a la basura —le digo a Donn, él me observa atentamente—. ¿Y si mejor tiro el pañal con bebé incluido?

Es una estupenda idea, pero cuando mi idea empieza a formarse, la puerta principal es abierta y por ella entra Timothy con el engendro. Tim me encuentra con la mirada y automáticamente sonrío, en este momento ya ni siquiera siento el olor desagradable cuando él me contempla de ese modo.

—Joder, otra vez tú —se queja el engendro mientras me da una mirada sobradora.

—¡Davenia! —la reprende Tim. La miro triunfal—. Lo siento por eso y déjame agradecerte por cuidar de Donn.

—Oh, no fue nada —le guiño el ojo a lo que él sonrío tranquilo—. Pero llegas justo a tiempo porque se cagó.

Tim suelta una risa, lo que suena más como una melodía.

—Déjame cambiarlo y bajo para que veamos lo que necesitas.

De hecho, necesito ver unas cuantas cosas inapropiadas, pero no es algo que vaya a mencionar, por lo contrario, asiento con la cabeza. Timothy levanta a Donn en sus brazos y comienzan a subir las escaleras. No puedo evitar seguirlo con la mirada, es demasiado irresistible para mi buen juicio.

—Te van a entrar bocas en la mosca —dice el engendro con aire de adulta.

—Se dice "te van a entrar moscas en la boca" —me burlo. Ella arruga el ceño y se cruza de brazos—. Aprende a hablar, engendro.

—¿Verdad que mi papi es lindo? —pregunta con orgullo. Decido ignorarla porque, de nuevo, no hablo de mi vida privada con mocosos—. Dime o le voy a contar que le estabas mirando las pompas.

Suelto un jadeo de horror, a lo que ella sonrío victoriosa. Escucho que Timothy comienza a bajar las escaleras.

—Sí, sí, lo es. Ahora cállate, engendro del demonio —respondo rápidamente.

Ella eleva los labios de una manera que me hace dar escalofríos.

—¿Estás siendo grosera, Dav? —pregunta Tim llegando a mi lado.

Contengo la respiración y solo me queda rezar para que el engendro no diga nada.

—No, él dijo que me compraría un helado —dice como una experta en mentir.

Demoni, esta niña me da miedo. Tim me mira para comprobar lo que ella dijo y no me queda más que asentir.

—De acuerdo, sube con tu hermano para que yo pueda trabajar, cielo. La niña se marcha, no sin antes darme una mirada de advertencia sobre el helado falsamente prometido—. Oye, de verdad te agradezco por...

—Basta de agradecer, no quiero que lo hagas todo el tiempo. Somos amigos y siempre que necesites una mano puedes contar conmigo, ¿de acuerdo?

—Está bien —sus mejillas se colorean. Me gustaría pasar un dedo sobre ellas—. Vamos a la cocina, voy a prepararte algo mientras me comentas lo que necesitas saber.

Timothy habla sobre algo que no logro entender. Más bien, no consigo prestarle tanta atención. Es imposible cuando, sin darse cuenta, logra dejarte embozado. Sus facciones se mueven con delicadeza y he terminado de comprobar que en todos sus estados anímicos él luce impecable. En cambio, cuando me enfado, me parezco bastante a Shrek.

—*Sei incredibilmente accattivante* (eres increíblemente cautivador) —confieso, dejando escapar lo que estoy pensando.

Él parece entender, ya que su cara de sorpresa es para fotografiarla y colocarla en un enorme portarretrato. Sin mencionar que se ve extremadamente adorable con su rostro rojizo.

Oh, mio dio, solo tú sabes las ganas que tengo de atraerlo hacia mí y no soltarlo en un buen tiempo.

—Um, eres un poco sincero —susurra mirándome con vergüenza.

Doy un paso al frente hasta quedar cara a cara con él. El chico eleva el mentón y cuando sus ojos se conectan con los míos, comprendo que estoy tan jodido.

—*Mi dispiace* si eso es un problema para ti, es solo que no puedo evitar decir lo que cruza por mi mente en estos momentos —murmuro, acercándome un poco más.

—¿Puedo saber lo que piensas? —pregunta, su voz sale ahogada.

—Pienso que eres fantástico. Tus ojos tienen ese color que lleva a la perdición a cualquier ser humano. Tu cabello se ve brillante y sedoso y solo puedo pensar en lo suave que se debe sentir entre mis dedos —Tim suelta un suspiro, sus orbes se tornan brillosos—. Y tus labios, joder, tus labios tienen el color de una puta manzana roja y únicamente pienso en pasar mi lengua sobre ellos.

Cuando termino de hablar, me asusta lo afligida que sale mi voz, como si estar cerca de este chico y besarlo fuese mi pase para continuar respirando, pero ignorando ese malestar y rezando para que ningún engendro aparezca en la cocina, decido hacer lo que tanto he deseado desde la primera vez que he visto a Timothy Poarch.

Levanto mis manos para tomar su rostro entre ellas. Él me mira expectante, entre deseoso y

avergonzado, pero eso me ayuda a saber que no voy a ser abofeteado luego de esto. Su piel se siente cálida y tan suave como la imaginé un millón de veces.

Cuando Timothy hace el gesto más sexy que he visto en mi vida, todo mi autocontrol se desvanece en un abrir y cerrar de ojos. Termino capturando sus labios en un beso desesperado. Santo infierno, esta es la mismísima gloria.

Sus labios se mueven ágilmente mientras entro en su boca tanto como me lo permite. Nuestras lenguas bailan al compás de la ferocidad y nos besamos como si no hubiera un mañana y este fuera nuestro primer y último beso. Mi corazón late desenfrenado, mi estómago siente cosquillas y mi cabeza está a punto de explotar.

Finalmente, cuando nos alejamos, ambos damos un paso hacia atrás, como si la nube en la que estábamos se acabara de romper. Timothy me mira confundido y dubitativo. Quiero volver a besarlo y después decir algo coherente sobre lo que acaba de suceder. Sin embargo, al estilo del mejor imbécil que soy, comienzo a guardar mi ordenador en el maletín. Una vez todo en su lugar, vuelvo a ver a Tim, quien tiene una expresión retraída.

—Con esto hemos acabado las reuniones. De cualquier modo, si necesitamos revisar algún detalle, nos pondremos en contacto contigo.

Sí. Soy el hijo de puta número uno.

Timothy asiente un tanto perturbado.

Debería quedarme y charlar sobre ese beso, pero soy tan idiota que termino saliendo de manera cobarde, sin mirar atrás y con el corazón a mil por segundo.

Soy un imbécil para algunas cosas, pero me siento lo suficientemente lúcido para saber que este martilleo constante en la boca del estómago, junto a la añoranza de volver a esa casa, es algo más que querer follarlo.

Oh, ignore.

Creo que estoy malditamente jodido.

Capítulo 12

Gianni

Han pasado un par de días desde el beso con Timothy y a pesar de que he tenido tiempo para aclarar y plantearme unas cuantas cosas, todavía no tengo el valor para llamar al chico y suplicarle que me perdone por lo imbécil que he sido.

Vamos, no tengo quince años y supongo que es un buen momento para dejar de comportarme como tal. Ya no soy un niño que puede andar jodiendo por aquí y por allá, soy consciente de eso. Nunca pensé que llegaría el momento en el que pudiera pensar de este modo.

Timothy me gusta, me agrada y el molesto cosquilleo en mi estómago me hace saber que no es solo eso y, a decir verdad, me asusta como la *merda*, pero siento que es algo que puedo manejar y sobre todo quiero hacerlo.

Aunque he pasado gran parte de mi vida siendo un hijo de puta, siempre he detestado involucrar sentimientos y más aún cuando tales emociones pueden lastimar a otras personas. En este caso, no va a ser la excepción, Timothy no necesita a alguien con síndrome de Peter Pan.

Joder, qué sabio me estoy volviendo.

Conforme con mi filosofía barata, inflo el pecho con orgullo mientras pongo el coche en marcha para salir del estacionamiento de la empresa.

Mi móvil comienza a sonar y cuando le doy un vistazo, un número que no tengo registrado aparece en la pantalla. Tomo la llamada y la pongo en altavoz.

—*Ciao*. ¿Quién habla?

—Buenos días, le estamos hablando del instituto de su sobrino...

—¿Qué sobrino? —pregunto confundido.

—*Che cazzo?*

—Dimitri Poarch, le estamos hablando por él —maldito mocoso mentiroso—. ¿Es usted Cameron Poarch?

Un jadeo incrédulo escapa de mis labios porque estoy seguro de que ese nombre no me pertenece.

—Sí, por supuesto que soy ese que acaba de mencionar —afirmo con seguridad.

—Siento molestarlo, pero el joven Dimitri ha tenido una pelea y un adulto debe pasar a recogerlo porque ha sido suspendido. Hemos intentado contactar a su padre, pero no tuvimos éxito. Entonces Dimitri nos facilitó su contacto alegando que usted es su tío.

Suelto un silbido por lo bajo. El engendro mayor es un experto engañando. Aunque las ganas de desmentirlo están a mi alcance, decido seguirle la corriente, no por él, sino por Tim.

—*Bene*, no se preocupe. En unos minutos estaré ahí, y por favor, no llame a mi hermano. Yo me encargo.

Satisfecho con mi impoluta actuación, emprendo viaje al instituto del boxeador.

—¿Cómo conseguiste mi número? —le pregunto al chico magullado sentado en el asiento del copiloto.

—Lo saqué de una tarjeta que tenía Timothy —se encoge de hombros desinteresado.

—¿Por qué me llamaste a mí y no al verdadero Cameron? —pregunto con curiosidad.

Aunque tenemos un tiempo de conocernos, no pensé que él pudiera llamar por mi ayuda. Bueno, quizá lo hizo porque soy su única opción.

—No quiero quedar como un niño frente a Cam y, bueno... —me observa con desdén—. Di tu número porque no conozco a nadie más.

Ah, y yo creyéndome importante.

—Me estás utilizando y encima me descalificas de esa manera. Ten un poco de respeto, mocoso.

El chico esboza una sonrisa soberbia y luego hace un gesto de dolor cuando la lastimadura en la comisura de sus labios parece molestarle.

—Alguien debe hacerte lo que le haces a los demás —replica.

—Touché —lo miro de reojo y me sorprende lo sereno que luce después de agarrarse a puñetazos—. Es tu segunda pelea, ¿acaso quieres convertirte en un *cattivo ragazzo* (chico malo)?

Dimitri voltea a verme con altanería.

—No entiendo lo que acabas de decir y no juegues al padrastro conmigo. No necesito que intentes reprenderme.

—Oh, tranquilo, tampoco quiero jugar ese papel y, en todo caso, el único que puede regañarte es tu padre.

El chico suelta una risa tan vacía que me pone la piel de gallina.

—Lo dudo, mi padre debe estar por algún callejón nadando en una nube de éxtasis, tan perdido como siempre lo ha estado.

Un nudo se me atormenta en el pecho porque las palabras del chico suenan tan dolorosas y a la vez cargadas de furia. Una mezcla insana para alguien de su edad.

—Hablabas de Tim —aclaro.

—Él no es mi padre.

No menciono nada. Tampoco hay algo que yo pueda decir. En su lugar, pongo el coche en marcha mientras un silencio nos acompaña.

Sorprendentemente, he descubierto unas cuantas cosas sobre Dimitri, como por ejemplo el hecho de su rechazo a Tim. He llegado a la conclusión de que el problema nace en el enojo que siente el chico hacia sus padres biológicos. Creo que ni siquiera tuvo la oportunidad de decirles lo que piensa y lo que siente. Puedo apostar a que nunca en su corta vida lo ha expresado frente a ellos. Entonces no suena tan descabellado su retracción ante el cariño que los Poarch pueden ofrecerle.

—¿Cuál ha sido el motivo de la pelea? —indago.

—En el salón hay un imbécil que no hace más que decir estupideces cada vez que abre la boca. Es un machista, homofóbico, niño rico que no sabe una mierda de la vida —vocifera con enfado.

—Simplemente, ¿no puedes ignorarlo? —le digo con obviedad—. Y así te evitas la suspensión y no corres el riesgo de ser expulsado en cualquier momento.

—Oh, desde luego que eso no va a pasar. No se puede ignorar a esos idiotas.

Giro en la calle que me conduce a la casa de los Poarch.

—No veo la inteligencia de tu parte. Pierdes clases y terminas golpeado, deberías buscar otra opción además de los puñetazos.

Aparcamos frente a la casa.

—Dices eso porque no has visto como quedó el idiota.

—Dime que peor que tú —le suplico.

Una sonrisa malévola le tira los labios.

—Créeme, ni siquiera podrías reconocer su asqueroso rostro y ni hablar de sus preciados Chanel y su mochila Louis Vuitton —sonríe con orgullo.

Salgo del coche mientras él sigue mis pasos hasta la entrada de la casa.

—Parece que la suspensión ha valido la pena —levanto el puño y él lo choca al instante.

Sé que no está bien "festejar" sus arranques, pero de cierto modo, siento algo de empatía con el mocosito boxeador y estoy convencido de que lo que menos necesita es un sermón de un desconocido.

—Bueno, ahora tengo que enfrentar a Timothy —murmura sacando las llaves—. A decir verdad, la última vez no me castigó. Tal vez en esta ocasión tenga la misma suerte.

—Por eso no te estreses, yo me voy a encargar de que te dé un castigo ejemplar —le advierto.

—Oye —me señala con el dedo, pero sus orbes brillan con diversión y luego cambia el gesto

a una expresión amigable, dejando de lado su faceta hostil—. Gracias.

Puedo comprender lo mucho que le cuesta mostrarse expresivo y que me haya dado las gracias es algo por lo cual tirarle mucha *merda*, así que cuando estoy listo para burlarme, la puerta es abierta y en ella aparece Tim.

Su primera expresión es de confusión. No debe comprender cómo es que su hijo y yo estamos juntos en su puerta, pero cuando los ojos de Tim se desplazan por el cuerpo de Dim y luego a su rostro, sus facciones cambian al instante y la preocupación sale a flote.

—Dios mío, ¿qué te sucedió? —da un paso hasta tomar el rostro de Dim quien luce incómodo.

—Tuve una pelea.

—¿Qué? ¿Otra vez? ¿Cómo? ¿Por qué? —pregunta entre desesperado y preocupado.

—Si no te importa, iré a cambiarme y luego hablaré contigo —pide Dim.

Timothy lo mira dubitativo, pero termina asintiendo. Lo deja ir y el chico sube corriendo las escaleras. Tim voltea a verme un poco confundido, por lo que decido sacarlo de la duda.

—Dimitri les dio mi número para que me llamen, así que pasé a recogerlo, espero que no te enfades. No podía dejarlo por su cuenta, ya que no se podían comunicar contigo.

—Mi móvil murió hace más de una hora —explica. Su ceño está fruncido y en sus ojos se nota lo afligido que se encuentra, detesto verlo así—. No sé qué decir... yo...

—No tienes que decir nada.

Tim me mira vulnerable, entre avergonzado y desorientado.

—¿Qué se supone que voy a hacer con Dim? Tal parece que meterse en peleas es su pasión —se frota el rostro con desesperación.

Mi único pensamiento es acercarme y abrazarlo, pero sé que no es el momento adecuado.

—Solo habla con él, estoy seguro de que puede explicarte lo que sucedió. Seguro como el *inferno*, que no debe ser fácil tratar con un chico de su edad, pero si hay alguien que puede hacerlo, ese eres tú.

Tim suelta un suspiro cansino, pero más tranquilo.

—Gracias por pasar por él —murmura con honestidad.

—Lo que sea que necesites —él no dice nada, pero en sus ojos puedo notar la incomodidad que se ha formado entre nosotros. Maldición, es inaguantable. Debo mencionar algo más, tal vez sobre el beso—. Oye, me gustaría hablar contigo sobre...

—Debería entrar para saber cómo está Dimitri y curar sus heridas —dice señalando el interior.

—Por supuesto —sonrío forzado, tratando de ignorar el hecho de que no quiere hablar sobre nuestro beso.

—Bien, entonces... de nuevo gracias.

Asiento antes de que Timothy termine por entrar a la casa y cerrarme la puerta en la nariz.

Supongo que me lo merezco por cómo me he comportado con él.

Tampoco puedo ignorar el malestar que se instala en mi pecho. Darme cuenta de cuánto necesito tenerlo cerca es como recibir una patada en el estómago.

Capítulo 13

Gianni

Su lengua juguetona le envía calor a mi cuerpo, específicamente a mi pene. Sus manos se desplazan por mi cuerpo al ritmo de la melodía que se escucha de fondo. Aunque el zumbido molesto en mi oído me impide saber qué es lo que me susurra al oído, no es como si me importara de cierta forma. De momento, es suficiente con el trabajo que está haciendo, lo que salga de su húmeda boca no es relevante en absoluto.

Al deslizar mis manos por su cintura, es imposible no percatarme de la diferencia abismal que hay entre abrazar a un hombre y a una mujer. No es que me queje de lo segundo, pero si me lo preguntas, no es lo que necesito en este instante.

La mujer, cuyo nombre no recuerdo, abandona mi boca para dejar un rastro de besos mojados por mi cuello. Joder, estoy más que predispuesto a tomar su mano para guiarla entre la multitud hacia los baños. Una rápida follada es lo que me hace falta para quitarme esos pensamientos desequilibrados y volver a ser el mismo de antes.

Listo y decidido a continuar con mis planes, sostengo su mano y comienzo a guiarla entre las personas. De un segundo a otro, siento que alguien se interpone en mi camino. Maldición, levanto la cabeza para quitar del medio a quien quiera que sea, cuando me encuentro con los ojos azules de Thom.

Por alguna razón, no destellan alegría.

—¡Eres un zopenco! —brama a través de la música.

Luego se acerca hasta la mujer y le susurra algo al oído. Ella parece sopesar lo que sea que le haya dicho y así sin más termina marchándose.

—¿Qué le has dicho? Estaba a punto de follarla —me quejo, un poco enojado por lo metiche que es el chico.

—Acabo de evitar que cometas una idiotez, así que deja de hablar y camina —escupe con enfado.

Thomas no suele enojarse, pero cuando lo hace, es asquerosamente un dolor en el culo.

No le discuto. Tampoco tengo nada para replicar, ya que solo ha dicho una gran verdad. Thom agarra mi brazo y me guía hasta la barra.

Únicamente puedo arrastrar mis pies. No puedo decir a ciencia cierta cuánto he bebido, no es mi pasatiempo favorito, pero cuando la *merda* te está tocando el culo, es lo primero que sueles hacer y yo no soy la excepción.

—¿Por qué estás enfadado conmigo? —le pregunto, como si fuese un niño siendo regañado por su padre.

Me da un empujón hasta sentarme en un taburete y luego pone las manos en sus caderas y me observa con repudio. Creo que he cometido algún crimen y con todo el alcohol ingerido se me ha olvidado.

—Porque eres un imbécil inmaduro. Es en serio, Gianni, ¿cuántos años tienes? —no entiendo a qué viene esa pregunta, no es como si fuera a contestarla.

—Unos cuantos —respondo, tratando de recordar cuántos exactamente.

—Y solo te sirvieron para hacerte más idiota —murmura con desaprobación—. ¿De verdad ibas a follar?

—*Ovviamente* —digo con obviedad—. ¿Qué más crees que iba a hacerle a esa mujer en el baño? ¿Retocarle el maquillaje o algo parecido?

El rostro de Thomas se vuelve rojo y dudo que sea por mi encanto italiano. Suelta un suspiro hastiado y me regala una mirada de odio profundo.

—¿Qué hay de Timothy? —espetea con indignación.

Ese nombre y hombre que he pretendido olvidar toda la maldita noche, finalmente es dicho en voz alta y, aunque el intento de dejarlo a un lado haya sido en vano, escucharlo de otra persona me lleva al principio de toda mi noche de descontrol.

—Nada.

¿Qué se supone que debo decir? Cuando ni yo mismo sé lo que pasa por mi cabeza, no puedo formular una oración.

Justo cuando Thom está a nada de soltarme un puñetazo, aparece Jac con un traje tan pulcro que me hace soltar una risa divertida. No combina con su alrededor.

Se acerca hasta tomar a Thom de la cintura y depositar un beso en sus labios, ignorando mi presencia. Si antes de que Jac llegara Thomas tenía una expresión de asesino en serie, en este momento, se parece mucho más a un gatito recién nacido. Le susurra algo al oído de su prometido y en respuesta Jac esboza una pequeña sonrisa.

Es extraño. En cualquier otro momento esa muestra de cariño me hubiera resultado repugnante, incluso hubiera salido corriendo para evitar ver lo melosos que se ponen cuando están cerca el uno del otro, pero extrañamente me encuentro observando con detalle cada uno de sus movimientos. Es increíble como la expresión de Thom cambia con solo verlo y es fabuloso el brillo en los ojos de Jac, como si hubieran contado cada segundo del día para volver a verse.

Una sensación que se parece demasiado al anhelo se instala en mi pecho, una de las causas por la cual estoy aquí.

—Voy a seguir trabajando, te dejo a cargo del descerebrado. —Thomas me da una última mirada de resentimiento y luego se marcha.

—Ni siquiera sé qué le hice —refunfuño con desconcierto.

Jac lo observa marcharse, como si no volverá a verlo en años. *Oh, signore*, son extremadamente exagerados. Segundos después, Jac voltea a verme y su mirada cambia totalmente, lanzándome dagas de reproche.

—Has bebido en exceso y tú nunca lo haces. Dime qué sucede —dictamina con firmeza.

Jac quita la banqueta a un lado y, en lugar de sentarse, se apoya en la barra hasta mirarme fijamente, dejándome sin escapatoria.

Bufo cansado porque uno: no deseo hablar con nadie y dos: no es como si Jac fuera a respetar mi privacidad si se lo pido.

—*Non so da dove cominciare* (no sé por dónde empezar) —digo arrastrando las palabras.

Por suerte, Jac es bueno hablando italiano, por lo que me entiende sin necesidad de repetir.

—¿Hay un nombre y apellido? —indaga, sabiendo la respuesta.

Maldito astuto.

—Sí.

Me froto el rostro con las manos. No puedo creer que estoy a punto de hablar de una persona y relacionarlo con sentimientos, nunca antes lo he hecho, tampoco creí que fuera posible.

—¿Qué es lo que pasa, Bezzechi? —cuestiona sin rodeos.

¿Qué tan acertado es mencionar a Timothy delante de Jac? Quiero decir, sería como involucrar lo personal con el trabajo y apuesto a que mi jefe no estará contento.

Qué más da.

—No lo sé. Es raro de explicar porque ni yo mismo entiendo lo que está pasando, pero mi corazón se ha vuelto loco cuando estoy cerca de esta persona y mi estómago se siente como si no hubiera ido al baño en semanas, un nudo angustiante que no me deja respirar —mi voz sale afligida—. ¿Crees que estoy enfermo?

Si no fuese porque estoy borracho, podría apostar que veo una sonrisa maligna en los labios de Jac. *Demoni*, no lo creo.

Mi amigo me observa con toda la templanza que posee y luego dice con sabiduría...

—No estás enfermo, Bezzechi. Tienes sentimientos por esa persona, pero eso tú ya lo sabes. Simplemente no quieres aceptarlo porque te asusta como la mierda esa cosa que los simples mortales llamamos "amor".

Cuando Jac termina de decir eso, evito su mirada y me pierdo contemplando la multitud de personas que bailan en la pista central.

Amor.

Una palabra tan imponente, con significados que desconozco.

Siendo realista, esa palabra ha resonado en mi cabeza durante estos últimos días, pero he sido lo suficientemente cobarde para empujarla lejos, sabiendo que no puedo escapar de lo inevitable.

—*Amore* —saboreo la palabra en mis labios—. No pensé que una persona como yo podría sentir algo como eso.

Jac suelta una risa divertida.

—Créeme, sé a lo que te refieres —afirma, recordando su pasado—. Y no es algo que puedas evadir, así que por tu bien, déjalo instalado y hazte a la idea.

Tomo el consejo de Jac, pero no es algo que sea fácil de sobrellevar para una persona como yo que ha pasado tantos años sin una gota de esa cosa que se llama amor. Más allá del cariño familiar no he conocido otro.

—Supongo que es más fácil decirlo que aceptarlo.

—Por supuesto, pero cuánto antes lo aceptes, menos mierda para lidiar.

Tiene razón, de eso no tengo dudas. Es cierto que asusta como el infierno pensar que puedo tener sentimientos por alguien más, pero ese no es el punto principal. Es decir, ¿qué hay del otro lado? Porque no creo que sea agradable que el sentimiento esté instalado en un solo lado de la acera.

¿Una persona como yo podría lidiar con algo así?

—¿Y si el sentimiento no es recíproco? —pregunto vulnerable.

—Si lo que sientes no es correspondido, entonces vas a tratar de conquistarlo y si aun así no puedes obtener nada a cambio, vas a ser lo suficientemente hombre para retirarte de esa batalla.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza de solo imaginarlo.

—Eh, no. No quiero arriesgarme a ser rechazado.

Jac pone los ojos en blanco mientras me observa cansino.

—Entonces cierra la puta boca y aléjate de él de una vez por todas —exclama perdiendo la paciencia.

Ya me parecía demasiado lo calmado que se veía.

—Como si pudiera hacer eso. Es escandalosamente desconcertante si cada vez que sonrío es como si fuese el interruptor exacto para enamorarme.

—Bien, entonces hazlo —ordena tajante.

Bene, mi vida ha cambiado desde que cierto chico con una prole ha entrado en ella y, aunque no estoy seguro de si soy lo suficientemente bueno para Timothy, estoy dispuesto a hacer un esfuerzo para ser la persona que merece tener a su lado.

En el remoto y extraño caso de no ser correspondido, voy a hacerle caso a Jac y ser un

hombre que sabe perder. A pesar de que rara vez sucede.

No estoy convencido de que vaya a salir algo bueno, solo sé que es el momento de sentir.

Capítulo 14

Timothy

—Te ves hermosa —le digo a Davenia cuando termino de arreglar su cabello.

La niña sonríe complacida mientras trata de comportarse como una princesa salida de un cuento. Su vestido amarillo con flores moradas hace que su piel realce.

—Gracias, papi. Eres el mejor —suelta el cumplido al tiempo que gira sobre su eje.

Muevo la cabeza enternecido cuando la palabra "papi" queda flotando en el aire. Ese cálido cosquilleo en el corazón se hace presente y estoy completamente seguro de que ella no tiene idea de lo feliz que me hace al decir aquella maravillosa palabra.

—Da-da-da —balbucea Donn.

—Oye tú, ven aquí —lo tomo en mis brazos para terminar de acomodar su atuendo deportivo.

Sus mejillas regordetas se elevan cuando sonríe simpático.

—¿Ya podemos bajar con el tío Cam? —pregunta Dav.

—Claro, cielo. Supongo que ya ha terminado con su llamada.

Acomodo a Donn sobre mis caderas y luego le tiendo la mano a Dav. Salimos de la habitación y cuando estamos llegando a las escaleras, logro escuchar un par de voces. Qué extraño, Dimitri no está en casa. Tal vez sea mamá.

Me encojo de hombros y cuando comenzamos a bajar los escalones, mi aliento se atora y mis pies quedan estancados en el lugar. Allí, en la puerta principal, se encuentra nada más y nada menos que Gianni, y si el hecho de que se encuentra en mi casa no es lo suficientemente desconcertante, súmale la compañía de mi hermano protector.

—¿Y si mejor seguimos caminando? —propone Davenia, sacándome de mi asombro.

Agito la cabeza y sin más que hacer, bajamos los escalones restantes.

Gianni luce tan impecable como siempre, aunque esta vez su vestimenta es mucho más casual que la de costumbre. Mi estómago comienza a hacer esa cosa incómoda que me impide respirar con normalidad.

Por otro lado, mi hermano se mantiene firme, con los brazos cruzados sobre su pecho, en clara señal de alerta.

—Hola, ¿necesitas algo? —cuestiono rompiendo el silencio.

Tal vez mi pregunta no ha sonado cortés o amigable, ya que el italiano hace una mueca poco agradable, pero teniendo a mi hermano a la par, no puedo ser yo mismo.

Gianni no menciona una palabra, parece un poco... descolocado, pero luego de unos segundos, sus ojos se desvían a la niña a mi lado.

—Si no hay ningún inconveniente, me gustaría llevar al engendro por el helado que le prometí —dice.

Me deja completamente fuera de base porque Gianni no es fan de los niños, y que se presente en mi casa para cumplir una promesa que le hizo a mi hija, es más de lo que mi corazón puede soportar.

Mi admiración es interrumpida cuando mi hermano carraspea.

—Oh, no hay problema —los labios del italiano se elevan con orgullo y en este momento comprendo lo débil que salió mi voz. Maldición, él no debe notar el efecto que tiene en mí. Bajo la cabeza para mirar a Dav—. ¿Quieres ir, cielo?

Los ojos de la niña se iluminan y comienza a saltar en su lugar.

—Sí, sí —aplaudiva entusiasmada y sin más, suelta mi mano y sale corriendo en dirección a Gianni.

Escucho un jadeo de dolor por parte de mi hermano y reprimo las ganas de reír por lo ignorado que ha sido por la pequeña.

—Entonces nosotros nos vamos...

—¿Podemos llevar a Donn con nosotros? —le pregunta Dav, batiendo sus pestañas.

—¿Al pedorro? Claro que no —responde con horror—. Demasiado es llevarte a ti con ese vestido tan llamativo.

Mis labios se elevan por la pequeña discusión que están teniendo.

—Si mi hermano no va con nosotros, entonces voy a dec...

—*Bene, bene*. El pequeño humano también va —la interrumpe.

Ella sonríe victoriosa. Gianni tiende los brazos para agarrar a Donn mientras lo mira con recelo.

Sé que entre ellos hay algún tipo de secreto que le conviene más a la niña que al italiano, pero mentiría si dijera que esa complicidad no me provoca dulzura.

Ellos se despiden de mí y, por algún motivo, sé que el desastroso hombre sabrá cuidarlos.

Cuando mi hermano y yo nos quedamos a solas, el silencio se vuelve pesado y puedo notar las preguntas bailando en la cabeza de Cam. Sin mencionar una palabra, se dirige a la cocina y sé que debo seguirlo. Respirando profundo y juntando valentía, sigo sus pasos.

—¿Quién es ese tipo? ¿Por qué se me hace conocido? —cuestiona sin rodeos.

—Es el mismo del supermercado.

La comprensión cruza por su rostro, pero esa afirmación no lo hace lucir menos enojado.

—¿Están saliendo? —pregunta tajante. Sus ojos se oscurecen.

—No.

—Tim —advierte entre dientes.

—Estoy siendo sincero.

—No lo creo y dudo mucho que no tengan algún tipo de relación, ya que acabas de darle permiso para que se lleve a tus hijos. ¡Por Dios, Tim! No me creas ingenuo.

Sí, Cam está excesivamente cabreado y son pocas las veces que lo he visto así, y para ser exacto, es la primera vez que yo soy el motivo de su enfado, pero tampoco voy a mentirle y ocultarle cosas porque entiendo que quiera protegerme y desearme lo mejor, pero quiera o no, sobre mi vida mando yo.

—¿Qué es lo que quieres oír, Cam? ¿Qué me gusta? Pues sí, si me gusta. ¿Es un buen tipo? Sí, lo es. Me ha ayudado demasiadas veces. ¿Tenemos algo? No, no hay nada más que una amistad entre nosotros —digo lo último con desagrado—. Si hay algo más que quieras saber, solo pregunta.

Mi hermano cambia su expresión de enfado a sorprendido, ya que no es habitual que yo reaccione de esa manera.

Cam suaviza las facciones y, luego de calmarse, se deja caer en un taburete.

—Dijiste lo último con cierto deje de desilusión —comenta tanteando mi respuesta.

Suelto una risa carente de humor y luego miro a mi hermano.

—Porque la hay. Probablemente Gianni sea el tipo de hombre al que yo pueda amar.

—¿Y cuál es el problema? —pregunta entre dientes.

Sé lo mucho que le está costando mantenerse a raya.

—El problema es que no creo que él sea del tipo que está dispuesto a formar una familia.

Gianni puede ser muchas cosas y entre ellas una excelente persona, pero no estoy convencido si el amor es una prioridad en su vida y si no lo es, está perfecto, simplemente no sería compatible con mi manera de querer.

Quiero decir, está bien si eres de las personas que no tienen la necesidad de amar, no creo que el amor sea para todos.

—¿Desde cuándo sacas tus propias conclusiones sobre los sentimientos de otras personas? —pregunta en desacuerdo.

Lo miro sin entender.

—Hace unos minutos querías desaparecerlo y ahora intentas defenderlo. No te entiendo, Cam

—le digo divertido, tratando de poner humor a la situación.

—Bueno, eso fue antes de que me dijeras que puede ser el hombre al que ames —replica.

Mi sonrisa se desdibuja y mi humor decae.

—Olvídalo.

Mi hermano bufa molesto y con toda la renuencia que posee se dirige hasta mí, sostiene mis manos y mientras suaviza sus gestos me dice...

—Me gustaría colocar una burbuja alrededor de ti y así evitar que te lastimen, pero sé que no puedo hacer eso y sería un poco tóxico de mi parte —dejo escapar una risita—. Pero también soy lo suficientemente maduro para aceptar que en algún momento vas a amar y te van a amar. No sé si ese tipo es el indicado para ganarse este corazón precioso que tienes, solo tú puedes saberlo.

Mi hermano deposita un beso en mi frente mientras sus palabras resuenan en mi mente.

Sé que tiene razón y solo yo puedo obtener ciertas respuestas, pero de momento, no estoy seguro de nada y tampoco soy de esas personas que arriesgan el corazón solo para probar suerte.

—Te quiero —le digo, pinchando sus abdominales.

Él suelta una carcajada. Siempre ha sido demasiado débil para las cosquillas.

—Aún no puedo creer que la pequeña princesa me haya cambiado —dice lloriqueando.

Me burlo de él porque sé lo mucho que quiere a esa niña, y que haya pasado por su lado sin darle una segunda mirada es demasiado para procesar.

Los niños llegan sanos y salvos. Eso sí, Donn es un desastre repleto de helado tanto en sus ropas como sus mejillas, mientras que Dav tiene más helado en su vestido que en el pote que lleva en sus manos. Ni hablar del italiano que no se queda atrás, ya que su camiseta tiene manchas por doquier.

Los niños se despiden de él y cuando quedamos solos, siento su penetrante mirada al tiempo que se apoya en el marco de la puerta.

—Espero que se hayan portado bien —menciono, queriendo romper el silencio sepulcral.

—La verdad es que no, pero pude manejarlo —dice con orgullo.

Asiento sin nada para decir. Gianni me observa sin pudor, arrastrando su mirada por todo mi cuerpo, haciéndome sentir expuesto.

—Bueno... yo debería entrar para... —Intento decir mientras doy un paso atrás.

—Espera, me gustaría hablar un momento contigo —dice suplicante.

Debería decir que sí y dejarlo hablar de una vez por todas, ya que no es la primera vez que lo intenta, pero algo dentro de mí me hace negar rotundamente. Quizá sea el miedo a oír lo que

tiene para decir.

—Lo siento, debo subir a duchar a los niños. Tal vez en otro momento. —La mirada de desesperanza que me da es como un puñal en el pecho, pero no puedo dar marcha atrás—. Gracias por llevarlos a pasear.

Gianni asiente y luego se voltea para marcharse.

Cierro la puerta y me apoyo en ella. En cualquier momento voy a tener que escuchar lo que tiene para decir y yo tendré que sincerarme tratando de aplacar el miedo a lo que pueda salir de su boca.

Vamos, Tim, tú puedes con eso y más.

Capítulo 15

Timothy

Después de que el timbre de casa haya sonado unas cuantas veces, logro bajar corriendo las escaleras, ya que estaba arriba con los niños y quien quiera que esté al otro lado de la puerta parece impaciente por ser atendido.

Le doy un tirón a la manilla hasta abrir la puerta mientras tomo grandes bocanadas de aire.

—Oye, qué casualidad verte por aquí —menciona casualmente el rubio italiano.

Su sonrisa se ensancha al tiempo que me mira despreocupado, como si hubiéramos estado caminando por la calle y de casualidad nos hubiéramos encontrado, queriendo aparentar ser amigos que no se ven hace un tiempo.

—Es mi casa —evidencio, un poco divertido y curioso.

Gianni parpadea varias veces mientras mira para todos lados, tal vez buscando algún pretexto para justificar su inesperada presencia y, cuando ninguna mentira llega a su mente, bufa derrotado.

—Bueno, en realidad yo...

—Vino porque yo se lo pedí —lo interrumpe una voz detrás de mí.

Volteo para encontrarme con Dimitri.

—¿Cómo? —cuestiono un tanto confundido.

¿Desde cuándo estos dos se llevan tan bien?

—Necesito ayuda con unas tareas y mis amigos son realmente malos en estadísticas, entonces se me ocurrió pedirle ayuda a Gianni. No es un problema, ¿verdad?

Por supuesto que no es un problema, pero mientras observo la complicidad que se ha creado entre ellos, no puedo eludir los celos crecientes en mi interior.

—Claro que no —es lo único que murmuro.

Me hago a un lado para dejar entrar al italiano que no hace más que mirarme con culpabilidad. Tal parece que es lo suficientemente astuto para notar mi malestar.

—*Grazie.*

Y sin más, suben escaleras arriba pareciendo los mejores amigos del mundo.

Sé que es estúpido sentirme así, pero no es fácil evitarlo cuando me ha costado tanto acercarme a Dimitri y no me culpes por sentir celos mientras veo cómo el irresistible italiano se gana su confianza en un abrir y cerrar de ojos.

Tampoco puedo culpar a mi hijo mayor. No estoy convencido de que exista una persona a la que le caiga mal el rubio.

Sin otro remedio más que aceptar mi malestar, agarro mi ordenador del despacho y subo las escaleras hasta la sala de juegos.

Los niños están entretenidos jugando, así que es un buen momento para continuar mi trabajo. Me desplomo en un puff mientras abro el portátil.

Unos minutos más tarde, mi móvil comienza a sonar en la pequeña mesa que estoy usando como escritorio. Me estiro hasta tomarlo en mis manos y el nombre de Thomas aparece en la pantalla. No está de más mencionar la amistad que hemos construido y ni hablar del cariño que le tienen los niños.

—Hola a ti —digo al descolgar la llamada.

—*¡Oh, por Dios! Ni siquiera sé por dónde empezar* —responde eufórico, por lo que tengo que apartar el móvil de mi oreja.

—¿Suced algo? ¿Por qué estás gritando? —espeto divertido.

—*Acabo de enterarme de algo. No puedo creer lo pequeño que es este mundo, ¿lo entiendes? Todavía estoy jodidamente boqueando como pez fuera del agua* —dice acelerado—. *¡Le marqué a Jac para contárselo, pero me ha colgado porque dice que le estoy gritando!*

Vuelvo a apartar el aparato de mi cara. Jesús, este chico es todo un dramático.

—Eso suena como un buen plan si sigues gritando como si el mundo estuviera a punto de colapsar —le advierto.

—*¡No me cuelgues! Es que... esto es... demasiada coincidencia...*

Puedo saber que Thomas no es de esas personas que se sorprenden con facilidad, por lo que escucharlo tan desencajado me genera cierta curiosidad.

—No voy a colgar, pero cuéntame qué es lo que te tiene tan sorprendido.

Escucho cómo murmura unas cuantas cosas que no logro entender, pero finalmente se aclara la garganta y un poco más calmado comienza a hablar.

—*Resulta que estaba haciendo mi lista de invitados para mi boda, los cuales no son muchos, pero quería anotarlos por las dudas. Ya sabes, con los nervios y eso, puedo olvidar algún nombre* —comienza a divagar, así que le hago un sonido para que continúe—. *Fue entonces cuando me di cuenta de que no recuerdo o quizá nunca pregunté por el apellido de uno de mis amigos. Lo sé, suena raro invitar a tu boda a un amigo del que no sabes su apellido, pero en mi defensa, él se presentó como Jack Daniels y no fue hasta mucho después que me dijo su nombre...*

—Thomi —lo llamo.

Ya ni siquiera logro juntar los puntos de esta conversación, no cuando del otro lado de la

habitación, Davenia intenta dibujar la cara de Donn con acuarelas. Sintiendo mi mirada, ella levanta los ojos y se encuentra con los míos. Muevo la cabeza diciéndole que no lo haga y no le queda más remedio que bajar el pincel.

—*Ya, ya. Entonces terminé llamando a este amigo para preguntarle su apellido y, ¿adivina qué?*

—¿Ese amigo tuyo es alguna estrella de Hollywood? —intento.

—*Oye, aquí la única estrella eres tú* —aclara.

—Deja de ser un fanfarrón y termina con ese misterioso amigo tuyo.

Thomas suelta una carcajada.

—*Pues mi amigo, el cual se llama Cameron, tiene por apellido Poarch* —grita a todo pulmón—. *¡Es Cameron Poarch! Tu hermano. Tu Cameron es también mi Cameron, ¿entiendes?*

—¿Qué? —balbuceo confundido.

¿Qué posibilidades hay de que Cam y Thomi sean amigos? Quizá muchas. No lo entiendo en absoluto. Creo que debo hablar con mi hermano para saber la historia completa.

—*Bueno, nos conocemos hace un tiempo ya. Nos hicimos amigos en el bar donde trabajo, él frecuenta el lugar y la verdad es que es una persona increíble* —comenta contento.

—Vaya, no sé qué decir. No me esperaba algo como eso.

Lo cual es cierto. Ellos son amigos, mientras que Jac Hamilton es el prometido de Thomi y amigo del italiano. Es decir que de alguna u otra manera lo habría cruzado en algún momento de mi vida.

Llámame supersticioso.

—*Créeme, todavía estoy procesando la información, pero es fantástico, ¿no lo crees?* —pregunta entusiasmado.

—Sí, por supuesto —respondo distraído.

Escucho un sonido para nada conforme de parte del chico, pero no menciona una palabra al respecto. En su lugar, nos quedamos conversando durante unos minutos.

Media hora después, estoy listo para bajar a preparar la merienda para los niños cuando el rubio se asoma por la puerta de la sala de juegos, me pongo de pie y le hago una seña para que entre.

Donn es el primero en percatarse de su presencia y, con pasos descontrolados, corre a su encuentro. Gianni lo mira como si tuviera una tercera cabeza, pero en cuanto el niño se trepa en sus pantorrillas, termina subiéndolo a sus brazos.

—Hola, pedorro —lo saluda. Donn sonríe con pocos dientes, demostrando lo mucho que le gusta ese mote. Musita unas cuantas palabras sin sentido y Gianni asiente como si estuviera entendiendo lo que dice—. *Bene*, mucho *amore* por hoy.

Lo deja en el suelo y Donn vuelve al lado de su hermana.

—Hola, gru  n,  cu  ndo vamos por otro helado? —le pregunta Davenia desde el otro lado de la habitación, sin dejar de vestir a su muñeca.

— Contigo? Nunca más, engendro —responde con desdén.

La niña lo mira sobrando, lo que me hace soltar una carcajada. La mirada de Gianni se centra en mí, logrando que me ponga nervioso.

Después de indicarles que bajen por sus respectivas meriendas y pidiendo que se comporten, el italiano y yo terminamos bajando al primer piso en un silencio incómodo.

Cuando llegamos a la entrada, no hacemos más que pararnos frente al otro y contemplar el aire pesado. Gianni me mira como si quisiera decir unas cuantas cosas, pero al mismo tiempo parece tener sus labios sellados, ya sea por mi insistente negativa a escucharlo o porque simplemente lo ha pensado mejor y planea olvidar ese beso que nos dimos.

Uno que no puedo sacar de mi cabeza, pero soy demasiado cobarde para sacarlo a relucir.

Sin embargo, los ojos del italiano no lucen pícaros como de costumbre, sino más bien un poco apagados y solo espero no ser el causante de tal emoción.

—Entonces,  pudieron terminar las tareas? —pregunto rompiendo el silencio.

 l me mira confundido, pero luego de parpadear un par de veces, entiende mi pregunta.

—Claro, todo est  terminado.

De alguna manera, siento sus palabras con doble sentido, enviando una punzada a mi corazón.

—Eso está bien —digo, sin saber qué más decir—. Oye, lo siento si Dimitri te ha llamado y estabas en tu trabajo, hablar  con él.

—No me molesta. De hecho, he sido yo quien le ha dicho que puede llamar cada vez que necesite algo —comenta con amabilidad.

—Oh.

Y esta vez no puedo ocultar mi pequeño momento de celos porque, a pesar de que le he dicho muchas veces a Dimitri que podía llamarme si necesita ayuda, no lo ha hecho ni una sola vez.

Gianni puede leer mi inquietud, ya que da un paso adelante e intenta tomar mi mano, pero al último segundo no lo hace y todo mi interior grita descontrolado que sí, que lo haga, que tome mi mano para enviar esa electricidad reconfortante.

— Si sabes que confía en ti, verdad? —dice, detectando mi cambio de humor.

—Por supuesto.

Por supuesto que no, pero no es algo que vaya a decirle al italiano. Lo último que necesita saber es sobre mis dudas como padre.

Él asiente lentamente mientras pasa su lengua por su labio inferior y no puedo evitar observar el gesto. Todo mi cuerpo y mis sentidos me imploran a gritos que me lance a sus brazos para probar sus labios una vez más y así poder confirmar lo adictivos que pueden llegar a ser, pero luego está la cordura, la que me indica que no mueva un solo músculo.

Y mientras él se despide con un frío saludo, no paso por alto el hecho de que esta vez no ha intentado hablar conmigo.

Capítulo 16

Gianni

A medida que avanzamos entre las calles oscuras de una zona poco agraciada de la ciudad, caigo en cuenta de la mala decisión que he tomado al aceptar la petición de Dimitri.

Quiero decir, en el fondo de mi mente siempre supe que esto no era una buena idea y que no debía aceptar por nada del mundo, pero una parte de mí, una totalmente responsable, me hizo saber que si no acompañaba al chico, él lo haría por su cuenta y esa decisión es la más descabellada.

—Maldita sea, Timothy me matará cuando se entere de que te he traído hasta aquí —maldigo mientras miro para todos lados a través de las ventanillas de mi coche.

—De eso estoy seguro —concuerta, observando con los ojos bien abiertos—. Es por aquí.

Señala lo que parece ser un bar de mala muerte. Jadeo horrorizado al darme cuenta de que el ambiente es mucho peor de lo que imaginaba. Al lado del bar hay un grupo de chicos, riendo a carcajadas y por las fachas que tienen, apuesto a que no están pasándose algún chisme o algo parecido.

Cuando detengo el coche, Dimitri se coloca la capucha de su sudadera y luego hace el intento de abrir la puerta, pero lo detengo de la manga.

—Alto ahí. ¿A dónde crees que vas, mocososo? —espeto alarmado.

—¿No es obvio? —pregunta con altanería. Debería agradecer que estoy cagado de miedo o, de lo contrario, le bajaría la soberbia con una sacudida—. Estoy seguro de que mi padre está adentro. Si quiero hablar con él, debo entrar a buscarlo.

Por milésima vez en menos de media hora me doy una patada mental por aceptar esto.

—Escúchame, mocososo, no puedes entrar a ese lugar solo. Es peligroso.

—Entonces acompáñame —dice con obviedad.

—¡Ni que estuviera loco! —señalo mi atuendo—. Al menos debiste avisarme para que me disfrazara de mendigo o algo parecido. Tampoco puedo dejar solo mi coche, ya está llamando demasiado la atención —digo, señalando a los chicos que se han volteado para mirarnos mientras cuchichean entre sí.

Dimitri me observa estando de acuerdo con mis palabras.

—De acuerdo, solo quédate aquí y yo iré a buscarlo. Conozco este lugar, he nacido y crecido aquí, no tienes que preocuparte por mí y si alguien se acerca puedes poner en marcha el coche y marcharte. Te prometo que estaré bien y no le diré a Tim sobre esto —propone suplicante.

Sus ojos dejan el destello de prepotencia y altanería para sustituir su mirada por una desesperada. No puedo ponerme bajo su piel, *demoni*, ni siquiera puedo imaginar lo

desamparado que se debe sentir y, a pesar de que debería poner en marcha y llevarnos a los dos a un sitio seguro, me encuentro quitándome la chaqueta y la corbata para comenzar a salir del coche.

La mirada de alivio que me regala Dimitri me hace sentir menos estúpido por meterme en la boca del lobo.

—Quiero que sepas que este favor me lo voy a cobrar y con creces —le advierto mientras avanzamos a la calle que conduce a la entrada del bar.

—Lo que sea.

Intento parecer despreocupado a medida que llegamos a la acera del pub, y cuando los chicos nos observan como si fuéramos pepitas de oro caídas del cielo, entiendo que nada bueno va a salir de esto.

No comprendo cómo es que Dimitri y sus hermanos han crecido en esta parte de la ciudad. Al menos de noche luce como un bosque lleno de vampiros y hombres lobos, y apuesto un pulmón a que de día no luce como un cuento de hadas y princesas.

Cuando estoy a punto de rezar un padre nuestro junto a un Ave Maria, en vez de entrar al bar, Dimitri desvía su atención hacia el costado del lugar, dónde hay un callejón oscuro, y cuando empieza a caminar en esa dirección, sé que algo va a pasar porque, *merde*, la palabra "callejón" no es agradable.

—¿Dónde *inferno* crees que vas? —murmuro siguiendo sus pasos. No sé por qué estoy susurrando.

Dimitri me ignora olímpicamente, entrando al pasaje con poca luz.

Cuando se detiene en seco, me posiciono a su lado al tiempo que observo dónde se dirige su mirada.

Al fondo del callejón, se encuentra un hombre que no logro identificar su rostro, pero parece que Dimitri sí, ya que murmura un "papá". El tipo al que Dim llama padre se acerca hacia un pequeño grupo de hombres que conversan entre una nube de humo proveniente de sus cigarrillos. Su padre lleva puesto un abrigo que habrá tenido días mejores y un pantalón todo remendado.

Cuando Dimitri intenta dar un paso, tal vez para por fin tener esa charla pendiente con su progenitor, este saca del bolsillo un papel para luego llevárselo a la nariz, suministrando algún tipo de droga a su cuerpo. El chico a mi lado detiene sus movimientos y, en vez de avanzar, retrocede. Cuando miro su rostro, puedo observar la desolación y la desilusión reflejadas en él.

Joder, no es agradable presenciar una situación como esta. Dimitri se voltea y comienza a caminar en dirección al coche.

—Espera, mocos, creí que querías hablarle —digo, llegando a su lado.

Dimitri se detiene y me mira duramente. Borrando por completo la fragilidad que vi hace un momento.

—A veces no se necesita decir algo para cerrar una etapa.

Asiento intentando entender lo que dice. Cuando él me pidió que lo trajera hasta aquí para hablar con su padre, alegando su necesidad de dejar esta parte de su vida en el pasado, parecía completamente seguro con lo que quería hacer y decir. Entonces he llegado a preguntarme si cuántas veces, desde que Timothy lo adoptó, añoró con este momento de estar en su antiguo hogar, tener frente a su padre y despotricar unas cuantas verdades. Pero ya sabes, nada es como lo planeas.

—*Bene*, entonces vamos a largarnos de aquí para que pueda volver a respirar.

Eso lo hace sonreír.

Pero como lo predije desde un principio, algo malo iba a suceder, y aunque he estado muy pendiente del grupo de chicos en la esquina, no pude percatarme del tipo que llega a nuestro lado, con los ojos inyectados y vociferando a todo pulmón.

—¡Dame todo el billete que tengas! —grita, apuntándonos con una navaja.

Mi primer instinto es agarrar a Dimitri y posicionarlo detrás de mí, luego levanto la mano para que el tipo se tranquilice.

—Tranquilo...

—¡He dicho que me des todo! —grita desquiciado, moviéndose de un lado a otro.

Dannata merda.

—No tengo dinero, pero puedo darte esto —intento quitarme el reloj de pulsera, pero da un paso adelante, demostrando que no le interesa mi oferta.

—¡O me das el puto dinero o vas a terminar con un agujero en el pulmón!

Joder, esa oferta no me interesa en lo absoluto. Pensando una salida rápida, me inclino hacia Dimitri y le susurro...

—Préstame dinero.

—¿No te parece que si lo tuviera ya se lo habría dado a ese idiota?

No le veo fallas a su lógica, así que sin otra opción más que la confrontación, elevo una súplica para no perder ningún órgano.

—¿Aceptas tarjeta de crédito? —pregunto, como última esperanza.

La cual no es una buena idea, ya que el tipo se pone tan rojo como un tomate antes de abalanzarse sobre nosotros. Empujo a Dimitri hacia un lado, pero en esa milésima de segundos de distracción, siento como mi piel es cortada al lado de mis costillas. Suelto una maldición por lo alto mientras me enderezo para enfrentar al tipo. ¡A la *merda* si recibo otra cortada! Con toda la furia que siento, le propino un puñetazo que lo hace caer al suelo sin poder levantarse y no porque mi puño sea mágico, sino más bien porque su cuerpo infectado de porquería no se lo

permite.

Cuando me pongo derecho, siento un ardor en el costado y cuando me llevo la mano hacia ahí, veo mi camisa cortada y manchada de sangre.

—¡Putra madre, puta madre! —empieza a gritar Dim con desesperación mientras se toma la cabeza—. Es mi culpa, es mi culpa. ¡Estás sangrando!

Se mueve de un lado a otro, como si estuviera a punto de darle un ataque. Me acerco hacia él. Con una mano aprieto mi lado y con la otra tomo su nuca. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, el miedo lo delata.

—*Ascoltami* (escúchame), si no te tranquilizas en este momento y si no me llevas a un hospital, voy a desangrarme y no queremos eso, ¿*certo*? —el chico asiente una y otra vez—. ¿Sabes conducir?

—S-sí —balbucea.

—*Bene*, vámonos.

Dimitri se las arregla para meterme al coche. Sé que la herida no es profunda, solo necesita unos cuantos puntos y nada más, pero ver sangre no es algo que me apasiona y no entiendo cómo es que no me he desmayado al principio, tal vez sea por el hecho de ver a Dimitri tan asustado con la herida que, por cierto, arde como el *inferno*.

Cómo suponía, unos cuantos puntos de sutura junto a unos cuantos analgésicos, y ya estamos de salida del hospital.

—Vamos, te llevaré a casa y luego voy a llamar a Jac para que me recoja porque no creo poder conducir todo adormecido —le digo.

Dimitri pone en marcha el coche rumbo a su casa.

—Tim me ha llamado un millón de veces. Le dije que estaba en la biblioteca, pero de eso ya pasaron unas tres horas.

—¿Si sabes que vamos a tener que contarle la verdad? —pregunto más como una advertencia.

—Ya lo sé —refunfuña poco convencido, luego me mira de reojo y puedo notar la culpabilidad en su mirada, pero en lugar de tranquilizarlo, lo dejo sentirse miserable porque gracias a él tengo un tajo en mi esculpido abdomen—. Oye, gracias por acompañarme y por... todo.

Su agradecimiento me saca una sonrisa y hace que mi pecho se llene de orgullo.

—Cuando quieras, aunque la próxima vez preferiría que sea sin navajas de por medio.

Dimitri suelta una carcajada y solo nos queda pensar cómo vamos a hablar con Timothy sin

ser crucificados para el final de la charla.

Capítulo 17

Timothy

Me muevo de un lado a otro preocupado. Dimitri había mencionado que tenía que quedarse en la biblioteca para acabar con sus tareas, pero de eso ya han pasado un par de horas y a pesar de que acaba de hablar conmigo para avisarme que viene en camino, el malestar con sabor a preocupación no abandona mi pecho.

No me gusta que Dim tenga este tipo de actitudes poco empáticas. Él sabe lo mucho que me aflijo cuando anda solo en la noche. Creo que ha llegado el momento de hablar con él y dejar en claro algunos puntos.

Chequeo la hora en mi móvil por segunda vez en menos de dos minutos. Dios mío, juro que si no llega en los próximos segundos me va a dar un ataque.

Gracias al cielo, la puerta principal es abierta y antes de poder soltar un suspiro de alivio, termino peor de lo que ya estaba. A pocos metros de distancia, se encuentra Dimitri apoyándose en la puerta como un pilar, pero no es eso lo que me tiene con el corazón paralizado y las alarmas prendidas. A su lado, el italiano se sostiene de mi hijo entre jadeos y maldiciones mientras se toca el abdomen con lo que parece ser una herida. Su camisa está rota y con un aspecto deplorable.

—¡Santo cielo! —grito con asombro y angustia, llevándome las manos hasta los labios.

—Ayúdame —jadea Dimitri.

Volviendo a la realidad, corro en dirección a ellos y como puedo, agarro a Gianni por el costado libre y herido, entre quejidos y con sumo cuidado, lo dejamos caer al sofá.

—¿Estás bien? —balbuceo, tomando a Dimitri entre mis brazos, asegurándome que no esté lastimado.

—Tranquilo, estoy bien.

Luego de comprobarlo, asiento con la cabeza y me pongo en cuclillas frente al rubio, quien no deja de mirarme con preocupación. Jesús, es él quien está lastimado. Por alguna estúpida razón, mis manos tiemblan cuando intento levantarlas para mirar su herida, su rostro luce pálido y su respiración es errática mientras hace una mueca con cada inhalación.

—¿Qué ha pasado? —pregunto finalmente.

Los dos se miran entre sí, dialogando telepáticamente, como si ya hubiesen tenido esta conversación en privado, pero en este momento, ninguno sabe qué decir. La inquietud crece con cada segundo de silencio que pasa.

—Creo que ustedes tienen que charlar a solas —el rubio hace el intento de ponerse de pie, pero Dim y yo lo detenemos al instante.

—¿Estás loco? No te puedes ir a ningún lado, acabas de tomar unos cuantos sedantes —espeta Dim con fervor y luego me mira suplicante—. Dile algo.

Toda esta situación y la falta de entendimiento me tienen en shock y cuando entiendo a lo que se refiere, actúo de inmediato.

—No vas a irte de aquí en ese estado, te puedes quedar en la habitación de invitados. Te llevaremos arriba para que te acomodes mientras Dim y yo hablamos —sentencio y el italiano intenta refutar, pero no se lo permito—. Déjame ayudarte.

El italiano no menciona nada a medida que subimos las escaleras, puedo notar el dolor a través de sus gestos. Cuando llegamos a la habitación de huéspedes, le pido a Dim que me espere en su habitación y, luego de despedirse de Gianni, nos deja solos. Busco unos pijamas de Cam en el closet, ya que siempre deja algunas prendas cuando se queda en casa.

—*Grazie* —dice cuando se las doy.

Así, sentado a un lado de la cama, con el rostro cansado y el cuerpo maltratado, ha dejado atrás el Gianni alegre y optimista y mientras lo observo quitarse los retazos de la camisa, mi pecho se comprime y mi corazón se encoge, no me gusta verlo de esta manera.

Sin pensarlo dos veces, me acerco hasta acomodarme en el hueco entre sus piernas. Él eleva la cabeza con asombro y, sin mencionar una palabra, termino quitándole la camisa. Su aroma sofisticado inunda mis fosas nasales y, sin darme cuenta, me encuentro inhalando hasta llenar mis pulmones con su olor.

—No sé qué fue lo que pasó para que terminaras herido, pero teniendo en cuenta que Dim está en perfecto estado, puedo apostar a que intentaste hacerte el héroe —menciono, intentando poner humor al panorama.

Gianni suelta una risa que pronto se transforma en dolor.

—No lo creas, en lo único que pensaba es en que me ibas a matar si al mocoso le pasaba algo —dice con fingido desinterés.

Sonríó por lo bajo y levanto una mano para apartar un mechón de su rostro. Gianni me observa detenidamente, sus pupilas se dilatan y el brillo que emana es algo parecido al... cariño, o tal vez sea mi tonto anhelo el que me hace leer incorrecto.

—Tienes un gran corazón y no has hecho más que preocuparte por nosotros —le digo y sí, me incluyo.

—Es que no puedo resistirme a ustedes —confiesa.

Para este momento, mi corazón late desbocado y siento unas locas mariposas en mi estómago, y estoy seguro de que después de esas palabras yo podría vivir feliz el resto de mi vida sin importar lo que venga después.

Gianni es mucho más alto que yo, por lo que aún estando sentado y yo parado, la diferencia de altura es escasa, así que no le resulta difícil tomar mi nuca y acercar mi rostro hacia el suyo,

incluyendo las muecas de dolor.

—No quiero hacerte daño —le digo a centímetros de sus labios, aguantando las ganas de saltar sobre él.

—Un beso, es todo lo que pido en este momento —musita suplicante, cerrando los ojos—. Por favor.

Supongo que no hay poder humano que me haga decirle que no. Con todo el deseo que poseo, tomo sus labios en un beso gustoso, suave y delicado. Su garganta suelta un jadeo de satisfacción y la presión en mi nuca aumenta.

Sus labios son demandantes, pero no puedo profundizar el beso, de lo contrario, le haré daño. Cuando Gianni succiona mi labio inferior, me siento en la mismísima gloria, desde la primera y última vez que nos hemos besado no hice más que reproducir una y otra vez la sensación de sus labios sobre los míos.

Y ahora me doy cuenta de que no puedo seguir resistiéndome a este hombre.

—*Demoni*, tus labios son exquisitos. No vuelvas a negarme un beso —dice al separarse.

Paso mi pulgar sobre su mejilla.

—Lo prometo —es una promesa que estaré encantado de cumplir.

El rubio sonríe satisfecho y me roba un beso fugaz. Segundos después, su mirada se vuelve seria.

—Antes de que hables con el mocosito, me tomo el atrevimiento de pedirte que no lo regañes tanto... —Cuando esas palabras salen de su boca, ambos levantamos las cejas con asombro—. Tampoco le digas que te acabo de pedir eso.

Lo miro suspicaz.

—De acuerdo, iré a hablar con él ahora mismo. Necesito entender lo que ha sucedido. —Gianni asiente y lo miro con advertencia—. Luego hablaré contigo.

Antes de hacer algún comentario mordaz o gracioso, se queda callado, aceptando mi aviso por adelantado.

—Solo quise ayudarlo.

Y cuando me dice esas palabras desde lo más profundo de su corazón, me siento hasta ridículo por reprenderlo. El italiano es astuto.

—Pudiste pedirme que te acompañe —es todo lo que digo luego de que Dim termina su relato.

—¿Lo habrías hecho?

Cuando esa pregunta sale de sus labios, siento como si me estuvieran estrujando el pecho. Él no confía en mí lo suficiente para pedir mi ayuda y vaya si eso no me hace sentir el peor intento de padre porque que tu hijo dude o ni siquiera te considere como una opción de apoyo es demasiado para lidiar.

—Por supuesto que lo habría hecho. Haría cualquier cosa por ti y por tus hermanos. Solo necesitas confiar en mí —artículo cabizbajo.

Un sentimiento de remordimiento cruza por su rostro antes de darme un apretón de mano, tomándome por sorpresa.

—Confío en ti, claro que lo hago, Tim. Nunca te lo había dicho, pero no sabes lo agradecido que estoy por lo que has hecho por mí y mis hermanos, aunque a veces me comporto como un mocoso infantil, yo solo... —se rasca la nuca, tímidamente—. Estoy descubriendo lo que es tener una verdadera familia.

Un jadeo de asombro sale de mis labios. Desde que he conocido a este chico, es la primera vez que dice algo positivo en cuanto a la decisión que tomé al adoptarlos. Mentiría si dijese que no voy a recordar este día como una gran victoria para mi corto papel como padre, porque se podría decir que finalmente me está aceptando.

Sin nada para decir, tiro de sus hombros y lo envuelvo en un abrazo reconfortante.

—¿Puedo preguntarte por qué decidiste no hablarle? —pregunto, tanteando el terreno.

Tampoco quiero presionar, pero a decir verdad, me he quedado confuso cuando él mencionó que no quiso acercarse a su padre biológico. Es decir, si fue hasta allí únicamente para hablarle, ¿qué pasó para impedirlo?

—Cuando decidí que quería verlo para contarle que estamos bien, como si le importara, había pensado en un pequeño discurso de despedida, ya sabes, pero... —se pone de pie y comienza a caminar por la habitación—. Cuando lo vi tan drogado, tan borracho, tan perdido, entendí que no tenía sentido acercarme si luego de marcharme no iba a recordar que estuve allí.

Al ser el mayor, Dimitri ha recibido mucha porquería, tanto que tal vez nunca llegue a saber. Solo espero que algún día pueda avanzar por muy difícil que parezca.

—Si has hecho lo que tu corazón te indicó, es lo correcto, cariño —me pongo de pie hasta alcanzarlo—. Pero si en algún momento necesitas volver y buscarlo, quiero que tengas la confianza para venir y decírmelo.

—No hace falta, ya he cerrado esa puerta y no pretendo meterme nuevamente.

Asiento no muy seguro de sus palabras, ya que puedo oír el dolor y el enojo a través de ellas. Sin contar el hecho de que aún no se ha despedido de su madre, aunque no es algo que vaya a mencionar ahora, no si él no lo hace primero.

—De acuerdo —le revuelvo el cabello y él sonrío.

Dejando de lado su rostro serio, sus facciones comienzan a cambiar a una burlesca.

—*Grazie* —dice con malicia.

Mis mejillas se calientan mientras suelto un jadeo. Me despido rápidamente y salgo disparado de su habitación al tiempo que escucho sus carcajadas.

Capítulo 18

Gianni

—Hazme un peinado —ordena tajante el engendro mientras me tiende una caja repleta de moños y cepillo para el cabello.

La miro con horror desde mi lugar en el sofá, esperando que Tim baje para despedirme.

—Ni lo sueñes —digo.

—Papi está ocupado con mi hermanito y no puedo ir despeinada a clases —refuta dando pisotones.

—Dime algo que me importe —me encojo de hombros siendo tan maduro como ella me lo transmite.

La niña pone los ojos en blanco e, ignorando mi rechazo, me entrega el cepillo para el cabello. Timothy baja las escaleras a toda velocidad con el pequeño ser humano en brazos, me regala una sonrisa rápida y comienza a preparar las mochilas.

Soltando un resoplido y sintiendo pena por lo agobiado que luce, agarro el cepillo y le indico a la niña que se voltee. No ayuda el hecho de que su cabello sea largo y que luzca como si nunca se hubiera peinado. Sin embargo, me las arreglo para hacerle algún tipo de peinado que le he visto a mi hermana.

El engendro parece conforme con el resultado final, aunque mirándolo de lejos, la coleta está posicionada más para la izquierda que para el centro, donde se supone que debería quedar.

—Listo, ahora vámonos o llegaremos tarde —dice Tim, acercándose a nosotros—. Tu peinado se ve increíble, cielo.

La niña le sonríe orgullosa, y yo lo miro embelesado porque sé que el peinado es una *merda* y aun así ha soltado el cumplido. Las ganas de acercarme y tocarlo pueden más que mi renuencia.

Me pongo de pie y, sosteniendo mi costado, me acerco hacia él. Timothy se sonroja cuando deposito un beso en su sien, un gesto que parece hasta normal entre nosotros y es que todo se me hace fácil de expresar cuando se trata de este chico.

—Te estaba esperando para despedirme.

—¿Vas a la empresa? —pregunta, frunciendo el ceño.

—No. Hoy me quedaré en casa, necesito descansar un poco.

Él asiente preocupado.

—Deberías venir con nosotros y luego de dejar a los niños en clases, te llevaré hasta tu piso. No puedes conducir en ese estado —menciona más como una afirmación que una petición.

Esbozo una sonrisa ilusionada. Sé que es una putada, pero su inquietud ante mi salud me tiene arrastrando los pies por él y sacando provecho.

—¿Vas a ser mi enfermero? —cuestiono coqueto, posicionando una mano en su espalda baja.

Timothy se ruboriza y después evita mi mirada.

—¡Deja de poner rojo a papi! —se queja la niña.

La miro con exasperación.

—Cállate, engendro.

Ella me muestra la lengua y comienza a caminar hacia la puerta.

—Anda, camina, Gian. Te llevaré a casa —dice Tim, resignado.

Sí. Puede decirme como quiera y yo solo obedeceré.

—Iré a ducharme y regreso. Siéntete como en casa —le digo mientras acaricio su mejilla.

—¿Entonces tengo permitido preparar algo de desayuno? —pregunta tímidamente.

—Por supuesto, tienes permitido todo. Incluso si con eso vas a terminar ensuciando mi cocina —digo con lamento.

Timothy suelta una carcajada, logrando una melodía que se está convirtiendo en mi favorita.

—Eres un exagerado.

Entre besos, trato de convencerlo para que no haga tanto desorden, o de lo contrario me dará algún tipo de infarto.

Minutos más tarde, después de mucho esfuerzo para alejarme de él, me dirijo hasta mi habitación para tomar la tan deseada ducha.

Cuando llego al cuarto de baño, nada me sorprende más que ver mi cara reluciente a pesar de tener una gran cortada en mi cuerpo. Pero tal parece que la presencia de Timothy Poarch puede lograr que cualquier herida sea insignificante. La sonrisa en mis labios me delata y me pregunto si él puede ver eso.

Nunca antes le he sonreído a nadie de esta manera, y aunque el sentimiento de miedo está latente, también puedo sentir la otra cara de la moneda. Tener sentimientos por otra persona no es tan catastrófico como pensaba. Tal vez sea porque puedo saber que no es unilateral. Sí, llámame egocéntrico, pero la química no se puede ocultar.

Signore, si mi madre pudiera verme en este instante, no lo creería en absoluto. Quiero decir, ¿qué su hijo indomable se encuentra hasta las trancas por un chico responsable y familiar? Ja, ella moriría de risa y me diría que es el puto karma.

Después de una ducha rápida y cuidadosa, me acerco hasta la cocina y a pesar de que hay un

pequeño desorden, mis pulsaciones se encuentran normales.

Me apoyo al final de la isla mientras observo a Tim deslizarse con total familiaridad. Joder, mi corazón está cansado de latir descontrolado cuando estoy a su lado.

—Oye, volviste —dice sonriendo y mi estómago cae. Estoy tan tomado—. Ven a sentarte.

Me acerco hasta él y en lugar de sentarme, tomo su rostro en mis manos y lo acorralo entre la isla y mi cuerpo, ignorando el punzante dolor en mi costado.

Timothy cierra los ojos y, de manera involuntaria, inhala profundamente hasta llenar sus pulmones de mí.

—Maldición —murmuro.

Tim levanta sus manos, las coloca sobre las mías y luego las lleva hacia el costado de mi cuerpo. Él sabe cómo me siento y esa conexión es increíble.

Con mis manos al costado de mi cuerpo, sube las suyas hasta colocarlas en mi nuca, atrayéndome a un beso abrasador, de esos que esperas más que a tu próximo aliento. Los labios de Tim se desplazan con una agilidad que me roba el alimento. Su lengua se pierde entre mis labios y no hago más que dejarlo entrar. No puedo negarle nada. No puedo darle un puto no, ni aunque quisiera.

No pudiendo resistir mantenerme al margen sin tocarlo, acerco mis manos hasta sus caderas y cuando Tim está a punto de regañarme, lo beso con fervor, con devoción, con unas ganas incontrolables.

Para este momento, no me importaría quitarme y quitarle la ropa para poder explorar su cuerpo con total libertad, pero sé que él no lo permitiría.

Cuando nos separamos, sus labios están brillosos y sus pupilas dilatadas. Timothy es la mismísima expresión de la ternura y la sensualidad en persona, y esa mezcla es más de lo que mi corazón puede soportar.

Paso el pulgar por sus labios y totalmente hipnotizado le digo...

—Ten una cita conmigo.

El chico abre los ojos abruptamente, rompiendo la mágica burbuja que habíamos construido.

—¿Cómo? —pregunta confundido.

—Quiero tener una cita contigo, Tim. No lo sé, salir a algún lado, llevarte a cenar, caminar juntos en la noche y luego besarte hasta que mis labios no me pertenezcan.

Tim parpadea despacio, tratando de procesar mis palabras.

—Yo... no sé qué decir —murmura pasmado.

Puedo entender su reacción. Creo que no se esperaba que le pidiera algo así a pesar de que mis sentimientos ya están más que claros. A menos que...

—¿No quieres? —pregunto con miedo.

He estado tan ciego en mis nuevas emociones que quizá he confundido algunas cosas, y es así como mi temor comienza a crecer, pero con la esperanza pendiente de un hilo, me aferro a sus caderas esperando una respuesta que me favorezca.

—Sí, quiero —dice con convicción y puedo volver a respirar—. Es solo que no pensé que seas del tipo que piden una cita.

A lo que quería llegar.

—No lo soy, nunca lo he sido —su entrecejo se arruga y en lugar de parecer disconforme, lo hace lucir adorable—. Aunque parece que desde que has entrado en mi vida me he vuelto un poco cursi e incluso puedo hacer unos que otros peinados y de paso recibir un corte para salvar a un mocosito boxeador.

Su rostro se vuelve culpable mientras baja la mirada.

—Lo lamento, he entrado en tu vida únicamente para cambiarla. No era mi intención. Sé que has hecho demasiado por nosotros y aun así...

—Oye, mírame —levanto su mentón con mis dedos. Sus ojos destellan vergüenza. *Demoni*, no puedo soportarlo—. Sí, gracias a que te he conocido, algunas cosas han cambiado, pero nunca he dicho que estoy disgustado con esos cambios. Al contrario, me agradan.

Su mirada se vuelve serena.

—¿Lo dices en serio? —cuestiona con optimismo.

Le doy un suave beso antes de responder.

—Claro que sí. De no ser así, ¿crees que hubiera dejado que ensucies mi vajilla de porcelana?

Tim sonríe con tranquilidad.

—No lo creo.

—Se podría decir que es como una demostración de que mis palabras son verdaderas.

Él asiente convencido.

—De acuerdo. Confiaré en ti, y no por dejarme usar tu vajilla, sino porque por alguna extraña razón puedo ver tus sentimientos a través de tus palabras.

¿Ver mis sentimientos? Es algo que siempre me ha asustado como el *infernito*. ¿Eso de exponer tu corazón a las manos de otra persona? Me aterrorizaba, pero increíblemente, en esta ocasión, mis emociones se sienten seguras en manos de este increíble chico.

—No has respondido a mi pregunta —él me mira sin entender—. Sobre nuestra cita.

Se aleja de mí para colocar los platos de comida sobre la isla. Sigo sus movimientos mientras

espero su respuesta. Mi pecho late ansioso y mi respiración se vuelve exagerada. *Dannazione*, me siento como un adolescente que pide una cita por primera vez.

—Acepto.

—*Merda, sarà fantastico...*

—Pero tengo una condición —aclara.

Jesús, te suplico que esa condición no sea llevar a la manada con nosotros.

—Dispara —digo resignado, dejándome caer en el taburete.

Tim eleva los labios y se acerca hasta quedar entre mis piernas.

Sostiene mis mejillas y me pierdo en sus ojos avellanos.

—Quiero que tengamos esa cita cuando te recuperes al cien por ciento. Antes no.

Suelto un jadeo de frustración y cuando estoy por protestar, aplasta sus labios sobre los míos.

Eccellente.

Ya sabe cómo tenerme a sus pies.

He perdido felizmente.

Capítulo 19

Timothy

Han pasado un par de semanas desde que el italiano me ha propuesto una cita, una real y no de esas imaginarias que he montado en mi cabeza desde que apareció en mi vida. Todavía es difícil de creer que una persona como él haya querido hacer algo que, desde luego, nunca hacía. Y mentiría si dijera que ser el causante de su atrevimiento no me pone inmensamente satisfecho.

Sacando el hecho de la ilusión que me hace esta cita. Por primera vez en mucho tiempo, me siento predispuesto a cualquier resultado que pueda salir de ahora en adelante, y estoy hablando en cuanto al amor.

De repente, me siento raramente valiente y con ánimo de experimentar lo que sea que vaya a salir de esto. Por otra parte, soy consciente de que todo se puede ir al retrete en un abrir y cerrar de ojos, pero esa opción no me limita en absoluto. No en este momento.

No cuando Gianni me observa como si fuese un tesoro recién encontrado, repleto de diamantes y oro. Me cuesta entender cómo es que puede caminar si no me quita los ojos de encima. Su cabello rubio se encuentra más brillante de lo habitual a causa del rocío de la noche.

—Si no miras al frente, te vas a tropezar —le digo divertido, mirándolo de reojo.

Él da una rápida mirada hacia adelante y luego vuelve a depositar su mirada en mí.

Caminar por la noche luego de haber cenado una deliciosa comida italiana ha sido una sugerencia de él. En un principio me pareció extraño, pero ahora puedo notar que es algo que le gusta hacer habitualmente.

El aire de la noche es helado y cuando una ráfaga fría me hace estremecer, busco los bolsillos de mi abrigo y después de no encontrarlos, me maldigo por haberlo diseñado sin ellos. Pero si alguien me lo pregunta, lucen mejores así, aunque no son recomendables para una noche invernal.

Gianni deja escapar una risa y luego agarra una de mis manos hasta introducirla en su bolsillo junto a la suya. El gesto me parece tan dulce que apuesto a que escucha mi suspiro.

—No soy un diseñador de modas, pero no me parece una buena idea diseñar abrigos sin bolsillos en pleno invierno —comenta, conteniendo la risa.

Ah. Probablemente, si no fuese tan guapo, ya estaría enojado por meterse con mi trabajo.

—Es que tú no lo entiendes, no puede lucirse si carga bolsillos —le digo, apretando su mano.

El rubio me observa confundido, pero no parece tener la intención de contradecirme, por lo contrario, se inclina sobre mi cuerpo hasta dejar un beso en mi cabeza, una acción que se ha convertido en algo habitual entre nosotros, aunque eso no quiere decir que las mariposas no tengan su festín.

—Claro que no lo hago. Sin embargo, no es algo que vaya a discutir contigo —entiendo que estamos hablando de mis diseños, aunque parece que el italiano se refiere a todo en general.

—Bueno, cuando te conocí no aparentabas ser de esas personas que complacen a su alrededor —menciono, queriendo tener esta charla tan deseada.

—*Inferno*, no lo soy —exclama con hostilidad—. ¿Qué te hace pensar que eso ha cambiado?

Bueno, demasiadas cosas. No obstante, no quiero parecer un lunático.

—A decir verdad, lo has sido con los niños y conmigo —comento dubitativo, quizás he estado imaginando cosas.

Gianni se detiene en seco, arrastrándome a su lado. Creo que he empujado más de lo que debería porque él me da una mirada desorientada, sin entender a qué me estoy refiriendo.

—Dime más —pide confuso.

No es de mi agrado presionar las cosas o algunas situaciones. Soy más bien de las personas que prefieren que se dé espontáneamente, pero tampoco me gusta no saber dónde me encuentro parado y más si se trata de la persona que me gusta, así que recolectando valentía, decido plantear nuestra situación sobre la mesa.

—No puedo hablar sobre los demás —comienzo, colocándome frente a él a un lado del camino para no obstaculizar el paso de las personas—. Pero puedo hablar con certeza sobre cómo has sido conmigo y con mis hijos. Creo que eres consciente de cada una de las cosas que has hecho por nosotros y, desde mi punto de vista, cada una de ellas te hace la estupenda persona que eres, ¿no lo piensas? —pregunto detenidamente.

Gianni mira un punto fijo a mi espalda, seguramente sopesando mis palabras.

—*Può essere* (puede ser) —responde no muy convencido.

Puedo leerlo fácilmente. Toda su vida ha sido y se ha comportado de una manera, y después de un tiempo su interés hacia mí lo hizo cambiar ciertas actitudes. Solo espero que eso no sea un problema para él.

—¿Estás bien? —pregunto con cuidado.

Deslizo una mano en su cintura y llevo la otra hacia su mejilla, queriendo tener su atención. Gianni me mira automáticamente y sus facciones cambian por completo.

—Lo estoy —se inclina y deja un beso fugaz en mis labios, al tiempo que una sonrisa le tira los suyos—. ¿Sabes algo?

—Dime.

Envuelve sus brazos alrededor de mi cintura y enfoca sus ojos en mí.

—Antes estaba jodidamente asustado por sentir emociones que no estaban en mi lista. Quiero decir, me aterrorizaba como el *inferno* el solo hecho de pensar que, por algún lado, podía existir

alguien que me hiciera perder el control de mis emociones —baja el rostro hasta quedar a escasos centímetros de mis labios.

—¿Qué me dices de ahora? —pregunto en un susurro.

—Ahora que he encontrado a esa persona, estoy más que *incantato* (encantado) de entregarle mi corazón.

Antes de que me pueda convertir en un charco, él me besa con fervor, absorbiendo cada uno de mis suspiros.

Cuando ponemos un pie dentro de su habitación, mi respiración es descontrolada y me sorprende la desesperación que estoy sintiendo mientras me hundo en su boca tratando de saciar mi deseo.

Gianni se quita la ropa en menos de lo humanamente posible, quedando únicamente en unos boxers apretados. Sin quitarme los labios de encima, comienza a desprender mi camisa y yo mis pantalones. La necesidad de sentirlo dentro de mí me consume por completo.

—*Dannazione*, tu piel es de otro planeta. Necesito lamer cada parte de ti —maldice, quitándome la última prenda, dejándome totalmente desnudo.

Gianni se abalanza sobre mí y toma mis labios entre sus dientes, deslizando sus manos hacia mi culo y al acercarme tanto como es posible, puedo sentir su erección apretando mi abdomen.

He fantaseado con este momento un montón de veces, pero nada se asemeja a la realidad que estoy viviendo. Solo puedo confirmar que el italiano tiene el poder de llevarte a la luna con solo un roce.

—Gian... —murmuro en su boca, dándole paso a su lengua húmeda—. No te imaginas las veces que he fantaseado con este momento.

—*Merda*, ya no tienes que imaginarlo porque te prometo que de ahora en adelante voy a follarte tantas veces como se me permita —para sellar esa placentera promesa, busca entre nosotros mi erección y le da un duro tirón, ocasionando un grito.

Nada me avergüenza más que ser ruidoso en cuanto al sexo. Es por eso que me llevo una mano a la boca para cubrirla.

—L-lo siento —digo apenado.

Gianni frunce el ceño y me quita la mano de los labios.

—*Oh, per favore*, necesito que grites tanto como sea posible —suplica, masturbándome sin piedad—. No puedes imaginar lo malditamente sexy que te ves haciéndolo.

Mi corazón y mi pene laten a un nivel inhumano, tan descontrolados que por un momento tengo miedo de morir aquí mismo, pero ignorando mi lado negativo, me concentro en el hombre frente a mí.

Sus hombros son anchos, demostrando lo ejercitado que está. Su abdomen tiene una serie de cuadritos que parecen de otro planeta y su piel está bronceada. Él dijo que quiere lamer cada parte de mí, aunque no tiene idea de las cosas que pasan por mi mente.

Dejándome guiar por una de ellas, comienzo a descender sobre su cuerpo, dejando besos repartidos sobre su pecho y abdomen, cuando comprendo que de rodillas no voy a poder tomar su polla por la diferencia de altura, doy unos pasos atrás y me siento sobre la cama. Gianni me mira expectante y, sin necesidad de mencionar una palabra, se acerca.

Su longitud queda a escasos centímetros de mi boca y, no pudiendo resistir, levanto mis manos para quitarle el boxer hasta liberarlo. Dejo escapar un jadeo cuando finalmente lo tengo gloriosamente desnudo. Su polla es larga y gruesa y no puedo mentir al decir que no me siento asustado.

—Por Dios, deja de mirarme así, *amore* —dice con la respiración entrecortada.

Le sonrío satisfecho, sus nervios se notan y eso me hace sentir más seguro.

Tomo a su miembro en mi puño y comienzo a subir y bajar con tirones lentos. Él suelta una maldición. Acerco mis labios hasta la V marcada en sus caderas y paso la lengua sobre la línea. Bajo un poco más hasta que me encuentro con un vello recortado, completamente rubio, y se me hace agua la boca.

—¿Puedo pedirte algo? —digo tímido.

—Lo que sea.

El líquido preseminal se asoma en una punta regordeta y no puedo resistirlo. Paso mi lengua sobre ella, probándolo, saboreando. Gianni eleva una súplica.

—Quiero que me folles la boca.

Cuando las palabras salen, él se paraliza y me mira embelesado. Puedo sentir su excitación por mi petición. Bajo una mano para presionar la punta de mi erección, porque estoy a punto de correrme sin ser tocado.

Volviendo en sí, Gianni se inclina hasta robarme un beso hambriento, de esos que te quitan hasta la respiración.

Cuando logra separarse, toma mis mejillas y alinea su polla.

—Abre la boca y tóname tanto como puedas —ordena dulcemente.

Suelto un gemido ante sus palabras y no paro de pensar en cómo voy a aguantar las ganas de dejarme ir con solo verlo.

Fiel a la orden impuesta, abro los labios y él se encarga de ayudarme con el pulgar. Cuando su polla comienza a deslizarse entre mis labios, puedo entender el término "mirar las estrellas". Gianni es tan sensual que me cuesta pensar que es real, pero cuando empieza a meter y sacar su polla, entiendo cuán real es.

Su sabor es exquisito, de esos a los que te haces adicto, como una droga buena, sana. La manera en la que me trata no coincide con el deseo que emana, pero puedo darme cuenta de que no quiere hacerme daño, así que necesitando más, me llevo su falo hasta el fondo de mi garganta, ignorando las arcadas y las lágrimas corriendo por mis mejillas.

—Maldición —escupe agitado.

Después de darle pase libre, Gianni me folla los labios sin piedad, como si el mundo se le fuera dentro de mi boca y yo me siento más que feliz de verlo perder el control por mí. Esa sensación gratificante permanece en mi pecho a medida que sus ojos me expresan sentimientos de amor, compresión y adoración. Sentimientos que le pertenecen y me pertenecen.

Cuando su cuerpo comienza a temblar y mi erección no puede más, me dejo ir en deliciosos chorros que salen disparos de mi mano, sin quitarle los ojos al hombre que observo desde abajo y que no deja de mirarme como si fuera su todo. Esa sensación mágica de conexión y amor es todo lo que puedo esperar.

Intenta apartarme cuando el clímax lo atraviesa, pero me aferro a sus muslos y succiono para tomar todo lo que tenga para darme.

El italiano se deja ir en unas cuantas estocadas, llenando mis labios con su esencia. Tomo tanto como puedo y, después de asegurarme de ello, lo saco de mi boca para buscar la tan deseada respiración, pero no dura mucho, ya que Gianni cae de rodillas y me toma los labios sin reparo, probando el resto de su propio semen.

Me aferro a él y dejo que me bese tanto como sea posible.

—Eso ha sido magnífico —dice, limpiando mis labios con el pulgar—. Tú eres magnífico.

Es ridículo que me sonroje después de haber tenido su miembro en mi boca. Gianni desliza sus labios por mi clavícula, logrando que mi pene palpite interesado.

—Oye —lo llamo, acariciando su cabello dorado. Sus ojos azules me miran con devoción y hacen que mi corazón se vuelva completamente loco. Me mira esperando lo que quiero decir y un destello de inseguridad le cruza el rostro. Por Dios, aún no se da cuenta de que me tiene a sus pies—. Creo que de ahora en adelante no podré decirte que no.

Sus ojos se iluminan y su sonrisa se ensancha. La felicidad lo delata. Jesús, este hombre me ha tomado.

—Entonces súbete a esa cama —dice, poniéndose de pie y yendo a buscar lubricantes y condones de su mesita. Con lo necesario en sus manos, se voltea y me guiña un ojo. Su figura desnuda es algo extraordinario de ver—. Déjame amarte.

Por supuesto.

Acepto ser amado.

Capítulo Final

Gianni

Meses después...

—Vivieron felices comiendo perdices —finalizo el cuento.

Me levanto de la cama del engendro como si me hubieran puesto un cohete en el culo, porque sé perfectamente lo que viene a continuación y que me condenen al infierno si me dejo influenciar, una vez más, por este ser tan convincente.

—Cuéntame otro —aquí vamos de nuevo—. Todavía no me pican los ojos.

Ella es una mentirosa de primera, ya que no termina de decir las últimas palabras y está frotándose los ojos con sus manos, un vil intento de desaparecer el sueño que amenaza con noquearla.

Davenia es demasiado inteligente y sabe que si planta una mirada gatuna junto a algún gesto enternecedor, puede llegar a conquistarme para lograr uno o dos cuentos más. Sin embargo, esta noche me siento un poco persistente.

—Ni lo sueñes y será mejor que te duermas o, de lo contrario, un fantasma va a jalar tus pies durante la noche.

La niña intenta refutar, pero un bostezo la interrumpe. Sonrío victorioso al ver que se acomoda de costado, como suele dormir, y comienza a pestañear pausadamente.

—¿Puedes encender la luz de estrellas? —pregunta, refiriéndose a la lámpara con luces de colores.

—Claro, enana —me acerco para encenderla y luego vuelvo a la cama para arroparla—. Duérmete.

El engendro me muestra la lengua antes de quedar profundamente dormida.

Sonrío satisfecho. No hay nada más gratificante que lograr que estos diablillos se duerman en un dos por tres, pero considerando que no paran de molestar todo el día, es normal que caigan rendidos tan rápido.

Cuando salgo de la habitación de la niña, me paso por la de Donn para asegurarme de que se encuentra tapado. Sus mejillas regordetas lo hacen ver como un ángel que te comerías a besos, pero en realidad es un tornado que no hace más que hacer travesuras todo el día.

He terminado por acostumbrarme tanto a estos niños, que no puedo recordar cómo eran mis antiguos días, donde del trabajo pasaba a las fiestas y de las fiestas a mi piso.

En el presente, no hago más que cargar a la prole y llevarlos a clases, luego a talleres de pinturas, después a baile, más tarde a clases de música, luego a cenar y, una vez en casa, comenzar a bañarlos para posteriormente acostarlos.

Sí, vaya cambio de vida.

Pero no me vas a escuchar quejarme ni un momento, ni siquiera cuando Donn se caga encima y tengo que salir corriendo a cambiarlo o de lo contrario se le harán ronchas en su culo delicado.

Mientras salgo de la habitación, escucho un leve sonido al final del pasillo, justo en la sala de juegos. Cuando ingreso al lugar, visualizo a Dimitri en un rincón al lado del ventanal, con una guitarra en mano y tocando una melodía un tanto deprimente.

Estos últimos meses ha encontrado un pasatiempo con esa guitarra. Siempre que está con ella se pierde en su mundo, aunque si me lo preguntas, no me agrada cuando escoge el sonido melancólico porque significa que él lo está. Justo como en este momento.

—Me estás espiando —dice sin voltear a verme.

—¿Cómo sabes que soy yo? —pregunto bufando.

—Acabas de hablar —dice con obviedad.

Dimitri es un chico que prácticamente siempre se encuentra a la defensiva, como si pensara que lo que sea que vaya a salir de tu boca será un insulto o una protesta en su contra. No es que pueda culparlo teniendo en cuenta la clase de vida que ha llevado durante muchos años. No obstante, sería bueno si en algún momento baja la guardia.

—¿*Tutto bene*? —cuestiono, sabiendo que no lo está.

—Por supuesto —responde sin dudar, sumergido en el leve sonido de las cuerdas de su guitarra.

A pesar de que Tim lleva más tiempo con Dimitri, para mí es demasiado fácil leerlo, es por eso que no me mira a los ojos. Él lo sabe.

—De acuerdo, iré a descansar. Mañana tengo una pila de trabajo del *inferno* —comento, queriendo sacar conversación, pero no recibo respuesta—. Descansa, mocosito.

Hace un ruido como respuesta.

Resignado a no saber qué *merda* le sucede, doy un paso atrás para salir de la sala, entonces escucho mi nombre y luego una pregunta confusa sale de su boca.

—Si tienes un amor imposible, pero en el fondo, muy en el fondo, sientes que puede existir una mínima esperanza de que no sea tan descabellado como creías, ¿lo intentarías?

No soy la persona adecuada para hablar sobre eso del amor, apenas lo pude identificar cuando me llegó, pero cuando el mocosito me mira expectante por una respuesta, no me queda más remedio que intentar decirle algo coherente.

¿Yo? Desde luego que no lo intentaría. No arriesgaría mi maldito corazón bajo ningún punto de vista, simplemente me iría lejos de esa mierda de amores imposibles. Sin embargo, mientras el chico me mira con un atisbo de esperanza, comprendo que no es esa respuesta la que quiere escuchar y yo tampoco podría dársela.

—Lo haría —lo engaño.

—¿De verdad? —dice ilusionado.

Me encojo de hombros, tratando de parecer casual.

—¿Qué más da? Si no lo intentas, nunca lo sabrás y no hay peor mierda que quedarte con la incertidumbre.

Me siento satisfecho con mis palabras cuando Dim esboza una sonrisa y susurra un "gracias".

Salgo de la habitación perdido por aquella pregunta.

Es evidente que el mocoso boxeador está experimentando un sentimiento tan profundo como lo es el amor y eso está increíble, pero la parte de imposible es la que me tiene jodidamente preocupado.

Cuando entro en la habitación de Tim, dejo mi charla con el chico de lado y comienzo a desvestirme porque sé que me está esperando en la bañera.

Es algo que hacemos casi todas las noches. A pesar de que no hemos dado el siguiente paso, la convivencia, no me preguntes cuando ha sido la última vez que dormí en mi piso porque, carajo, no lo recuerdo.

Sin nada de ropa sobre mi glorioso cuerpo, entro al baño donde Tim me espera con una hermosa sonrisa.

—Te tardaste —dice, haciendo sobresalir su labio inferior.

—Oye, estaba durmiendo a toda la prole —lo acuso, mientras me deslizo dentro del agua—. No pudiste quedarte con uno, tuviste que adoptar a los tres.

—Gian...

Suelto una carcajada al mismo tiempo que lo acerco hasta sentarlo a horcajadas sobre mis muslos.

—Sabes que lo digo para hacerte enfadar.

Él sube sus manos sobre mis hombros y comienza a mojar mi cuerpo. Deslizo mis manos por su cintura hasta atraerlo lo más cerca posible.

Mi polla salta entusiasmada cuando se encuentra con la suya en el pequeño espacio entre nuestros cuerpos.

—¿Estás cansado? —pregunta, rozando sus dedos sobre mis pectorales.

—No, *amore*. Te he echado de menos todo el puto día, solo podía pensar en lo mucho que quería que fuese de noche para tenerte así, entre mis brazos. —Tim esboza una sonrisa gigante y luego deposita un suave beso en mis labios—. ¿A ti cómo te fue hoy?

Su mirada se ilumina.

—Estupendo, me siento en la gloria con la nueva oficina y atelier. Todavía me cuesta entender que es allí donde trabajo. Quiero decir, la sede central es increíble, pero nada comparado con la nueva.

Mi pecho se llena de orgullo, pero sobre todo de felicidad al saber lo contento que está.

—¿Qué puedo decir? Somos los mejores —digo alardeando.

—Lo eres —dice con devoción.

Sus ojos emiten un brillo inexplicable y, por milésima vez desde que lo conozco, olvido cómo carajo se respira. Puedo soportar cualquier maldita cosa, pero cuando él me observa como si fuese su todo, no le encuentro razón a mi fortuna.

Al no saber qué *inferno* decir, lo acerco hasta capturar sus labios. Tim no tiene ni la más pálida idea del sentimiento que produce en mí. Tampoco creo que algún día vaya a entenderlo, pero mientras pueda sentirlo es más que suficiente.

Él desliza sus brazos alrededor de mi cuello al mismo tiempo que introduce la lengua en mi boca y comienza a mover sus caderas como solo él sabe hacerlo, como un experto.

Dejo caer mis manos hasta su culo apretado y lo acerco lo más que puedo, de tal manera que nuestras pollas quedan completamente pegadas, me trago cada uno de sus suspiros. Con una mano, abro una de sus nalgas y con la otra busco su agujero fruncido. Tratando de controlar las ganas de meter mi polla, introduzco el primer dedo para prepararlo, Tim suelta mis labios y comienza a follarme el dedo. Es lo más hipnótico que he visto jamás.

—Maldita sea, te ves demasiado sexy —digo antes de introducir un segundo dedo.

—Y tú un poco desesperado, italiano —dice con una sonrisa socarrona.

Para darle la razón, empiezo a meter y sacar mis dedos de su culo, a un ritmo descontrolado. Un jadeo sale de su garganta mientras echa la cabeza para atrás.

—No sabes cuánto —musito, capturando la piel de su cuello y mordiendo un poco hasta dejar una marca que seguramente mañana la verá y me matará.

Cuando estoy por introducir un tercer dedo, Tim se eleva sobre sus rodillas y en lugar de dejarme continuar con la preparación, alinea mi falo en su entrada y comienza a descender sobre ella.

Un gemido gutural escapa de mi boca y Tim se muerde el labio.

—Put *merda*, creo que voy a explotar antes de tiempo —le digo, mi pene está totalmente dentro de él y no puedo esperar para comenzar a moverme.

Tim me sonríe complacido, gozando la manera en la que logra ponerme con solo respirar.

Lo agarro de la nuca hasta tomar sus labios en un beso hambriento, repleto de emociones y sensaciones que únicamente él ha despertado en mí.

—Estás a punto de subir al cielo, Gian —advierte tan sensual.

Cuando Tim decide acabar con mi tortura para empezar a moverse como un experto, mi corazón y mi polla están a punto de estallar.

Sus movimientos son acertados y sincronizados, sabe exactamente lo que tiene que hacer. Su labio inferior está entre sus dientes, queriendo reprimir los gemidos, por lo que lo sostengo de la cintura para ayudarlo con el movimiento y me llevo sus labios a los míos.

Besar a Timothy es de otro planeta, como una maldita adicción. Si me lo preguntas, podría pasarme el resto de la vida con él pegado a mis labios.

Sus caderas se mueven al ritmo de las mías mientras el agua choca con nuestros cuerpos. Estoy perdido, jodidamente perdido. Tiempo después, cuando el clímax nos sorprende, me aseguro de hacerle saber lo perfecto que es ante mis ojos.

Lo que Tim no sabe es que mientras él exista, siempre voy a estar en el puto cielo.

—*Ti amo, amore* —susurro sobre sus labios, besándolo una y otra vez.

Me sonrío satisfecho, su cuerpo se desploma sobre el mío y lo sostengo con gusto.

Mi corazón bombea sin piedad, indicándome lo puramente enamorado que estoy.

—Te amo a ti —dice, besando mis labios.

Si alguien viene y me da a escoger un momento para ser eternamente feliz, sin duda alguna, escogería este. Dónde él me dice que me ama.

Fin

Sobre la autora

Lu es una escritora soñadora, romántica y fanática de las historias con un toque de comedia. Hacer reír a las personas es una de sus cosas favoritas. Durante muchos años pensó que no era buena haciendo algo, pero un día, cuando los sentimientos la ahogaban, descubrió la escritura y, finalmente, encontró su lugar en el mundo. Solo quiere dejar huellas en tu corazón.

Próximo libro

"A una sonrisa de distancia" es el cuarto y último libro de la serie #Sonríe, donde tendremos como protagonista a un alborotador y un tanto malhumorado Dimitri, quien ha pasado los últimos cuatro años suspirando por su tío adoptivo.